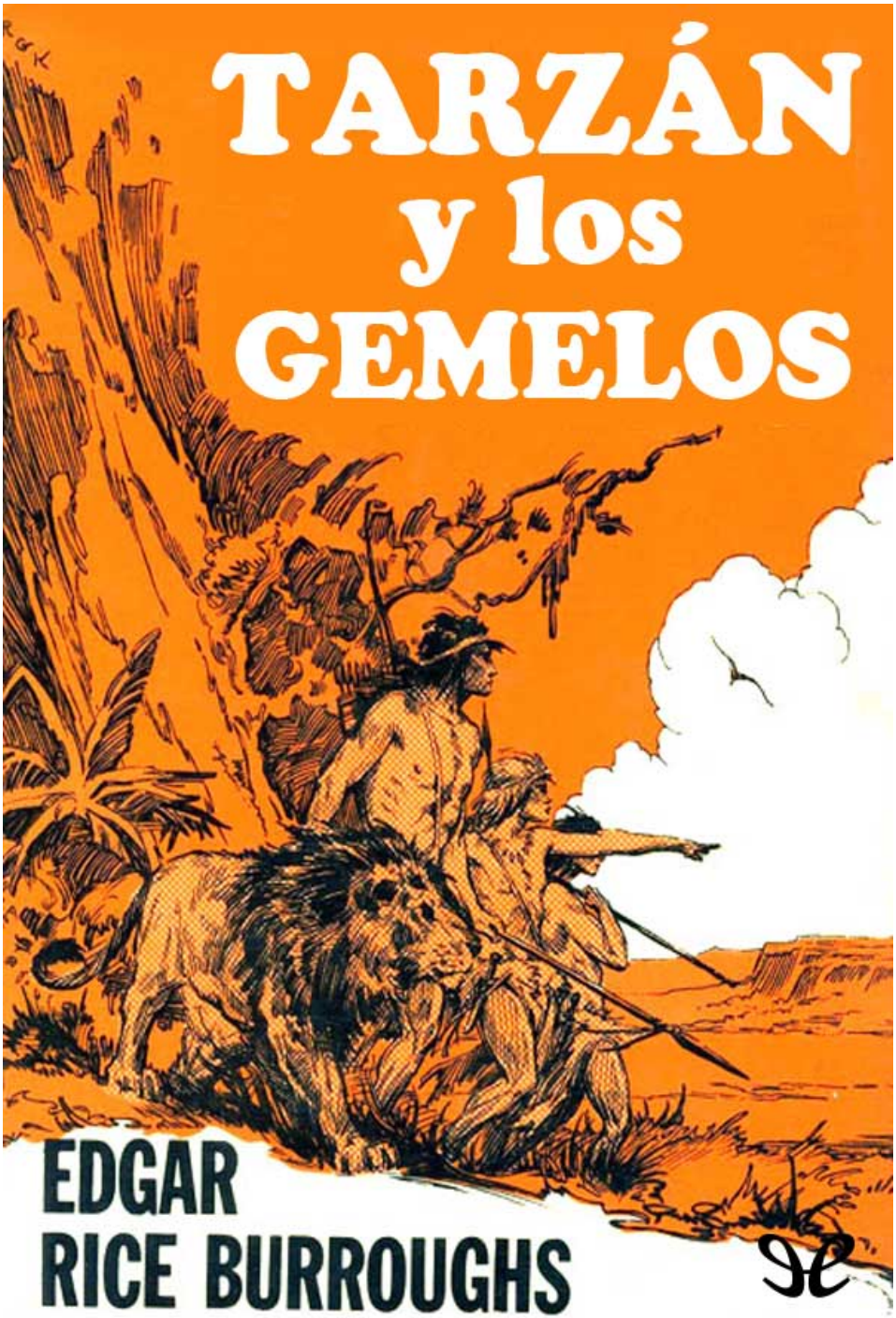
TARZÁN y los GEMELOS



EDGAR RICE BURROUGHS

Los colegiales: Dick y Doc, son dos primos que se parecen extraordinariamente entre sí, porque sus madres son hermanas gemelas. Como Dick también está emparentado con Tarzán a través de su padre, son conocidos como los gemelos de Tarzán. Luego que ellos son invitados a visitar las posesiones africanas de su famoso pariente, durante su viaje por África, se pierden en la selva y son capturados por caníbales, de quienes finalmente escapan para después reunirse con el hombre-mono, quien los presenta con su amigo y compañero: Jad-bal-ja, el león dorado. Posteriormente, se involucran en una aventura con unos exiliados de la ciudad perdida de Opar, que han secuestrado a Gretchen von Harben, la hija de un misionero.

Más que una novela de Tarzán, es una novela donde Tarzán aparece solamente por cortos periodos, aunque la ambientación de escenarios y personajes es consistente con el resto de los libros de la zaga de Tarzán.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y los gemelos

Tarzán - 10.1

Tarzán 25 (Orden convencional)

ePub r2.0
Titivillus 06.01.16

Título original: *Tarzan and the Tarzan twins*
Edgar Rice Burroughs, 1963
Traducción: Baldomero S. Carrocera
Ilustraciones: Hal Arln
Retoque de portada: elagarde

Editor digital: Titivillus

Primer Editor: elagarde (r1.0 a r1.3)
ePub base r1.2

Prefacio

TARZÁN Y LOS GEMELOS es una colección de dos novelas de Tarzán escritas por Edgar Rice Burroughs para jóvenes lectores. Fueron publicadas originalmente como dos libros para niños:

«The Tarzan Twins» *(Los gemelos de Tarzán)* por Voland en octubre de 1927.

Y **«Tarzan and the Tarzán Twins with Jad-bal-ja, the golden lion»** *(Tarzán y los gemelos de Tarzán con Jad-bal-ja, el león dorado)*, por Whitman en marzo de 1936.

Estos libros se unificaron en noviembre de 1963 con el título de **«Tarzán and the Tarzan Twins»** *(Tarzán y los gemelos)* en la primera edición completa.

A pesar de la diferencia de tiempo, de cuando fueron escritos y publicados por primera vez, los acontecimientos de las dos historias se producen en el mismo periodo de tiempo. El pasaje inicial del segundo relato específica que los acontecimientos se producen inmediatamente después de los del primer relato.

En relación con otras historias de Tarzán, las dos partes de la historia de *Los gemelos de Tarzán* se sitúan cronológicamente entre: *Tarzán y los hombres hormiga* y *Tarzán, señor de la jungla*, ya que la parte inicial se publicó entre estas dos novelas. En la segunda parte se confirma que su colocación es en aproximadamente este período, ya que introduce una familia que ocupa un lugar destacado en: *Tarzán y el Imperio Perdido*, que es el siguiente libro después de *Tarzán, señor de la jungla*. En *Los Gemelos*, se cuenta la primera reunión de Tarzán con el doctor Karl von Harben, quien, en *el Imperio Perdido* ya es conocido. Sin embargo, debido a que «Los gemelos» es un libro para niños, habitualmente es omitido de las

listas de las principales colecciones de Tarzán. Así que *Tarzán, señor de la jungla* es generalmente considerado el undécimo libro de Tarzán en lugar de «Los gemelos», el cual, en el mejor de los casos se le considera como el volumen 25 de la zaga por cuestiones de compatibilidad con las listas oficiales. En esta obra se ha respetado el orden cronológico, así que se presenta como el número 10.1 de la saga (*para que pueda seguirse la secuencia de lectura*).

N del E.D. / fuente: wikipedia (english)

A Joan, Hulbert y Jack,
que han crecido con las historias de Tarzán,
su padre les dedica afectuosamente este volumen

Edgar Rice Burroughs

PRESENTACIÓN DE LOS GEMELOS

Los gemelos de Tarzán, como todos los gemelos de buena conducta, nacieron el mismo día; y aunque no eran tan «*iguales como dos gotas de agua*», si se parecían lo bastante para cumplir ese particular requisito de la condición gemelina; pero aun en esto empezaban quebrantando las reglas que vienen gobernando a los gemelos durante los varios millones de años transcurridos desde que el mundo es mundo, porque Dick tenía una pelambrera del negro más negro, al paso que el pelo de Doc era del rubio color del azúcar cande de melaza. Sus narices eran iguales, iguales sus ojos azules, e iguales también sus barbillas y sus bocas. Acaso los ojos de Doc titilaban con un poco más de viveza y su boca sonreía algo más que la de Dick, porque la sonrisa y las titilaciones oculares de Dick eran más interiores, y por dentro los muchachos se parecían mucho en realidad.

Pero había una cosa, en la que infringían todas las reglas que se han establecido para los gemelos desde el principio de los tiempos, porque Dick había nacido en Inglaterra y Doc en Norteamérica; hecho, este, que lo trastorna todo en el mismo comienzo de nuestro relato, y que demuestra, sin el menor género de duda, que Dick y Doc no eran gemelos.

¿Por qué entonces se parecían tanto, y por qué todo el mundo los llamaba los gemelos de Tarzán? Con un acertijo como este casi se podrían anunciar un concurso, pero lo malo es que nadie habría acertado con la verdadera solución, aunque la respuesta es muy sencilla. La madre de Dick y la madre de Doc si eran hermanas gemelas, y se parecían tanto, que, en efecto, eran como dos gotas de agua; y como cada chico se parecía a su respectiva madre, el resultado fue que se parecieran uno a otro.

Las madres eran unas muchachas norteamericanas. Una de ellas se casó con un compatriota y se quedó en su país: era la madre de Doc; la otra se casó con un inglés y se embarcó para vivir en otro continente y en otro hemisferio: era la madre de Dick. Cuando los niños estuvieron en edad de ir a la escuela, sus padres tuvieron una idea brillante, y fue la de que recibieran la mitad de su educación en Norteamérica y la otra mitad en Inglaterra. Y este cuento probará que a veces fracasan o se tuercen los planes mejor trazados de ratones y mamás, porque nadie había pensado que los chicos recibieran parte alguna de instrucción en África, y en realidad el destino tenía dispuesto que en las junglas del Continente Negro, aprendieran mucho más de lo que podían aprender en ningún libro escolar.

Cuando contaban catorce años, Dick y Doc asistían a un colegio inglés de primer orden, donde tenían por compañeros a muchos futuros duques, condes, arzobispos y alcaldes mayores, los cuales, viendo cómo se parecían Dick y Doc, los llamaban «los gemelos». Más tarde, cuando se enteraron de que el padre de Dick tenía parentesco lejano con Lord Greystoke, famoso en todo el mundo con el nombre de Tarzán de los Monos, los chicos empezaron a llamar a Dick y Doc «los gemelos de Tarzán», y así el apodo hizo fortuna y quedó para siempre vinculado a ellos.

Como todo el mundo sabe, en el lenguaje de los grandes monos, «tar» significa blanco y «go» significa negro; de modo que Doc, de pelo rubio, era conocido por Tarzán-Tar, y Dick, de pelo negro, era llamado Tarzán-go, y bien estuvo hasta que sus condiscípulos empezaron a burlarse de ellos porque no sabían trepar a los árboles mejor que otros chicos y porque, aunque en los deportes atléticos se portaban bastante bien, no destacaban en ellos. Por tanto, no estuvo mal que Dick y Doc decidieran hacer honor a sus nuevos nombres, ya que no les gustaba que se rieran de ellos ni les tomaran el pelo, como no le gusta a ningún muchacho normal de sangre caliente.

Es para asustarse el ver lo que puede hacer un chico si se lo propone; se dice esto porque no pasó mucho tiempo sin que Dick y Doc sobresalieran en casi todos los ejercicios atléticos, y en lo que toca a trepar a los árboles, ni el mismo Tarzán habría tenido motivos para avergonzarse de ellos. Aunque su educación escolar y

su puesto en la escuela acaso se resintieron un tanto en los meses siguientes a los esfuerzos atléticos, no les ocurrió lo mismo a sus músculos; y cuando se acercaban las vacaciones, Dick y Doc estaban fuertes como robles y activos como un par de *manus*, que, como ya sabréis, si vuestra instrucción no se ha descuidado, es la palabra con que los monos llaman a los micos.

Entonces llegó la gran sorpresa en una carta que recibió Dick de su madre. Tarzán de los Monos los había invitado a todos a que pasaran dos meses con él en sus grandes posesiones africanas. Los chicos se pusieron tan nerviosos que estuvieron hablando del asunto hasta las tres de la mañana, y aquel día en todas las clases metieron la pata.

Solo por el resultado que ocasionaron interesarán al lector: primero, el desengaño que sobrevino más tarde, al saberse que el padre de Dick, oficial del ejército, no podía conseguir un permiso, y que sin él, la madre no quería ir; segundo, las cartas y telegramas que se cruzaron entre Inglaterra y Norteamérica y entre Inglaterra Y África; y tercero, las encarecidas súplicas de los muchachos a sus padres. El resultado de todo ello fue que los chicos irían solos, pues Tarzán de los Monos había prometido esperarlos al final del ferrocarril con cincuenta de sus waziris, con lo cual se aseguraría su paso a través del África salvaje hasta la distante morada del hombre-mono. Y esto nos trae al principio de nuestro cuento.

Libro 1
LOS GEMELOS DE TARZÁN

I
VIAJANDO POR ÁFRICA

LENTAMENTE el tren atravesó montañas cuyas escabrosas pendientes verdeaban de vegetación, y luego un campo ondulado y herboso salpicado de árboles. Desde la ventanilla de un vagón, dos muchachos muy nerviosos y de ojos muy abiertos, se mantenían en constante alerta. Si había algo que ver estaban resueltos a no perdérselo; y sabían que había muchas cosas que ver.

—Quisiera saber dónde se meten los animales —dijo Dick aburrido—. No he visto ni un maldito bicho desde que salimos.

—África será lo mismo que todos los circos de un caballo —replicó Doc—. Anuncian la mayor colección de animales salvajes en cautiverio, y cuando llega uno allí, lo único que tienen es un león sarnoso y un par de elefantes apolillados.

—¿No te gustaría ver un león de veras, o un elefante, o algo por el estilo? —preguntó Dick suspirando.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó súbitamente Doc—. ¡Allí! ¡Allí!, ¿lo ves?

A cierta distancia un pequeño rebaño de antílopes corría grácil y ligero por el campo, y los delicados animalillos daban de cuando en cuando saltos en el aire. Cuando desaparecieron, los chicos volvieron a adoptar actitudes de vigilante espera.

—Quisiera que hubieran sido leones. —Dijo Dick.

El tren, dejando el campo abierto, penetró en una selva grande, oscura, sombría, misteriosa. Árboles enormes, festoneados de enredaderas, surgían de una maraña de profusa maleza a lo largo de la vía, ocultando todo lo que quedaba más allá de aquella pared impenetrable de verdura constelada de flores; una pared que aumentaba el misterio de cuanto podía representarse la imaginación acerca de la vida salvaje que se movía silenciosamente detrás de ella. No había el menor signo de vida. La selva parecía una cosa muerta. Su monotonía, conforme pasaban las horas, gravitaba pesadamente sobre los chicos.

—Te digo —exclamó Doc—, que ya me estoy cansando de ver árboles. Voy a practicar alguno de mis trucos de magia. ¡Fíjate en este, Dick!

Sacó del bolsillo una moneda de plata, un chelín, y se lo puso en la palma de la mano.

—¡Damas y caballeros! —exclamó—. Aquí tenemos un chelín de

plata de los corrientes, que vale doce peniques. ¡Vengan y examínenlo! ¡Toquénlo, hínquele el diente! Ya ven ustedes que es legítimo. Ahora reparen en que no tengo cómplices. ¡Pues bien señoras y caballeros, mírenme con atención!

Puso la otra palma sobre la moneda, escondiéndola, sacudió las manos, sopló sobre ellas y las levantó sobre su cabeza.

—¡Abracadabra! ¡Vamos, rápido, desaparece! ¡Ahora lo ves… y ahora no lo ves!

Abrió las manos y mostró las palmas. La moneda había desaparecido.

—¡Bravo! —exclamó Dick batiendo palmas, como había hecho ya centenares de veces; porque Dick era siempre el *respetable público*.

Doc hizo una profunda reverencia, extendió la mano y sacó la moneda de la oreja de Dick; o por lo menos así lo parecía. Luego en el puño cerrado, entre el pulgar y el índice, puso la punta de un lápiz y lo empujó hacia abajo hasta que desapareció.

—¡Abracadabra! ¡Vamos, rápido, desaparece! ¡Ahora lo ves… y ahora no lo ves!

Doc abrió la mano y el lápiz había desaparecido.

—¡Bravo! —exclamó otra vez Dick aplaudiendo.

Y los dos muchachos rompieron a reír.

Una hora estuvo Doc practicando las diversas triquiñuelas de prestidigitación que tenía dominadas, y Dick fingió ser un *respetable público* entusiasmado. Todo era mejor que mirar por las ventanillas la interminable hilera de silenciosos árboles.

De pronto, sin el menor aviso, se rompió la monotonía. Ocurrió una cosa, ¡una cosa estremecedora! Se sintió rechinar de frenos. El vagón en que iban pareció dar un salto en el aire; cabeceó, se balanceó y saltó, arrojando a los dos chicos al suelo; pero luego, cuando estaban seguros de que iba a volcar, se detuvo de pronto, exactamente como si hubiera chocado con uno de aquellos gigantescos y silenciosos árboles.

Los muchachos se levantaron y miraron por las ventanillas; después se apresuraron a salir del vagón, y cuando pusieron el pie en el suelo vieron a los pasajeros, nerviosos, que salían atropelladamente del tren, haciendo preguntas incoherentes y estorbando a todo el mundo. No tardaron Dick y Doc en averiguar

que el convoy, al dar en un carril defectuoso, había descarrilado, y que pasarían muchas horas antes de poder reanudar el viaje.

Un rato estuvieron con los otros viajeros contemplando perezosamente los vagones descarrilados, pero la diversión perdió pronto su aliciente, y entonces los chicos dirigieron su atención a la jungla.

El estar a pie firme en el terreno y examinarlo era cosa muy distinta a verlo desde las ventanillas de un tren en marcha. Al propio tiempo era más interesante y misterioso.

—¿Cómo será lo que hay ahí dentro? —preguntó Dick.

—Habrá fantasmas —dijo Doc.

—Me gustaría ir a ver —declaró Dick.

—Y a mí también.

—No hay peligro ninguno. Desde que desembarcamos en África no hemos visto nada que pueda hacer daño a un mosquito.

—Además, con no ir muy lejos…

—¡Ven! —dijo Dick.

—¡Eh! —exclamó una voz de hombre—. ¿A dónde vais, muchachos?

Se volvieron y vieron a uno de los empleados del tren que pasaba por casualidad.

—A ninguna parte —dijo Doc.

—De todos modos, no os metáis en la jungla —previno el hombre, que siguió su camino hacia la cabeza del tren—. Os perderíais en seguida.

—¿Perdernos? —murmuró Dick sarcásticamente—. Nos debe tomar por un par de tontos.

Ahora que alguien les había dicho que no debían meterse en la jungla, tenían más ganas de hacerlo que antes; pero como había mucha gente de aquel lado del tren, estaban seguros de que alguien los detendría si intentaban penetrar en la selva a la vista de los pasajeros y empleados ferroviarios.

Despacio se encaminaron a la cola del convoy y por ella pasaron al lado opuesto. Allí no había nadie, y delante de ellos se veía lo que tenía aspecto de ser un claro entre la enmarañada vegetación, la cual por los demás sitios parecía cerrar el paso a aquel misterioso *hinterland*[1] que se extendía detrás de las compactas filas de centinelas arbóreos. Dick miró vivamente a ambos extremos del

tren. No se veía a nadie.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Echémosle un vistazo!

No había más que un paso hasta aquella brecha, que resultó ser un sendero angosto que torcía súbitamente a la derecha, no bien hubieron traspuesto unos cuantos metros. Los muchachos se decidieron y miraron hacia atrás. La zona de paso, el tren, los viajeros, todo estaba completamente oculto a su vista como si se hallaran a muchas millas de distancia; pero aún seguían oyendo rumores de voces. Delante de ellos el sendero torcía a la izquierda. Y los chicos avanzaron, solo para mirar al otro lado de la vuelta; pero detrás de la vuelta había otra. El sendero era muy tortuoso, pues torcía y retorcía sus vueltas entre los troncos de ingentes árboles; estaba silencioso, oscuro y sombrío.

—Sería mejor que no avancemos mucho —apuntó Doc.

—¡Oh! ¡Vamos un poco más allá! —insistió Dick—. Siempre estamos a tiempo de dar la vuelta y volver al tren por el sendero. Tal vez lleguemos a una aldea indígena. ¿No te gustaría?

—¿Y si fueran caníbales?

—¡Qué tontería! Ya no hay caníbales. ¿Tienes miedo?

—¿Quién, yo? ¡Qué voy a tener miedo! —repuso valerosamente Doc.

—Pues, entonces, vamos.

Y Dick siguió el camino por el estrecho sendero que perforaba las profundidades de la inmensa y ceñuda selva virgen.

Sobre sus cabezas voló un pájaro de brillante plumaje, ocasionándoles un ligero sobresalto; tan silenciosa y desierta les parecía la selva. Un momento más tarde el estrecho sendero los condujo a un camino ancho y muy trillado.

—¡Vaya! —exclamó Doc—. ¡Esto está mejor! En ese sendero tan estrecho casi no podía uno respirar.

—¡Pst! ¡Mira! —cuchicheó Dick señalando.

Doc miró y vio a un pequeño mico que los contemplaba solemnemente desde la rama de un árbol próximo. De pronto empezó a parlotear, y un momento más tarde se le reunió otro mico, y después un tercero. Al acercarse los muchachos los micos se retiraron, sin cesar de charlar y reñir. Eran unos pequeños personajes muy listos, y Dick y Doc los siguieron esforzándose por acercarse; y sin cesar empezaron a aparecer más micos. Corrían por

entre los árboles, saltando de rama en rama, haciendo regates y profiriendo una jerigonza excitada.

—Si estuviera aquí mi primo Tarzán de los Monos, sabría lo que están diciendo —observó Dick.

—Haremos que nos enseñe —propuso Doc—. ¿No te gustaría poder hablar con los animales como él habla? ¡Si nos dejaran acercarnos un poquito más!…

Los muchachos siguieron avanzando, su atención estaba absorta enteramente por las extravagancias de los micos, olvidándose del tiempo y la distancia, del tren y de los viajeros; olvidándose de todo el mundo en aquella singular aventura de ver centenares de micos auténticos y vivos que vivían su vida natural en la jungla, como la vivieron siglos y siglos sus antepasados. ¡Qué mansos, qué poco interesantes y qué lastimosos parecían los pobres micos que habían visto en los jardines zoológicos!

Dejaron atrás los muchachos varios senderos que confluían en el principal; pero tanto retenían su atención las extravagancias de sus nuevos amigos que no repararon en los caminos, ni se fijaron en un ramal de la senda grande que iba a parar detrás de ellos, a su izquierda, mientras contemplaban a algunos micos en los árboles de su derecha. Tal vez no estaban muy lejos del tren. No se les ocurrió pensar en ello, porque tenían el espíritu embargado por cosas más interesantes que los trenes. Pero de pronto, mientras seguían las vueltas del ancho sendero de caza, riéndose de las tonterías de los micos y tratando de hacerse amigos de ellos, una voz menuda y pacífica pareció cuchichear algo al oído de Dick. Era la de la conciencia, esa maldita aguafiestas, y lo que decía era: «*Más vale que os volváis. Más vale que os volváis*».

Dick miró su reloj y exclamó:

—¡Caramba! ¡Mira que hora es! Es mejor que volvamos.

También Doc miró su reloj, exclamando:

—¡Demonio! Es preciso que volvamos. Es casi la hora de comer. ¿Crees que nos habremos alejado mucho?

—No, *mucho* no —replicó Dick, pero con acento de poca seguridad.

—¿Sabes que esto estará magnífico por la noche? —exclamó Doc.

En aquel mismo instante, desde el corazón de la selva, un sonido

rompió la paz de la jungla; un sonido terrible que empezó con una especie de tos y creció en volumen hasta convertirse en un rugido aterrador que hizo temblar el suelo. Inmediatamente los micos desaparecieron como por arte de magia, y sobre el oscuro y lúgubre bosque cayó un silencio más temeroso aún que la terrible voz.

Instintivamente se arrimaron uno a otro los dos muchachos, mirando con temor hacia el sitio de donde partió el pavoroso rugido. Eran valientes, pero hasta los hombres más valientes tiemblan cuando semejante voz rasga el silencio de una noche africana. No es, pues, de extrañar, que dieran media vuelta y echaran a correr por el mismo camino que habían seguido, huyendo del autor de aquel espeluznante aviso.

Y corriendo aún, llegaron a la bifurcación del sendero que poco rato antes habían dejado atrás sin reparar en ella. Allí se detuvieron pasmados y vacilantes, pero solo por un momento. Eran jóvenes y poseían todo el aplomo de la juventud; por lo cual echaron otra vez a correr por el sendero equivocado.

II
DOS JÓVENES TARZANES

NUMA, el león, andaba de caza por la selva primitiva. No lo aguijoneaba el hambre, porque la noche anterior había acabado de devorar la presa que cazó dos días antes. Sin embargo, nada se perdería con merodear por la selva un par de horas y fijarse en una nueva presa antes que le acuciaran demasiado los aguijones del hambre. Avanzando majestuosamente por el familiar sendero de caza, no hacía ningún esfuerzo por ocultar su presencia. ¿No era el rey de los animales? ¿Quién había allí capaz de disputar su poder soberano? ¿A quién debía temer?

Acaso estos mismos pensamientos vagaban por la mente de *Numa*, cuando, en alas del aire que bajaba por aquel sendero a modo de túnel, llegó a su olfato un olor que le hizo detenerse de pronto. Era el olor que siempre despertaba odio en el corazón de *Numa*. ¡Era el olor a hombre! Acaso despertaba el odio porque al propio tiempo engendraba un poco de miedo, aunque el miedo era una cosa que no podía confesar el rey de los animales.

Pero en aquel olor había algo raro, algo un tanto distinto de lo que él había observado siempre en el rastro olfatorio que dejaban los *gomanganis*. Se diferenciaba del rastro de los negros tanto como el de estos se distinguía del de los *manganis* o monos grandes. Estaba seguro de que no era ni un *gomangani*, el hombre o el gran mono negro, ni un *mangani* aquel cuyo olor llegaba hasta *Numa*; sin embargo, de una cosa estaba este seguro: de que el olor era de hombre; y por eso siguió avanzando por el sendero, pero con más precaución, sin que sus grandes y acolchadas patas hicieran el menor ruido. Una vez, todavía reciente su primer impulso de cólera, profirió un rugido a modo de reto; pero ahora permanecía callado.

Cuando llegó al lugar donde se detuvieron los muchachos antes de volver la espalda, se quedó parado y olfateó el aire, moviendo nerviosamente la cola de un lado a otro; en seguida echó a andar al trote por el mismo sendero que los chicos, con la cabeza agachada y todos los sentidos en tensión. Los grandes músculos se movían en flexibles oleadas bajo su atezada piel; su empenachada cola se mantenía pegada al suelo y su negra melena se agitaba al suave aire que reinaba. *Numa*, el león, seguía el rastro de su presa.

Dick y Doc estaban acostumbrados a largas carreras a campo traviesa, porque eran muchas las carreras de puro juego en las que habían tomado parte; y a la sazón se alegraban de haber desarrollado músculos y pulmones en el ejercicio al aire libre, porque aunque corrieron largo trecho, no estaban demasiado cansados ni faltos de aliento. Sin embargo, fueron moderando la carrera hasta andar al paso, porque a los dos les perturbaba la misma duda. Fue Doc el que primero la manifestó.

—No creí que hubiéramos llegado tan lejos —dijo—. ¿Habremos pasado del sendero que conduce al ferrocarril, sin verlo?

—No lo sé —replicó Dick—, pero sí que parece que hemos andado ahora mucho más que al venir. Bueno; al fin y al cabo, tú has dicho que sería magnífico pasar aquí la noche —añadió.

—Sí que lo sería —insistió Doc—; pero no estaría bien que se fuese el tren y nos dejase aquí; y eso es lo que puede ocurrir si no volvemos pronto a él. Vamos a andar un poco más, y si no encontramos el camino, daremos la vuelta y probaremos el otro sendero de la bifurcación.

—¿Quién crees que ha hecho ese ruido? —preguntó Dick al cabo de un rato, mientras seguían su camino mirando ansiosos la densa pared de jungla, en busca de la brecha que, según esperaban, los había de conducir al tren.

Era la primera vez que uno de ellos mencionaba la causa de su espanto; en parte porque estaban demasiado ocupados en correr, y en parte porque ambos se sentían un poco avergonzados de su desbocada fuga.

—Parecía un león —dijo Doc.

—Eso era lo que yo pensaba —confesó Dick.

—Entonces, ¿por qué no esperaste a verlo? —preguntó su primo —. Esta mañana en el tren decías que te gustaría ver un león de

veras.

—Tampoco te he visto esperar a ti —respondió Dick—. Creo que has tenido miedo, eso es. En mi vida he visto correr a nadie tan de prisa.

—Tenía que correr para que no me dejaras atrás —replicó Doc —. De todos modos, a mí no se me había perdido ningún león. ¿Quién era el que quería ver uno?

—Me parece que no eras tú, ¡gato miedoso!

—¡De gato, nada! —replicó Doc—. A mi no me da miedo ningún león viejo. Lo único que hace falta es mirarlo fijo a los ojos y…

—¿Y qué?

—Y mete el rabo entre piernas y echa a correr.

—Un paraguas es una cosa magnífica para asustar a un león —apuntó Dick.

—Mira aquella peña grande —exclamó Doc señalando una gran roca, cubierta de enredaderas, que formaba un saliente en torno del cual desaparecía el sendero delante de ellos.

—No la hemos visto al venir.

—No —contestó Dick—. No la hemos visto. Eso quiere decir que seguramente nos hemos equivocado de camino. Retrocedamos y tomemos el otro sendero.

Al unísono dieron la vuelta para desandar lo andado. Ante ellos el sendero perdía la línea recta a un centenar de metros, y allí, precisamente al final, apareció a su vista un gran león de melena negra. Dick y Doc se quedaron clavados en su camino, y el león se detuvo también para mirarlos. A los chicos les pareció que permanecían allí un rato larguísimo, pero en realidad no debió de ser más que un momento. De pronto el león abrió la boca para proferir el rugido más espantoso que habían oído los chicos en toda su vida, y rugiendo aún se movió hacia ellos.

—¡Pronto! ¡A los árboles! —cuchicheó Dick, como si temiera que el león lo oyese.

Cuando brincaban los chicos hacia el árbol más próximo, *Numa* empezó a trotar. Entonces fue cuando Doc se cogió un pie debajo de una raíz y cayó de bruces al suelo. El león parecía estar muy cerca, pero Dick se volvió, y agarrando a Doc lo ayudó a levantarse. Un instante más tarde, cuando el león embestía verdaderamente en serio, a una velocidad terrible, los muchachos estaban ya trepando ágilmente a las ramas inferiores de un gran árbol que se extendían sobre el sendero. Rugiendo de cólera, *Numa* pegó un brinco en el aire, con las potentes garras descubiertas para asirlos y arrastrarlos hacia abajo. No lo consiguió, pero le faltó tan poco que una de sus garras tocó el talón del zapato de Dick.

Con una agilidad que no podían ni soñar, Dick y Doc treparon a más altura, huyendo de la amenaza que representaba el airado animal de rapiña, y finalmente se sentaron en una rama que

sobresalía por encima del sendero. Debajo de ellos el león se quedó mirando hacia arriba, con sus ojos redondos y relucientes de color amarillo verdoso. Gruñía de rabia, dejando ver unos colmillos amarillentos que hicieron estremecer a los muchachos.

—¿Por qué no le miras a los ojos? —preguntó Dick.

Eso iba a hacer, pero no se está quieto —replicó Doc—. Y tú ¿por qué no has traído un paraguas?

A *Numa*, nervioso e irritable, no le hacía gracia la idea de perder la cena, ahora que había descubierto una presa consistente en dos *tarmanganis* jóvenes y tiernos; porque si había algo que le gustaba a *Numa*, aun antes de haberlo reducido la vejez al régimen de carne humana, era la gente joven de la tribu de los hombres. Por tanto, mientras estuvieran a la vista, no renunciaba a la esperanza. Raras veces tenía *Numa*, el león, razones para envidiar a su prima *Sheeta*, la pantera; pero la envidió en aquella ocasión, porque si él hubiera podido trepar con la agilidad de *Sheeta*, pronto la presa habría sido suya. No pudiendo subirse al árbol en busca de la cena, hizo lo mejor que podía hacer, que fue tenderse y esperar que bajara.

Claro es que si *Numa* hubiera tenido el cerebro de hombre, habría pensado que los chicos no bajarían mientras él estuviera allí esperándoles. Acaso se ilusionaba pensando que se dormirían y se caerían del árbol. Y también puede ser que al cabo de un rato razonara sobre el caso poco menos que como lo habría hecho un hombre, porque, después de media hora de espera, se levantó y majestuosamente se largó por el sendero en la misma dirección por la que había venido; más en el primer recodo se detuvo, se volvió y se tendió fuera de la vista de sus presuntas víctimas.

—Creo que se ha ido —cuchicheó Dick—. Esperemos unos minutos y luego bajaremos a ver si damos con la senda. No debe de estar muy lejos de aquí.

—Si esperamos mucho, se hará de noche —dijo Doc.

—¿Crees que nos oirán si gritáramos? —preguntó Dick.

—Si nos oyeran y vinieran, los cogería el león.

—No había caído en eso… No, no debemos gritar. —Y Dick se rascó la cabeza pensativo.

—Debe de haber algún medio de salir de este aprieto —continuó —. No podemos estar aquí toda la vida, aunque tú pienses que sería

muy bonito pasar la noche en la jungla.

—Si bajamos podemos tropezar con ese león, y no tenemos ni paraguas ni nada —dijo Doc haciendo una mueca.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Dick—. ¡Ya lo tengo! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

—¿El qué?

—Pues el irnos por los árboles, como Tarzán. Tarzán no bajaba al suelo cuando lo perseguía un león, si no quería bajar. Se echaba a andar por los árboles. ¿Por qué no probamos a volver al tren por entre las ramas?

—¡Hombre! —exclamó Doc—. ¡Esa es una gran idea! ¡Verás como se sorprenden cuando nos descolguemos de los árboles y caigamos delante de ellos!

—Y verás como se les ponen de saltones los ojos cuando les digamos que nos ha perseguido un león —añadió Dick—. ¡Vamos, anda! ¿Por dónde está el tren?

—Por aquí —dijo el otro señalando el camino que formaba un ángulo recto con el sendero; y se abrió paso cuidadosamente a través de las ramas del árbol, procurando asegurar tanto los pies abajo como las manos arriba.

—¡Pero eso no es correr por los árboles! —dijo Doc.

—¡A ver, cómo corres tú, sabiondo!

—Tú eres primo de Tarzán. Si tú no sabes, ¿cómo quieres que sepa yo?

—Te diré —explicó Dick—. Es que tengo que practicar un poco. No querrás que haga uno las cosas de sopetón, sin un poco de práctica.

Como en aquel momento Doc estaba demasiado ocupado en abrirse paso detrás de Dick, no se le ocurrió una contestación adecuada.

De árbol en árbol fueron avanzando, y pronto se sintieron más seguros de sí mismos y pudieron aumentar la velocidad. Casualmente Dick había tomado la verdadera dirección. El tren estaba delante de ellos, aunque mucho más allá de lo que creían; pero no es cosa fácil seguir una línea recta por entre los árboles de un denso bosque donde no hay señales que sirvan de guía y donde no se ve el sol a modo de faro. No es, pues, extraño, que a los primeros cien metros Dick hubiera cambiado tanto el rumbo

primitivo, que los muchachos seguían un ángulo recto con respecto a la verdadera dirección y a los siguientes cien metros habían retrocedido por completo y se alejaban del ferrocarril. Pocos minutos más tarde cruzaron el ancho sendero de caza que acababan de dejar, pero era tan denso el follaje debajo de ellos, que no vieron la senda, y todavía seguían recorriendo como unos valientes su peligroso camino, cuando la súbita noche tropical cerró sobre la jungla, envolviéndolos en sus negros pliegues.

Debajo rugió un león. Del negro vacío surgió el pavoroso grito de una pantera. Encima de ellos se movió algo en los árboles. La vida nocturna de la selva despertaba, con sus sones de cuerpos que se movían furtivamente, con sus ruidos aterradores y con sus espantosos silencios.

III
UN NUEVO DÍA

ALBOREABA un nuevo día espléndido. Un sol radiante alumbraba el frondoso dosel de verdura que coronaba el extenso bosque; pero más abajo todo estaba aún oscuro y sombrío. Un esbelto guerrero de la jungla llevaba a la espalda un pequeño escudo ovalado, un arco y la aljaba llena de flechas. Rodeaban sus brazos brazaletes de hierro y de cobre. En el tabique de su nariz, perforado al efecto, se veía atravesado un pedazo cilíndrico de madera, de seis u ocho pulgadas de largo; de los lóbulos de su orejas pendían pesados ornamentos; su garganta de ébano estaba ceñida por collares, y en las piernas ostentaba muchos aros de metal y ajorcas; llevaba el pelo embadurnado de barro, en el cual había hincado varias plumas chillonas. Sus dientes estaban afilados en agudas puntas. En una mano llevaba un ligero venablo de caza.

Era Zopinga, un MuGalla de la tribu de los Bagallas, omnipotente en UGalla, la triste comarca selvática que reclamaba como suya. Por la mañana temprano Zopinga estaba dando un vistazo a las trampas que puso el día anterior.

En la horquilla de un poderoso gigante de la selva, dos muchachos, ateridos, desdichados, despertaron de un sueño lleno de pesadillas. Toda la noche habían permanecido muy juntos para darse calor uno a otro, pero habían pasado mucho frío. Dormir, durmieron poco. Las misteriosas voces de la noche de la jungla, la sensación de la próxima presencia de animales a quienes no podían ver, apartaron el sueño de sus ojos hasta que, finalmente, vencidos por el absoluto agotamiento, habían caído en un estado de inconsciencia que apenas podía llamarse sueño, y aún de él los

había despertado el frío y la incomodidad, poco antes del alba.

—¡Cuerno! —dijo Dick—. ¡Tengo mucho frío!

—Lo mismo me pasa a mí —replicó Doc.

—Debe de ser magnífica la noche en la selva —comentó Dick con una mueca triste.

—No ha estado tan mal —insistió Doc, valerosamente.

—¿Tan mal como qué? —preguntó Dick.

—Te apuesto a que ninguno de nuestros compañeros ha pasado nunca toda la noche en un árbol, con leones, panteras y tigres merodeando a sus pies por la selva virgen. ¡Deja que volvamos y se lo contemos! Te aseguro que les dará pena no haber estado aquí.

—No hay tigres en África —corrigió Dick—; y a cualquiera que quiera quedarse en la selva toda la noche, le cedo el sitio. Ojalá estuviera en casa, en mi cama; no deseo otra cosa.

—Eres un niño llorón.

—No lo soy. Es que tengo un poco de sentido común, y nada más. Aquí hace frío y tengo hambre.

—Y yo también —contestó Doc—. Vamos a hacer fuego para calentarnos y a preparar el desayuno.

—¿Cómo vas a hacer fuego y qué vas a preparar para desayuno? ¿Vas también a decir «abracadabra, pronto», y a sacarme de la oreja una cocina de gas? Y aunque pudieras, ¿qué ibas a preparar en ella? ¿Jamón, huevos y galletas? Eso no puede ser, porque no tenemos nada de ese jarabe de arce de que siempre estás hablando, y la cocinera se ha olvidado de la mermelada.

—¡Qué gracioso eres! —gruñó Doc—. Pero ya te enseñaré yo. Vas a ver cómo hago fuego.

—¿Dónde tienes las cerillas?

—No necesito cerillas.

—¿Cómo vas a hacer fuego sin cerillas?

—Eso es fácil. Basta con frotar dos palos.

—Eso es verdad —dijo Dick interesado—. Vamos, bajemos y hagamos fuego. Sería magnífico poder entrar en calor.

—No me importaría quemarme —dijo Doc—; pero estoy tan frío que me parece que no me quemaré.

—Podríamos derretirnos, que es mejor que estar helados.

—¿Crees que podremos bajar sin peligro? —preguntó Doc—. ¿Piensas que ese viejo león se habrá ido a su casa?

—Podemos estar pegados a un árbol, y uno de nosotros vigilando —apuntó Dick.

—Muy bien, pues vamos. Pero estoy entumecido. Mis coyunturas necesitan aceite.

Una vez al pie del árbol, Doc cogió un montón de ramitas, y tomando dos de las más grandes empezó a frotarlas vigorosamente, mientras Dick vigilaba y escuchaba, pronto a dar la voz de alarma a la primera señal de peligro.

Doc seguía frotando, frotando y frotando.

—¿Qué le pasa a ese fuego? —preguntó Dick.

—No lo sé —dijo Doc.

Todos los libros que he leído de salvajes, y de islas desiertas y tal, dicen cómo hacen fuego frotando dos palos.

—Es que tal vez no frotas bastante de prisa —apuntó Dick.

—Froto todo lo de prisa que puedo. ¿Te parece que esto es fácil? Pues no lo es. Es bastante duro.

Siguió frotando y frotando varios minutos, hasta que se detuvo completamente fatigado.

—¿Por qué paras? —preguntó Dick.

—Estos malditos palos no quieren arder —replicó Doc disgustado—; pero de todos modos, les he dado tan fuerte que he entrado en calor.

Convencidos de que algo fallaba en aquello de hacer fuego, decidieron calentarse por medio del ejercicio, pues sabían que una buena carrera haría que palpitara la sangre en sus venas; pero cuando se planteó el problema de la dirección adónde debían correr, así como del lugar dónde encontrarían espacio para ello, observaron que la enmarañada maleza los rodeaba por todas partes. No era posible correr por allí. No tenían idea de dónde estaba el sendero. Por tanto, no les quedaba más que los árboles, por lo cual treparon a las ramas más bajas y con los dedos envarados y las articulaciones entumecidas partieron una vez más en la dirección que creían había de conducirles a la vía férrea.

Mientras avanzaban empezaron a sentir el influjo vivificante de nuevo calor y vida. Pero al olvidarse del frío, se dieron más cuenta del hambre y luego de la sed que aumentaba sus desazones. Oyeron los sonidos de la vida menor de la jungla, y en ocasiones tuvieron fugitivos atisbos de aves de bellos colores. Un mico echó a correr

por encima de sus cabezas, y su charla atrajo a otros, hasta que pronto se vieron rodeados por muchos micos. No parecía que estos se asustaran gran cosa de los chicos, ni les mostraran hostilidad. Únicamente se sentían curiosos. Y siempre estaban comiendo, lo cual volvía medio locos de hambre a los dos muchachos.

Observaron cuidadosamente para ver que comían los micos, porque pensaban que ellos podían también comer lo mismo sin peligro; pero cuando descubrieron que el *menú* parecía componerse en su mayor parte de orugas, cambiaron de opinión. Al cabo de un rato vieron que uno de los micos cogía fruta de un árbol y se la comía con gran placer, y entonces, sin perder tiempo, se lanzaron a las ramas de aquel mismo árbol en busca de más fruta. No les resultaba muy buena, pero al fin y al cabo era comida y acallaba las agudas punzadas del hambre, y su zumo contribuía a calmar la sed.

Una vez comidos continuaron buscando la vía férrea, y les resultó más fácil trasladarse por entre los árboles, aunque aún distaban mucho de ser perfectos en aquel género de locomoción. La comida les había dado nuevas esperanzas, y estaban ya seguros de que pronto llegarían a las cintas gemelas de acero que significaban la salvación, porque, aunque se hubiera ido su tren, otros pasarían que seguramente se detendrían al ver dos muchachos blancos. No habrían sentido tanta confianza de haber pensado que cada vez se adentraban más en la selva, apartándose del ferrocarril.

Dick, que guiaba, lanzó de pronto una exclamación de satisfacción y consuelo.

—¡Ahí está el sendero! —dijo—. Ahora podemos ganar tiempo.

—¡Qué bueno es volver a plantar los pies en el suelo! —exclamó Doc cuando se vieron otra vez en tierra firme—. ¡Vamos! ¡Andemos de prisa!

Con vivo paso empezaron a recorrer el sendero de caza que seguía la misma dirección que ellos llevaban, seguros ya de hallarse en el buen camino. Doc, cuyo ánimo se puso a la altura de las circunstancias, empezó a silbar alegremente.

Delante de ellos Zopinga se detuvo de pronto. Permaneció un instante escuchando con toda atención, y luego se tiró al suelo, a gatas, y puso el oído en tierra; y así se quedó inmóvil unos momentos. Cuando se levantó conservaba la actitud del que escucha, y ponía todas sus facultades en tensión para interpretar los

sonidos que se acercaban a él por el sendero. Un momento antes de aparecer los chicos a su vista, el guerrero salvaje penetró en la verde pared de la selva. Las hojas y ramas se juntaron formando una pantalla impenetrable, tras la cual esperó Zopinga.

Llegaron los muchachos muy confiados, mientras Zopinga embrazaba el escudo con el brazo izquierdo y agarraba mejor su ligero venablo de caza.

El guerrero no vio a los chicos hasta que no estuvieron casi delante de él, pero al verlos aflojó la mano con que sujetaba el venablo, y una expresión de consuelo y satisfacción asomó a su rostro negro y perverso, porque vio que nada tenía que temer de dos chicos blancos desarmados. Esperó hasta que un recodo del sendero los apartó de su vista, y luego salió del escondite y se puso a seguirlos.

Zopinga estaba entusiasmado. ¿Qué importaba ya que en sus trampas no hubiera caído ninguna presa? De haberlas hallado llenas, la recompensa no habría igualado a aquella ganga que se le presentaba sin el menor esfuerzo por su parte. A las presas de sus trampas habría tenido que llevarlas a su casa; pero aquella nueva presa sabía andar sola, y lo que era aún mejor, se encaminaba directamente a la aldea de los Bagallas.

IV
PRISIONEROS DE LOS BAGALLA

—YA debemos estar muy cerca del tren —dijo Dick—; a no ser que…

—¿A no ser… Qué? —preguntó Doc.

—Que no estemos en el camino verdadero —apuntó el otro—. Muy bien podemos habernos perdido.

—No digas eso, Dick. Si ahora estamos perdidos, ya no sabremos salir de aquí. Tendremos que quedarnos en esta selva hasta que…

—¿Hasta que qué?

—No quisiera decirlo.

—¿Hasta que nos muramos?

Doc afirmó con la cabeza, y los muchachos avanzaron en silencio, absorto cada cual en sus sombríos pensamientos. Detrás de ellos, donde no podían verlo, iba Zopinga, el guerrero negro. De pronto Doc se detuvo.

—¡Dick! —exclamó—. ¿Hueles a algo?

Dick olfateó el aire y contestó:

—Huele a humo.

—¡Es humo! —exclamó Doc—; y yo huelo también a comida. ¡Estamos salvados, Dick! ¡Estamos salvados! ¡Es el tren! ¡Vamos!

Y ambos chicos echaron a correr.

A los cien metros de viva carrera se detuvieron súbitamente. Ante ellos se abría un calvero[2] del bosque al extremo de la senda. En el centro de él había una empalizada de troncos que rodeaban un cercado. Por encima de la empalizada vieron los tejados cónicos de unas chozas cubiertas de hierba, y por las puertas que tenían delante, y que estaban abiertas, divisaron las mismas chozas y a unos negros medio desnudos que andaban de un lado a otro. Fuera

de la empalizada unas mujeres estaban cavando un trozo de terreno que cultivaban.

Dick y Doc contemplaron la escena que tenían delante antes de mirarse uno a otro en silenciosa consternación. Aquel resultado era tan diferente de lo que esperaban, que ambos muchachos se quedaron un momento absolutamente mudos. Fue Doc, como de costumbre, el primero que recobró el dominio de la lengua.

—Al fin y al cabo nos hemos perdido —dijo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Puede que sean indígenas amables —apuntó Dick.

—Pero puede que sean caníbales —sugirió Doc.

—No creo que queden ya caníbales —dijo Dick.

—De todos modos, vale más no arriesgarse, porque puede haberlos.

—Vamos a volvernos por donde hemos venido —cuchicheó Dick —. Todavía no nos han visto.

Al unísono dieron los chicos media vuelta para desandar lo andado, pero, cerrándoles el sendero que acababan de recorrer, vieron un enorme guerrero negro que los miraba con ceño feroz. En la mano tenía un agudo venablo.

—¡Demonios! —exclamó Dick.

—¡Y un cuerno! —exclamó Doc—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a estar muy finos con él —dijo Dick.

—Buenos días —dijo Doc cortésmente con una sonrisa, bastante forzada por cierto—. Qué mañana tan hermosa, ¿verdad?

Zopinga, callado hasta entonces, prorrumpió en un torrente de palabras, ni una de las cuales entendieron los muchachos. Cuando cesó de hablar volvió a quedarse inmóvil.

—Bueno —dijo Dick sin darle importancia—. Creo que será mejor que nos volvamos al tren. Vamos, Doc.

Y echó a andar para pasar por el lado de Zopinga. Inmediatamente tuvo en la boca del estómago la afilada punta del venablo. Dick se detuvo. Zopinga señaló hacia la aldea con la mano izquierda y pinchó a Dick con el arma.

—Me parece que nos invita a almorzar —apuntó Doc.

—A lo que sea que nos invite, creo que será mejor aceptar — repuso Dick.

De mala gana se volvieron ambos en dirección a la aldea; detrás

de ellos iba Zopinga, aguijando orgullosamente a sus cautivos en dirección a las puertas. Al verlos las mujeres y niños que trabajaban en el campo se apiñaron a su alrededor, charlando en una jerigonza excitada. Las mujeres eran unos seres asquerosos, de orejas y labios inferiores horriblemente desfigurados, pues los pulpejos de las primeras habían sido evidentemente atravesados en su juventud para ponerles pesados adornos, que habían estirado la carne hasta que la parte inferior de la oreja tocaba el hombro, y sus dientes, lo mismo que los de Zopinga, estaban afilados con agudas puntas; aunque, por fortuna para la paz de espíritu de Dick y Doc, ninguno de ellos comprendía lo que esto significaba.

Algunos de los niños tiraron piedras y palos a los dos blancos, y cada vez que acertaban, Zopinga, las mujeres y todos los chiquillos rompían en bárbaras risas. Animado y envalentonado por aquellos aplausos, uno de los niños de más edad, más repugnante que los otros, se abalanzó sobre Doc por la espalda y con un grueso palo le arreó un golpe en la cabeza. Dick, intentando parar los proyectiles que llovían sobre él, se había quedado unos pasos atrás de Doc, lo cual resultó una circunstancia muy afortunada para su primo, porque el chico negro habría partido el cráneo de Doc si el golpe hubiera dado de lleno en el blanco.

Pero en el momento en que aquel pequeño enemigo blandía el garrote, Dick se plantó de un salto delante de él, y cogiéndole la muñeca con la mano izquierda le dio con la derecha un puñetazo en la cara que lo tumbó patas arriba.

—No estaremos ahora peor que antes —le recordó Dick—. Míralos. Creo que les ha servido de lección.

Doc se volvió a tiempo de presenciar el acto de Dick, aunque no se dio plena cuenta del grave peligro que acababa de correr, y los dos muchachos se juntaron instintivamente, espalda con espalda, para protegerse uno a otro, ya que ambos estaban convencidos de que el ataque de Dick al chico negro les acarrearía la cólera de todos los indígenas.

—¡Bravo, Dick! —cuchicheó Doc.

—Creo que nos hemos metido con todo el equipo —profirió Dick con acento sombrío—. Pero tenía que hacerlo, porque si no te mata.

Por un instante se quedaron los negros tan sorprendidos que se olvidaron de tirar cosas a los dos blancos; luego empezaron a reír y

a burlarse del corrido muchacho, que se hallaba sentado en el suelo atendiendo a la nariz que le chorreaba sangre; y mientras estaban ocupados en esta nueva diversión, Zopinga hostigó a los dos blancos hasta la aldea y los llevó a presencia de un negro muy gordo que estaba conversando con otros varios guerreros a la sombra de un árbol.

—Ese tipo debe ser el jefe —dijo Doc.

—¡Si pudiéramos hablar con él! —repuso Dick—. Tal vez nos enviaría hacia el tren si pudiéramos explicarle que hacia el tren queríamos ir.

—Yo lo probaré —dijo Doc—. Acaso entienda el inglés. Escucha, amigo —exclamó, dirigiéndose al obeso negro—. ¿Sabes inglés?

El negro miró a Doc y le dirigió la palabra en uno de los innumerables dialectos bantú; pero el chico norteamericano se limitó a mover la cabeza.

—Por ahí no hacemos nada, tío Tom —dijo Doc suspirando; y luego, animándose su rostro, prosiguió—: ¡Eh! ¿*Parle vu sanglé*?

A pesar de los chichones y magulladuras que tanto le molestaban, Dick no pudo contener la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Doc—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu francés.

—Pues lo voy mejorando —dijo Doc haciendo una mueca—. Hasta ahora nadie había reconocido que mi francés era francés.

—Por lo visto ese amigo tuyo no conoce ni siquiera que sea un idioma. ¿Por qué no pruebas a hacerle señas?

—No se me había ocurrido. ¡Qué mollera la tuya, Dick! De cuando en cuando tienes destellos de inteligencia. ¡Allá va! ¡Mírame bien, nube de lluvia! Movió la mano hacia el negro para llamarle la atención; luego señaló hacia donde él creía que estaba el tren, y después dijo «¡chu, chu!» varias veces. Luego señaló primero a Dick y después a sí mismo; dio una vuelta en pequeño círculo, mirando asombrado de un lado a otro, se detuvo delante del negro, se señaló a sí mismo, luego a Dick, luego al negro, y finalmente en la dirección del bosque a un ferrocarril imaginario, y volvió a decir: «¡Chu, chu, chu!».

El negro lo examinó un momento con sus lagañosos ojos ribeteados de rojo; luego se volvió a sus compañeros, apuntó con el pulgar en dirección a Doc, se golpeó significativamente la frente

con el índice y dio unas instrucciones breves a Zopinga, que se adelantó y bruscamente empujó a los chicos por la calle de la aldea hacia su extremo.

—Creo que ha entendido muy bien tu lenguaje por señas —dijo Dick.

—¿Por qué lo crees? —preguntó Doc.

—Porque piensa que estás loco, y no anda muy desencaminado.

—¿De veras?

Zopinga se detuvo delante de una choza de bálago en forma de colmena, con una sola abertura como de dos pasos y medio o tres de alto a cada lado de la cual estaba en cuclillas un guerrero armado como Zopinga. Este hizo señas a los chicos de que entraran, y cuando se pusieron a gatas para colarse en el oscuro interior, los impulsó con la planta de un pie encallecido y los envió uno tras otro a una oscuridad algo menos densa que el repugnante olor que reinaba en el asqueroso antro.

V
CANÍBALES

ARRIMÁNDOSE mucho, Dick y Doc permanecieron en silencio en el mugriento suelo de la choza. Oyeron a Zopinga, que hablaba con los guardianes de la entrada, y una vez que se hubo largado siguieron oyendo la conversación de aquellos. Era terrible no entender ni una palabra de lo que decían, ni poder obtener el menor indicio respecto a la clase de gente en cuyo poder los había entregado un destino adverso, ni poder calcular las intenciones de sus captores para con ellos, porque ya ambos estaban convencidos de hallarse prisioneros.

De pronto Doc aproximó los labios al oído de Dick y cuchicheó:

—¿Oyes algo?

Dick afirmó con la cabeza diciendo:

—Parece como si algo respirara allí.

—Eso es —dijo Doc con voz un tanto temblorosa—. Veo algo allí contra aquella pared.

Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad del interior, y poco a poco los objetos de dentro iban tomando forma.

Dick forzó la vista en dirección al sonido.

—Ya lo veo. Son dos. ¿Piensas que son hombres…?

—¿O qué? —preguntó Doc.

—Leones o algo así —indicó débilmente Dick.

Doc se echó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un cortaplumas; pero los dedos le temblaban de tal suerte que le costó trabajo abrirlo.

—¡Se levanta! —cuchicheó.

Permanecieron con los ojos clavados en el oscuro bulto que se movía junto a la negra pared de la choza. Parecía muy grande y

muy siniestro, aunque todavía no había tomado una forma definitiva que pudieran reconocer.

—Viene hacia nosotros —tartamudeó Doc—. ¡Ojalá fuera un león! Sabiendo que lo era no tendría tanto miedo como ahora que no sé lo que es.

—Pues ahí viene el otro —anunció Dick—. Mira, me parece que son hombres. Ya voy viendo mejor en esta madriguera. Sí, son hombres.

—Entonces serán también prisioneros —dijo Doc.

—Como sea, más vale que saques tu cortaplumas —repuso Dick.

—Yo ya lo he sacado. Te iba a decir que hicieras tú lo mismo.

Permanecieron muy quietos mientras las dos figuras avanzaban hacia ellos a gatas, y pronto vieron que uno era un negro muy grande y la otra o un negro muy pequeño o un niño.

—Diles que se aparten si no quieren que los pinchemos —advirtió Doc.

—No lo entenderían aunque se lo dijera —replico Dick; y luego, en un inglés horrible que apenas pudieron entender, uno de los negros declaró que hablaba excelente inglés.

—¡Cuerno! —exclamó Doc con un suspiro de consuelo—. ¡Me dan ganas de darle un beso!

Los chicos hicieron preguntas que el negro entendió a duras penas, e igualmente arduos fueron los esfuerzos de ellos por comprender sus respuestas, pero al fin y al cabo habían encontrado un medio de comunicación, por escaso e inseguro que fuese, y poco a poco iban comprendiendo el trance en que los había puesto su temeraria aventura en la selva virgen.

—¿Qué van a hacer aquí con nosotros? —preguntó Dick.

—Engordarnos —explicó el negro.

—¿Engordarnos? ¿Para qué? —preguntó Doc—. Yo estoy bastante gordo.

—Engordarnos para comernos —explicó el negro.

—¡Cuerno! —exclamó Dick—. ¡Son caníbales! ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí. Hombres malos. Caníbales —dijo el negro meneando la cabeza.

Los muchachos estuvieron largo tiempo callados. Sus pensamientos andaban muy lejos, cruzando continentes y océanos

para fijarse en los distantes hogares, en sus madres, en los queridos amigos a quienes no volverían a ver.

—¡Y pensar que nadie sabrá lo que ha sido de nosotros! —dijo Dick solemnemente.

—¡Es terrible, Doc!

—No ha ocurrido todavía, Dick —replicó su primo—. Y ya procuraremos que no ocurra. Debe de haber algún medio de escaparse. De todos modos no hemos de renunciar hasta que empiecen a preguntar qué es preferible, la carne negra o la blanca.

Dick hizo una mueca y contestó:

—Claro que no renunciaremos, Doc. Averiguaremos lo que podamos por este individuo para tener más probabilidades de escaparnos cuando llegue el momento. Lo primero será tratar de aprender su lengua. Si supiéramos lo que hablan, nos sería muy útil, y de todos modos, si nos escapamos, mucho mejor estaremos si sabemos preguntar el camino.

—Sí, acaso encontremos algún guardia de la porra.

—¡No seas idiota!

Dick se volvió al negro que estaba en cuclillas a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Bulala —replicó el negro; y luego explicó que había sido cocinero o porteador de un hombre blanco que iba de caza mayor; pero que había tenido disgustos y se escapó para volver a su casa, y que entonces fue apresado por aquella gente a quien llamó la tribu de los Bagallas.

—¿Hablas la misma lengua que esos Bagallas? —preguntó Doc.

—Nos entendemos —replicó Bulala.

—¿Quieres enseñarnos tu lengua?

A Bulala le agradó mucho la idea y en seguida empezó a actuar de profesor; y jamás tuvo maestro en el mundo unos discípulos tan afanosos, ni jamás se aplicaron Dick y Doc con tanta asiduidad a adquirir un conocimiento útil.

—Esa lengua es facilísima —dijo Doc.

—Si la aprendes tan bien como el francés —repuso Dick—, podrás entenderte con ella dentro de cien años, aunque no es seguro que los demás te entiendan.

—¿De veras? —exclamó Doc—. ¡Cómo si tú lo hicieras tan bien!

A medida que la vista de los muchachos se iba acostumbrando a

la escasa luz del interior de la choza, iban descubriendo los escasos trebejos que habían en ella, la suciedad y a sus compañeros de cautiverio. Bulala era evidentemente un negro de la costa occidental, ignorante, pero bonachón, al paso que el otro, a quien Bulala llamaba Ukundo, era un pigmeo, y aunque adulto, apenas llegaba a los hombros de los gemelos.

Cuando Ukundo descubrió que Bulala trataba de enseñar a los chicos su lengua, mostró gran interés por el experimento, y como era mucho más listo que Bulala, con más rapidez aprendían los primos su propio dialecto que el de la tribu a que Bulala había pertenecido.

En cuanto al mobiliario de la choza, se componía de varios camastros de mugrienta estera, que debieron ser desechados por sus dueños primitivos como absolutamente imposibles para el uso humano; y cuando algo es demasiado sucio para un indígena africano, es que su estado es incalificable.

Ukundo colocó dos de ellos generosamente para que los usaran los muchachos, pero estos se apartaron tan pronto como los vieron.

—Si no fuera por los guardias de ahí, sacaría fuera el mío y lo ataría a un árbol —dijo Doc.

—¿Temes que se escape? —preguntó Dick.

—No; temería que se metiera aquí dentro buscándonos.

Al atardecer les llevaron algo de comer, una cosa asquerosa, repulsiva y maloliente que ninguno de los muchachos se pudo llevar a los labios, aun estando medio muertos de hambre. Pero Bulala y Ukundo no fueron tan escrupulosos y embaularon sus raciones y las de los chicos con acompañamiento de ruidos que recordaron a Doc la hora de echar de comer a los cerdos en la pocilga de la granja de su abuelo.

Con la llegada de la noche vinieron también los ruidos nocturnos de la aldea y de la jungla. Por la abertura de la base de la choza, que servía a un tiempo de puerta y de ventana, los muchachos vieron que parpadeaban hogueras en el pueblo; a sus oídos llegaron fragmentos de conversación y carcajadas. Vieron figuras que se movían entre las hogueras, y tuvieron atisbos de bailarines salvajes, y oyeron el son de los tambores; pero el calor de las hogueras no entraba en la fría y húmeda choza, ni la risa lograba calentar sus corazones.

Se arrimaron mucho para darse calor, y por fin cayeron dormidos, hambrientos, ateridos y agotados.

VI
LOS CUCHILLOS DESAPARECEN

CUANDO despertaron todavía era de noche y hacía mucho más frío. Se habían extinguido las hogueras del pueblo o las habían tapado para pasar la noche. Todo era silencio. Pero los muchachos se dieron cuenta de que los había despertado un ruido, como si el eco persistiera aún en sus oídos. No tardaron en cerciorarse de ello: era un ruido atronador cuyo volumen enorme retumbaba en el oscuro bosque y hacía temblar la tierra.

—¿Estás despierto? —musitó Doc.

—Sí.

—¿Has oído?

—¡Es un león!

—¿Estará en el pueblo?

—¡Suena muy cerca!

Numa no estaba en el pueblo; rugía con el hocico junto a la empalizada, voceando su cólera por la recia barrera que le impedía llegar a la tierna carne de dentro.

—¡Cuerno! —exclamó Dick—; ¡de poco nos serviría escaparnos! ¡Sería salir de la sartén para caer en las brasas!

—¿Es que prefieres quedarte aquí y que te coman los caníbales a tratar de escaparte? —preguntó Doc.

—No, no digo eso. Lo que pienso es que no tenemos muchas probabilidades de salir de este atranco de un modo ni de otro, pero sin duda preferiría escaparme a quedarme aquí quieto y esperar que me comieran, como lo esperan Bulala y Ukundo. ¿Se te ocurre algún plan para escaparnos, Doc?

—Todavía no. Por lo que he podido entender del galimatías de Bulala, creo que no nos comerán en una temporada. Parece ser que

esperarán a que engordemos un poco; pero, por algo que ha dicho, es muy posible que nos guarden para una gran fiesta a la cual han invitado a gente de otros pueblos. De todos modos, si nos dejan unos días para que nos enteremos de los hábitos y costumbres de la aldea, estaremos en situación más propicia para buscar el mejor plan y la ocasión mejor para escaparnos. ¡Demonios! ¡Qué frío tengo!

—No creía yo que se pudiera tener tanto frío y tanta hambre y seguir viviendo —repuso Dick.

—Ni yo tampoco. Es inútil tratar de dormirse otra vez. Yo me voy a levantar y moverme. Tal vez así entremos en calor.

Pero lo único que consiguió fue despertar a Bulala y a Ukundo, que no se enfadaron al ver que los despertaban, y no hicieron más que reírse cuando los chicos les dijeron que tenían frío. Bulala les aseguró que siempre se tenía frío de noche, y como él y Ukundo estaban virtualmente desnudos, los gemelos se sintieron un poco avergonzados de sus quejas.

Llegó por fin el alba, y al salir el sol volvió el calor y la vitalidad renovada. Los gemelos estaban casi alegres, y tenían ya tanta hambre que se veían capaces de comer cualquier cosa que sus captores les pusieran delante, por asquerosa que pareciese. Pero no les llevaron nada. Era casi mediodía cuando les dedicaron cierta atención, y fue cuando se presentó un guerrero y mandó salir de la choza a los cuatro. Con sus guardianes fueron encaminados a la del jefe, que estaba en el centro de la aldea.

Allí encontraron muchos guerreros formados en fila delante del viejo caníbal de los ojos lagañosos.

El jefe los examinó a los cuatro y luego se dirigió a los gemelos.

—Quiere saber qué estabais haciendo en su país —interpretó Bulala.

—Dile que pasábamos en un tren, y que entramos en la selva y que nos perdimos —contestó Dick—. Dile que queremos volver a la vía del tren, y que si nos lleva, nuestros padres le pagarán una buena recompensa.

Bulala explicó todo esto al jefe, y luego siguió una larga discusión entre el mismo y sus guerreros, el final de la cual interpretó también Bulala:

—El jefe Galla Galla dice que os llevará más tarde. Quiere que

estéis aquí unos cuantos días. Luego os llevará. También quiere toda vuestra ropa. Dice que os la habéis de quitar y dársela como regalo si queréis que os devuelva a vuestro pueblo.

—¡Es que nos pelaremos de frío! —alegó Doc.

—Más vale que se la deis, porque de todos modos os la quitará —aconsejó Bulala.

Doc se volvió y miró a Dick, preguntando:

—¿Qué vamos a hacer?

—Dile que nos helaremos por la noche sin la ropa, Bulala, —exclamó Dick.

Bulala y Galla Galla sostuvieron un largo diálogo, al final del cual el primero anunció que el jefe insistía en que le dieran sus ropas, pero ofrecía darles otras en su lugar.

—¡Pues dile que se vaya a paseo!, gruñó Doc.

Hubo otra vez mucha palabrería, pero finalmente el jefe mandó a uno de sus guerreros que trajera un puñado de asquerosos andrajos de percal que tiró a los pies de los dos chicos. Doc se disponía a discutir, pero el consejo de Bulala, combinado con la amenazadora actitud de Galla Galla, convenció a los gemelos de que no les quedaba otro remedio que obedecer las órdenes de su captor.

—Me voy a quitar las cosas del bolsillo —dijo Doc.

—Probablemente nos robarán todo lo que tenemos, pero si es posible debemos tratar de salvar los cortaplumas —apuntó Dick.

Precisamente lo primero que salió de los bolsillos de Dick fue una pluma fuente, y Galla Galla alargó la mano para recibirla.

—¡De mucho le servirá a este bandido! —refunfuñó Dick.

—Quiere saber lo que es —dijo Bulala.

—Dile que es una botella con una cosa muy buena para beber —gruñó Doc—. Le voy a enseñar cómo se saca. ¡Mira negrazo! —prosiguió Doc avanzando y quitando el capuchón de la pluma—. Dile —explicó a Bulala—, que se ponga la punta en la boca y que luego levante esta palanquita de aquí. Así la bebida le irá a parar al tragadero.

Galla Galla hizo lo que Bulala decía. Una expresión peculiar se difundió por su perverso rostro, y el salvaje empezó enseguida a escupir, con gran asombro, no solo de sí mismo, sino de los guerreros congregados, porque indudablemente Galla Galla escupía azul. El efecto que se produjo fue asombroso y punto menos que

aterrador. Empezó a dar saltos como un loco, profiriendo extraños ruidos entreverados de observaciones que los chicos tenían la seguridad de que no eran lisonjeras; pero lo más notable de la escena fue que el caníbal desahogó su rabia con Bulala, a quien dio de puñetazos y puntapiés.

—Dile que no le haga daño —gritó Dick, temeroso ya de los resultados de la broma de Doc—. Dile que los hombres blancos lo beben para hacerse fuertes.

Y cuando Bulala consiguió transmitir estos datos a Galla Galla, el jefe se aplacó inmediatamente y al parecer se quedó muy satisfecho, aunque estuvo aún largo tiempo escupiendo azul.

Los chicos habían vaciado ya sus bolsillos, pero ambos se aferraban a sus cortaplumas con intento de sustraerlos a las miradas del codicioso Galla Galla. Fue vana la tentativa; una mano rosada y mugrienta se había extendido ya hacia Doc, que no necesitaba que nadie interpretara la petición del caníbal. Era evidente que pedía el cortaplumas. Entonces acometió a Doc una idea que era poco menos que una inspiración del cielo. Sus ojos se cerraron y echaron chispas.

—¿Por qué no? —preguntó en voz alta.

—¿Por qué no qué? —preguntó a su vez Dick.

—Fíjate en mí Exclamó Doc.

Galla Galla insistía, pidiendo con apremiante acento que Doc le entregara en seguida el cortaplumas; pero Doc no hizo semejante cosa. En vez de ello levantó la mano izquierda como pidiendo silencio, y luego abrió la derecha, exponiendo a la vista de todos el codiciado cortaplumas.

—Diles —advirtió a Bulala—, que miren bien, porque les voy a enseñar una cosa que no han visto nunca.

—¿Buena medicina? —preguntó Bulala.

Doc se agarró a esta palabras y exclamó:

—¡Buena medicina! ¡Esa es la cosa, Bulala! Diles que voy a hacer una medicina con M mayúscula.

El mismo Galla Galla pareció impresionado cuando el chico blanco tapó el cortaplumas con la mano izquierda. Doc juntó las manos y sopló sobre ellas. Luego las levantó por encima de su cabeza, exclamando:

—¡Abracadabra! ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Desaparece! ¡Ahora lo ves…

y ahora no lo ves!

Abrió las manos y levantó las palmas. ¡El cortaplumas había desaparecido!

El jefe estaba intrigadísimo. Miró por todas partes en busca del cortaplumas, y cuando llegó cerca de Doc, este último alargó súbitamente la mano, y en apariencia extrajo el desaparecido objeto de la oreja izquierda de Galla Galla. Esto era evidentemente demasiado para el salvaje caníbal, el cual dio un salto atrás tan vivamente que tropezó y cayó de espaldas sobre el asiento en que estaba sentado. Este golpe a su dignidad surtió malos efectos, o por lo menos no muy buenos para su genio. Se puso en pie bufando de ira y pidió colérico que los muchachos se quitaran la ropa y se pusieran los andrajos que les habían llevado.

—No sueltes el cortaplumas mientras puedas —advirtió Doc—. Creo que podré salvar los dos cuando tenga puestos estos guiñapos. Pero ¿cómo se pone uno esto?

—Pregúntale a Bulala —aconsejó Dick.

Y el indígena enseñó a los muchachos cómo se habían de poner la tela en la cintura y pasarse el extremo entre las piernas de manera que por delante les colgara un delantal y otro por detrás. Todo este tiempo habían logrado los dos chicos ocultar los cortaplumas, pero por fin Galla Galla los volvió a pedir. Doc estaba desesperado.

—No debemos soltarlos, dijo Dick, porque son las únicas cosas útiles que tenemos. Yo no quiero dárselo. —Y volviéndose a Bulala añadió—: Dile a ese gordinflón que si alguien nos quita esta medicina, le matará. Pero que si no quiere que nosotros la conservemos la mandaremos lejos. ¡Mira!

Enseñó su propio cortaplumas, repitió las misteriosas señas y palabras de antes, y el chisme desapareció. Luego tomó el cortaplumas de Dick e hizo lo propio. Galla Galla meneó la cabeza.

—Quiere saber donde están —dijo Bulala.

Doc miró en torno esforzándose por ganar tiempo, para buscar alguna respuesta que pusiera término a la busca de los cortaplumas por Galla Galla. Sus ojos se fijaron en el mismo muchacho que el día anterior había tratado de echarle fuera los sesos cuando Zopinga los conducía al pueblo. Doc no pudo explicarse bien la idea que brotó en su cerebro al volver a ver las repugnantes facciones del

mozuelo que tan cerca había estado de matarlo, pero siempre admitió que era una idea excelente, para él y para Dick, ya que no para el joven negro. De pronto se acercó a este y le señaló la oreja.

Dile a Galla Galla —pidió a Bulala—, que nuestra gran medicina se ha escondido dentro de la cabeza de este chico, y que no saldrá de ella hasta que estemos con nuestra gente.

VII
LOS CUCHILLOS REAPARECEN

SIGUIERON pasando días calurosos y noches frías. Los chicos se acostumbraron a comer la bazofia escasa y repugnante que les daban. No comprendían como no los mataba, porque estaban seguros de que contenía todos los microbios descubiertos, y varios millones más por descubrir. Las terribles noches, insoportables por el frío y los bichos, parecían eternidades de sufrimiento, pero los muchachos siguieron viviendo y aprendiendo. Aprendieron el lenguaje de Ukundo; aprendieron a hablar en un dialecto que todos entendían; aprendieron a entender el de sus captores los Bagallas.

Otras cosas pudieron aprender en los días de su cautiverio, no siendo la menos importante un nuevo concepto de los negros. Para Doc, cuya experiencia con la gente de color se había limitado a unos cuantos ejemplares indignos de los Estados del Norte, fue como una revelación. Aun entre los guerreros caníbales de los Bagallas encontró individuos que poseían una gran dignidad natural, altivez y una fuerza de carácter evidente. Bulala, negro típico de la costa occidental, ignorante en absoluto y supersticioso, tenía sin embargo un corazón de oro, que se manifestaba en su lealtad y generosidad; y el menudo Ukundo, el pigmeo, que figuraba acaso en lo más bajo de la escala social de todos los pueblos africanos, resultaba un amigo inquebrantable y un buen camarada. A su agudeza natural se añadía un conocimiento casi misterioso de la jungla y de sus pobladores, tanto animales como humanos; los cuentos que refería a los muchachos abreviaban muchas horas de tedio.

Después de la primera semana de cautividad, los chicos consiguieron enviar un recado al jefe Galla Galla por Bulala y Zopinga, explicándole que, no estando acostumbrados a respirar el aire infecto de la choza y a vivir siempre sin la luz del sol, se morirían seguramente. Pedían que se les dejara más libertad para hacer ejercicio, alegando que era poco probable que pudieran escaparse, ya que no conocían la selva y no sabrían qué dirección habían de tomar para salir del pueblo. Pero cuidaron muy bien de no comprometerse en un solo punto: no prometían no tratar de escaparse.

Como resultado de su petición, Galla Galla permitió que todos los prisioneros se movieran libremente por la aldea durante el día, y puso los guardias en las puertas del pueblo en lugar de la choza donde los presos estaban encerrados.

Y por la noche no había guardia ninguna, ya que las puertas de la aldea se cerraban y atrancaban, y los peligros de la selva eran

bastantes para impedir cualquier tentativa de fuga. Los chicos tenían realmente poca esperanza de que accediera a su petición, y no era muy probable que se hubiera accedido, a no ser por la perspicacia de Ukundo, que había calibrado muy bien la impresión que las brujerías de Doc habían producido a Galla Galla, midiéndola indudablemente por el temor que despertaron en su propia mente supersticiosa.

Por tanto a Ukundo se debió que Bulala no transmitiera el recado en forma de petición. En vez de ello, Zopinga llevó la demanda al jefe, acompañada de una amenaza de que el muchacho blanco, que era un médico brujo, lanzaría sobre él una medicina terrible si se negaba a permitirles que anduvieran en libertad por el pueblo; y Ukundo había cuidado de que la petición los incluyera a Bulala y a él mismo.

Influidos por su temor a la magia de Doc, los indígenas trataban a los chicos con más respeto del que ordinariamente les habían concedido, y sobre todo había un muchacho que les daba ancho campo apartándose de ellos todo lo posible. Era Paabu, el mancebo en cuyo grueso cráneo creían todos que estaba la gran medicina del muchacho blanco y médico brujo.

Desde el momento en que Doc hizo desaparecer los dos cortaplumas dentro de la oreja izquierda de Paabu, este desdichado mancebo había sido objeto de una observación en extremo recelosa por parte de todos los indígenas. Al principio le había divertido esta insólita celebridad, y se pavoneaba con gran pompa; pero cuando se susurró que Galla Galla estaba consumido de curiosidad por saber si la gran medicina se encontraba realmente dentro de la cabeza de Paabu, este se sintió invadido por un terror inmenso que lo tenía casi continuamente encerrado entre la porquería de la choza de su padre; porque no sabía más que un camino por el cual Galla Galla pudiera averiguar concretamente si la gran medicina estaba en efecto dentro de su cráneo, y Paabu conocía a Galla Galla lo bastante para saber que, en cuanto le diera la ventolera por ahí, no vacilaría en hacer una investigación detallada, por muy dolorosa o fatal que fuese para Paabu.

Un día, hallándose los muchachos tendidos a la sombra delante de su choza, se acercó a ellos Galla Galla. Con él llegaba un individuo de mala catadura, en quien los brujos reconocieron a

Intamo, el médico brujo de los Bagallas, un MuGalla de gran poder cuya influencia sobre Galla Galla lo hacía por muchos estilos virtualmente jefe de los Bagallas. Su malicioso rostro estaba arrugado y ribeteado por la edad y los malos pensamientos, y entenebrecido por un ceño perpetuo, marco adecuado de sus ojos con ramalazos de sangre y de sus agudos y limados dientes de caníbal. Cuando los dos se acercaban a los gemelos, Intamo dijo algo apremiante al oído del jefe, pero cesó de hablar cuando llegaron a distancia donde pudieran oírlos Dick y Doc, como si temiese que le entendieran. Sin embargo, Galla Galla, parado frente a sus dos jóvenes cautivos, levantó la liebre y anunció:

—Intamo dice que vuestra medicina no es buena.

—¡Qué la haga él mejor! —repuso Doc en un Bagalla chapurreado y lleno de faltas.

—Intamo dice que vuestra medicina no está en la cabeza de Paabu —continuó Galla Galla.

—Yo digo que está. ¿No me viste meterla en ella?

—Lo averiguaremos —anunció el jefe.

—¿Cómo lo averiguarás? —preguntó Dick; y luego, inspirado por un pensamiento súbito, exclamó—: ¡Cuerno! ¿No será…?

—¿Cómo se averigua lo que tiene dentro una nuez? —repuso Galla Galla—. ¡Partiéndola!

—¡Pero lo matarás! —exclamó Doc horrorizado.

—Y si no encontramos la gran medicina, te mataremos a ti —dijo Intamo a quien nada habría gustado más que desembarazarse del muchacho blanco, cuya gran medicina había menoscabado su reputación de médico brujo, ya que no había podido repetir la exhibición de brujería de Doc.

—Ahora venid —continuó—. Ya lo averiguaremos.

Y acompañado por Galla Galla y los muchachos, Intamo se dirigió hacia el centro de la aldea, donde, en un espacio abierto y despejado ante la choza del jefe, se realizaban todas las ceremonias de la tribu.

Mientras buscaban a Paabu y lo arrastraban, resistiéndose y chillando, a ser sacrificado en el altar de la ignorancia y de la superstición, por toda la aldea corrió rápidamente la voz de que se iba a poner en escena una diversión deliciosa, de lo cual resultó que la gente se atropellase para presenciarla.

Un ruedo de guerreros salvajes mantenía despejado un espacio circular, en cuyo centro se hallaban Galla Galla e Intamo. A ellos condujeron a Paabu. Dick y Doc estaban hombro con hombro en la primera fila de espectadores, con los curtidos rostros pálidos de horror. Dos guerreros sostenían al medio desmayado Paabu, mientras Intamo, armado de una maza, trazaba pases misteriosos en el aire y mascullaba un ensalmo lúgubre que se suponía destinado a debilitar la fuerza de la gran medicina del muchacho blanco, en caso de que la misma se encontrara efectivamente en la cabeza del infortunado Paabu.

—¡Cuerno! —cuchicheó Dick—. ¿No podemos hacer algo para contenerlos antes que Intamo abra la cabeza de ese chico con su maza?

—¡Me siento casi un asesino! —afirmó Doc.

—Y asesinos seremos, o poco más o menos, si siguen adelante —repuso Dick—. Pero si les dices la verdad nos matarán.

—De todos modos nos matarán, cuando no encuentren los cortaplumas dentro del coco de ese chico —replicó Doc.

—Entonces más vale que confieses —aconsejó Dick—. Es inútil dejar que maten a ese pobre negro.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Doc—. ¡Pronto, dame tu cortaplumas!, pero que nadie lo vea. ¡Eso es! Ahora, fíjate bien.

Después de guardarse el cortaplumas de Dick dentro del taparrabo y al lado del suyo, Doc penetró dentro del círculo.

—¡Esperad! —ordenó, adelantándose hacia Intamo, pero dirigiéndose a Galla Galla—. No es preciso que matéis a Paabu. Yo puedo probar que la gran medicina de mi amigo, y la gran medicina mía están dentro de la cabeza de Paabu. Soy un gran médico brujo, y no quiero que le abran la cabeza a Paabu para sacarle la medicina como lo quiere hacer Intamo. Mirad.

Y antes que Intamo pudiera impedirlo, Doc se acercó a la infortunada víctima de los celos del hechicero y de la curiosidad de Galla Galla, y con dos rápidos movimientos de la mano derecha fingió que sacaba los cortaplumas de la oreja de Paabu. Dando media vuelta los mostró en la palma de la mano a Galla Galla y a los Bagallas reunidos.

Acaso el Bagalla de Doc había sido chapurreado y con titubeos, pero no hubo allí nadie que no entendiera perfectamente el

maravilloso poder de su magia, ni dejara de ver que su medicina era mucho más enérgica que la de Intamo, porque es una verdad innegable que nos dejamos todos convencer por lo que creemos que vemos, tanto como por lo que vemos en realidad.

Galla Galla se sentía perplejo. Intamo estaba furioso. Como era un viejo hechicero sin escrúpulos, tenía la convicción de que Doc no había hecho más que poner en práctica un hábil truco delante de todos ellos, un truco por el cual él no pensaba dejarse engañar. Pero una vez convencido de que Doc le había derrotado en su propio juego, acaso en el fondo de su ignorante y salvaje cerebro había la bastante superstición natural para persuadirlo de que tal vez, al fin y al cabo fuera el chico un verdadero y auténtico médico brujo que daba órdenes a los demonios y dirigía sus poderes sobrenaturales. Su miedo y odio a Doc se centuplicaron por lo ocurrido en los pocos minutos anteriores, y en su perverso corazón cristalizó la resolución de desembarazarse lo más pronto posible de aquel peligroso competidor.

Si hubiera sabido lo que le esperaba, se habría valido para ello de su maza en aquel mismo instante, porque a Doc le había asaltado otra de aquellas ideas brillantes que le hicieron famoso y temido en el colegio como un formidable guasón, aunque es de justicia recordar que sus bromas habían sido siempre inofensivas y bonachonas hasta que se encontró con Intamo. De pronto se volvió a la parte del corro donde estaba reunida más muchedumbre, y exhibió los dos cortaplumas en la palma de la mano.

—¡Señoras y caballeros! —exclamó—. Aquí tenemos dos cortaplumas ordinarios.

El hecho de que hablara inglés y que nadie del público lo comprendiera no hizo más que aumentar la impresión que produjeron sus palabras, ya que toda la tribu estaba convencida de que se disponía a hacer una gran medicina.

—¡Venid y examinadlos! ¡Tocadlos! ¡Hincadles el diente!

Algunos de sus oyentes empezaron a dar muestras de que se ponían nerviosos.

—Ya veis que son legítimos. Fijaos en que no tengo cómplices. ¡Ahora, señoras y caballeros, miradme atentamente!

Como en otras ocasiones, puso la mano izquierda sobre los cortaplumas, cruzó las manos, se las sopló y las levantó por encima

de su cabeza.

—¡Abracadabra! —gritó con tan repentina estridencia que el auditorio retrocedió de miedo—. ¡Pronto! ¡Desaparece!

Se volvió despacio en torno hasta descubrir dónde se hallaba Intamo, y luego, antes que el médico brujo pudiera barruntar su propósito, Doc dio un brinco a su lado y puso ambas palmas sobre la oreja del bribón.

—¡Ahora lo ves… y ahora no lo ves! —terminó volviéndose a Galla Galla con las manos abiertas y vacías.

Permaneció unos segundos en emocionante silencio, mientras en los embotados cerebros del auditorio penetraba la comprensión clara de lo que había hecho. Luego se dirigió a Galla Galla.

Me has visto sacar la gran medicina de la cabeza de Paabu y meterla en la de Intamo —dijo en el lenguaje del jefe—. Si quieres convencerte de que está en la cabeza de Intamo, puede que él te preste su maza de guerra.

VIII
PLANEANDO EL ESCAPE

AQUELLA misma tarde, ya más avanzada la hora, mientras Dick y Doc charlaban al lado de su choza con Bulala y Ukundo, oyeron un gran alboroto a las puertas del pueblo. A ellas acudían de todas partes a la carrera hombres, mujeres y niños y los prisioneros vieron pronto una gran compañía de indígenas extraños que penetraban en el pueblo. Fueron saludados con gritos y carcajadas que los proclamaban amigos de los Bagallas.

—Vienen los huéspedes a la fiesta —dijo Ukundo con acento sombrío; y los cuatro se sentaron en tétrico silencio, envuelto cada cual en sus propios pensamientos.

La realidad de su destino no había parecido nunca más que un mal sueño a los muchachos; pero ahora por fin se les aparecía como algo muy real, muy terrible y muy próximo.

Veían las repugnantes caras pintarrajeadas de los recién llegados y las bocas sonrientes que dejaban al descubierto los dientes amarillos afilados en agudas puntas. Vieron que algunos de los del pueblo los señalaban a ellos, y que una infinidad de ojos ávidos se dirigieron a mirarlos.

—Recuerdo —dijo Dick—, cómo estaba yo en el escaparate de la confitería viendo los dulces. Esos granujas me lo han recordado.

—Es posible que les parezcamos figurillas de mazapán —suspiró Doc.

De pronto tres o cuatro guerreros se acercaron y agarraron a Bulala, a quien arrastraron a una pequeña choza cerca de la del jefe, donde lo ataron de pies y manos y lo arrojaron dentro.

—¡Pobre Bulala! —cuchicheó Doc.

—Era un buen amigo —dijo Dick—. ¡Oh! ¿No podremos hacer

nada?

Doc meneó la cabeza y miró interrogativamente a Ukundo, pero este no hacía más que mirar al suelo.

—¡Ukundo! —exclamó Dick, y el pigmeo alzó la vista.

—¿Qué? —preguntó.

—¿No podemos escaparnos, Ukundo?

—Él hace gran medicina —dijo Ukundo señalando a Doc con el pulgar—. Si él no puede escaparse, ¿cómo podrá el pobre Ukundo, que no sabe hacer medicina?

—Mi medicina es medicina de hombre blanco —dijo Doc—. No me puede enseñar el camino por la selva virgen. Si salgo del pueblo, me perderé y me cogerán los leones.

—Si puedes salir del pueblo y llevar a Ukundo contigo, él te conducirá por la selva hasta tu gente. Ukundo conoce la selva, pero tiene miedo por la noche. Por la noche la selva está llena de demonios. Si puedes salir de día, Ukundo irá contigo y te enseñará el camino. Pero no puedes escaparte mientras haya luz, porque los Bagallas te verían. De noche nos matarían y nos comerían los demonios. No puede ser.

Esto dijo Ukundo, el pigmeo que conocía la jungla mejor que nadie.

Doc tardó varios minutos en responder, porque estaba pensando intensamente. De pronto miró a Ukundo y exclamó:

—Ukundo, si solo te dan miedo los demonios, no hay nada que nos impida tratar de escaparnos por la noche, porque yo puedo hacer una medicina que nos proteja de ellos.

Ukundo meneó la cabeza con gesto de duda y dijo:

—No lo sé.

—Me has visto hacer una medicina más fuerte que las de Intamo —insistió Doc—. ¿No me crees cuando digo que puedo hacer una medicina que impida hacernos daño a todos los demonios de la selva?

—¿Estás seguro? —preguntó Ukundo.

—¿No pasamos una noche en la jungla antes de llegar a esta aldea? —preguntó Dick—. Ni un solo demonio se metió con nosotros. Tenías que haberlos visto correr en el momento en que fijaron la vista en Doc.

Los ojos de Ukundo se abrieron desmesuradamente al mirar con

temor a Doc.

—Debe de ser muy fuerte la medicina de este chico blanco y médico brujo —dijo.

—Lo es —admitió Doc—. Te doy mi palabra de que ningún demonio te hará nada mientras yo esté contigo; pero si nos quedamos aquí, Galla Galla te comerá. ¿Quieres venir con nosotros?

Ukundo miró a la choza en que yacía el infortunado Bulala, y dijo:

—Sí, Ukundo irá con vosotros.

—¡Bravo, Ukundo! —exclamó Dick, que prosiguió en voz baja—: Tendremos que irnos esta noche, porque mañana sería tal vez muy tarde para el pobre Bulala.

—¿Bulala? —repuso Ukundo—. Bulala está ya casi muerto.

—¿Crees que lo matarán esta noche? —preguntó Dick.

—Tal vez —contestó Ukundo encogiéndose de hombros.

—Pues hemos de salvarlo si podemos —insistió Dick.

—No podemos —dijo Ukundo.

—Podemos probarlo —dijo Doc.

—Sí, podemos probarlo —convino Ukundo, sin entusiasmo, porque era fatalista y creía, como muchos pueblos primitivos, que lo que ha de suceder sucede y que es inútil luchar contra ello. Acaso fuera esta la razón de que ni él ni Bulala hubieran pensado en serio en escaparse, contentándose con suponer que si el destino tenía ordenado que se los comieran los Bagallas, los Bagallas se los comerían, y no había nada más que hablar.

Pero Dick y Doc no eran fatalistas. Sabían que su ingenio, su destreza y su valor tenían mucha más intervención en la dirección de sus destinos que esa legendaria dama llamada Suerte. Para ellos la suerte no era más que un espantajo, como los demonios de Ukundo, y por eso discurrían y trazaban planes para el momento en que las circunstancias les permitieran una tentativa de conseguir la libertad. Sus dificultades aumentaban en gran manera por razón de Bulala, pero ni un momento se les ocurrió la idea de abandonar a aquel buen amigo sin intentar salvarlo, aunque el fracaso en esta empresa daría casi seguramente por resultado que no pudieran escaparse.

Cuando cayó la noche vieron los muchachos que la gente de la aldea y sus invitados se reunían para cenar. Sacaron calderos y los

llenaron de agua que pusieron a hervir en muchas fogatas. No paraban de hablar fuerte y reír. Los cautivos se preguntaron si los cacharros de agua hirviendo estaban esperando para recibir a Bulala, y cuánto tiempo pasaría hasta que les llegar a ellos la vez; y mientras contemplaban a los feroces y terribles salvajes, su mente no podía menos de llenarse de pensamientos sombríos y de crueles presagios, por mucho que ellos quisieran desecharlos.

Llevaban algún rato en silencio, cuando les llamó la atención un sonido de roce, como si un cuerpo pasara por el costado de su choza de bálago. Estaban sentados junto a su entrada. Alguien o algo se acercaba por detrás de la choza, manteniéndose pegado a la pared exterior que estaba en densa sombra.

Dick y Doc sacaron sus cortaplumas y esperaron. ¿Quién o qué podía ser? Quienquiera o lo que quiera que fuese, resultaba evidente que no quería que nadie supiese que estaba allí. Así lo revelaba la cautela con que se acercaba.

Dick se levantó lentamente, con el cortaplumas en la mano, y a su lado se colocó Doc. Ukundo, desarmado, se mantenía a la izquierda de Dick. Así esperaron los tres en un silencio lleno de tensión, mientras los furtivos ruidos se acercaban por el lado de la choza, atravesando la negrura de tinta de las sombras que proyectaban las fogatas de campamento de la aldea.

—Déjalo de mi cuenta —exclamó Doc—. Pero si es un león te encargarás tú de él.

—No es un león —dijo Ukundo—. Un demonio… o un hombre.

No tardó en oírse un «*pst*» entre las sombras.

—¿Quién eres? —preguntó Dick.

—¿Qué quieres? —interrogó Doc.

—Soy Paabu —dijo con voz muy apagada—. He venido a avisaros.

—Acércate más —dijo Doc—. Estamos solos.

Una parte de la sombra se resolvió en un muchacho, que se acercó y se puso en cuclillas al lado de la choza.

—Me has salvado la vida —dijo dirigiéndose a Doc—, y por eso he venido a avisaros. Intamo ha echado veneno en vuestra comida. Yo lo he visto. Paabu odia a Intamo. Y nada más. Me voy.

—Espera —insistió Doc—. ¿Qué van a hacer con Bulala?

—Comérselo, claro —contestó Paabu mientras hacía una mueca.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche. A la noche siguiente se comerán a Ukundo. Creo que les da miedo tu medicina. Es posible que no os coman a vosotros, a no ser que Intamo pueda mataros con veneno.

—Entonces no nos podrían comer —dijo Dick—, porque el veneno los mataría a ellos.

—No —replicó Paabu—. Intamo cuidará de eso. Intamo hace buen veneno y en cuanto os muráis, os quitará todo lo de dentro. En vuestra carne no habrá veneno. Si cree que os coméis la comida envenenada y no os morís, le entrará miedo. Pero encontrará otra manera de mataros, a no ser que vuestra medicina sea muy fuerte. Por eso ha venido Paabu a preveniros. Haced, pues, medicina fuerte.

Se dispuso a partir.

—Espera —dijo Dick de nuevo—. ¿Han matado ya a Bulala?

—No.

—¿Cuándo lo matarán?

—Mañana.

—¿Quieres hacer una cosa por mí? —preguntó Doc.

—¿Qué? —preguntó Paabu.

—Traernos algunas armas: cuatro cuchillos, cuatro lanzas, cuatro arcos y unas cuantas flechas. ¿Quieres hacerlo por mí, Paabu?

—Me da miedo. Galla Galla me mataría. Intamo me mataría también si supiera que he venido a hablar con vosotros.

—No lo sabrán nunca —insistió Doc.

—Tengo miedo —dijo Paabu—. Ahora me voy.

—Mira —cuchicheó Doc sacando del taparrabo su cortaplumas —. ¿Ves esto? —preguntó acercando la gran medicina a la cara de Paabu.

El negro retrocedió aterrado y gimió:

—¡No me lo metas en la cabeza!

—No te lo meteré en la cabeza, Paabu —le aseguró Doc—, porque soy tu amigo, sino que te lo daré si me traes las armas. ¿No te gustaría poseer esta gran medicina, más fuerte que todas las medicinas que puede hacer Intamo? Si poseyeras esto podrías ser un gran médico brujo. ¿Qué dices?

—¿No me hará daño? —preguntó Paabu con miedo.

—No te hará daño si yo le digo que no te lo haga —replicó Doc —. Si te lo doy será tuyo y no te podrá hacer daño, a no ser que te lo hagas tú mismo.

—Bueno —dijo Paabu—. Os traeré las armas.

—¿Cuándo? —preguntó Doc.

—Muy pronto.

Bien. Si no vuelves muy pronto la gran medicina se incomodará y entonces no sé que podrá hacerte. ¡Corre!

Paabu desapareció entre las sombras y los tres se sentaron a esperar y trazar planes. Por lo menos habían dado el primer paso, pero aún estaban dentro del pueblo, rodeados de crueles y salvajes captores.

Mientras esperaban llegó un hombre llevándoles comida. No era el que se la había llevado antes, por lo cual se figuraron que era Intamo el que lo enviaba. En cuanto se alejó el hombre, hicieron un hoyo en el suelo y enterraron la comida, y luego volvieron a caer en el silencio, esperando llenos de ansiedad.

IX
LOS WAZIRI

MUY lejos, en el borde de la jungla, cincuenta guerreros de ébano estaban acampados en un calvero cubierto de hierba. Eran hombres magníficos y robustos, de facciones regulares y fuertes y blancos dientes. Uno de ellos estaba tañendo un tosco instrumento de cuerda, mientras dos de sus compañeros bailaban a la luz de la hoguera que se reflejaba en el lustroso terciopelo de su piel. Sus armas, puestas a un lado estaban al alcance de sus manos, y muchos de ellos llevaban aún el tocado de pluma de su tribu. Sus enérgicos rostros estaban iluminados por sonrisas, porque aquella era la hora del recreo después de un día penoso de infructuosa busca.

Un hombre blanco gigantesco, lanzándose de árbol en árbol, se acercó al campamento de los cincuenta guerreros. Iba desnudo, salvo una piel de leopardo, y por únicas armas llevaba una larga cuerda y un cuchillo de caza. Por la oscuridad de la jungla se movía con absoluta seguridad y en completo silencio. *Numa*, el león cazador, que estaba viento abajo, percibió su olor y profirió un gruñido. Era un olor que *Numa* conocía muy bien y temía. No era solo el olor a hombre, era el olor de El Hombre. De pronto el gigante blanco se descolgó ligeramente al suelo al lado del campamento. Al instante los guerreros se pusieron en pie, requiriendo las armas.

—Soy yo, hijos míos —dijo el hombre—. Soy yo, Tarzán de los Monos.

Los guerreros tiraron a un lado sus armas.

—¡Bien venido, gran Bwana! ¡Bien venido, Tarzán! —exclamaron.

—¿Habéis tenido suerte, Muviro? —preguntó el *tarmangani*.

—Ninguna, señor —replicó un negro gigantesco—. Hemos buscado en todas direcciones, pero no hemos visto ni rastro de los muchachos blancos.

—Ni yo tampoco —aconteció Tarzán—. Estoy casi convencido de que el mugalla a quien preguntamos hace una semana nos engañó cuando dijo que habían estado en su aldea y que Galla Galla, su jefe, los envío a mi país con algunos comerciantes amigos de los Karendos. Mañana partiremos para la aldea de Galla Galla.

X
ESCAPE

No tuvieron que esperar mucho los gemelos y Ukundo hasta que volvió Paabu, llevándoles armas como había prometido. Su terror era auténtico cuando en pago de sus servicios recibió el cortaplumas de Doc, pero su ambición de ser un gran médico brujo pudo más que sus temores, y Paabu, orgulloso aunque con miedo, se escabulló en la oscuridad, agarrando fuertemente en una mano la gran medicina.

En torno de las fogatas de la aldea vieron los chicos comer y beber a los indígenas, mientras Intamo, ataviado con todas las Galas repugnantes y grotescas de su profesión, danzaba ridículamente a la luz del fuego, echando polvos en los saleros y haciendo extraños pases sobre ellos con una vara que tenía sujeta una cola de búfalo.

Ukundo les Dijo que Intamo estaba haciendo medicina para alejar a los demonios de los cacharros en que guisarían a Bulala al día siguiente, y que los verdaderos festejos no empezarían hasta la noche.

El baile fue de poca duración, y una vez que Intamo completó su ceremonia, los negros empezaron a retirarse a sus chozas y pronto quedó desierta la calle de la aldea. Taparon con ceniza las hogueras, salvo una. La aldea quedó completamente a oscuras.

Se acercaba el momento de que los chicos pudieran poner en práctica su tan aplazada tentativa de escaparse. En cuchicheos habían hablado de sus planes con Ukundo toda la noche. Ahora ya solo era cuestión de esperar hasta asegurarse de que toda la aldea dormía.

Habían repartido las armas que les llevó Paabu, y el sentirlas en sus manos parecía comunicarles nuevo valor y casi asegurar el buen

resultado de la aventura.

—¡Cuerno! —exclamó Dick—. ¿No crees que estarán ya dormidos?

—Es mejor aguantar un rato más —aconsejó Doc—. Esta es nuestra única esperanza, y no podemos fracasar.

En aquel momento vieron una figura que salía de una de las chozas y se acercaba a ellos.

—¡Vaya! —dijo Doc—. ¿Qué os decía yo?

La figura se acercó a paso vivo, y los tres ocultaron sus armas lo mejor que pudieron, poniéndolas en el suelo y colocándose en cuclillas delante de ellas, pero sin dejar de tenerlas a su alcance; porque había algo siniestro en aquella silueta silenciosa que se adelantaba por la dormida aldea. La enfermiza luz de una sola hoguera moribunda diseñaba confusamente la figura que se aproximaba; los cautivos pudieron ver que era la de un robusto guerrero que en la mano derecha blandía una maza corta y pesada.

¿Quién podía ser? ¿Cuál era su propósito en la calma de la noche?

El recién llegado estuvo casi encima de ellos antes de verlos acurrucados junto a la entrada de la choza. Su sorpresa al verlos allí fue evidente, porque se detuvo de pronto con un gruñido de cólera.

—¿Por qué no estáis en vuestra choza? —preguntó con un susurro bronco—. ¿Cuál es de vosotros el médico brujo? Quiero hablar con él.

Era Intamo. Los tres lo reconocieron al propio tiempo, y comprendieron a qué iba y por qué la maza.

—Soy yo —replicó Doc—. ¿Qué quieres de mí?

La única respuesta de Intamo fue brincar hacia delante con el arma levantada. Profiriendo un grito de horror, Dick se puso en pie y saltó entre el hechicero y su víctima. Agarrando el corto venablo con ambas manos y manteniéndolo horizontalmente por encima de su cabeza, trató de quebrantar la fuerza del terrible golpe de Intamo. La maza crujió sobre el recio astil del venablo y se desvió a un lado. Pero Intamo, con un manotón del potente brazo, apartó a un lado al chico y volvió a blandir la maza.

En aquel momento fue cuando una figura pequeña a modo de pantera, saltando con la agilidad y la ferocidad de uno de los grandes felinos de la jungla, cayó de lleno sobre el pecho de Intamo,

derribando al suelo al médico brujo. Dos veces se levantó y bajó un brazo musculoso; dos veces una hoja relució un instante a la intermitente luz del fuego; luego Ukundo se levantó del postrado cuerpo, pero Intamo se quedó muy quieto donde había caído.

—¡Bravo, Ukundo! —cuchicheó Dick con voz desgarrada por un sollozo, porque se dio cuenta de que Doc había estado muy cerca de la muerte.

—Los dos me habéis salvado la vida… —dijo Doc—, no sé qué decir.

—No digas nada —le aconsejó Dick—. De todos modos, aún no hemos salido del atranco.

—Ahora es mejor que nos vayamos —dijo Ukundo—. ¿Has hecho una medicina fuerte contra los demonios de la selva?

—¡Muy fuerte! —replicó Doc—. Ya has visto que mi medicina es más fuerte que la de Intamo, porque ha venido a matarme, y en vez de ello, ha sido él el muerto.

—Sí —admitió Ukundo—, lo he visto.

Como habían planeado previamente, los tres se deslizaron furtivamente por detrás de las chozas de la aldea, muy pegados a la empalizada. Guiaba Dick, le seguía Ukundo, y el último era Doc. Tenían que avanzar muy en silencio para no despertar a alguno de los muchos perros, cuyos ladridos podrían fácilmente poner en conmoción a la aldea entera. Por eso avanzaron muy despacio, a menudo solo unos cuantos metros, quedándose luego quietos varios minutos. Era una labor lenta y que ponía de punta los nervios. La choza en que estaba confinado Bulala parecía millas de distancia, aunque en realidad solo se hallaba a un centenar de pasos. Pero al fin, después de lo que les pareció una eternidad, llegaron a ella, y mientras los muchachos esperaban fuera, Ukundo se deslizó por delante de su interior.

Hubo una nueva espera larguísima. Los interminables minutos transcurrían lentamente. En lo que les pareció siglos no llegó a sus oídos el menor rumor del interior de la choza, hasta que por fin sintieron dentro un débil roce. Pocos minutos más tarde Ukundo y Bulala se deslizaron a su lado. Bulala parecía casi anonadado por la emoción, porque estaba segurísimo de que nada podía salvarlo de la horrible suerte que lo aguardaba al siguiente día; pero acallaron sus palabras de gratitud, y un momento más tarde se escabulleron hacia

las puertas de la aldea.

Allí se encontraron con un serio obstáculo. Las puertas estaban aseguradas por cadenas sujetas con un candado antiquísimo, como el que usaban antaño los negreros para asegurar las cadenas al cuello de sus pobres víctimas. Un momento les pareció que estaban condenados a fracasar en el mismo comienzo de su fuga, pero mientras examinaban los cierres de la puerta, Doc profirió casi un grito de consuelo; había descubierto que, con toda la desidia de los indígenas, los Bagallas habían sujetado el extremo de una de las recias cadenas a un costado de la empalizada con un pedazo de cuerda de hierbas, y como una cadena no es más fuerte que su eslabón más débil, aquella cadena no podía ser más endeble. Un solo golpe del cuchillo de Doc cortó la cuerda, y la cadena cayó con estrépito al suelo; incidente que por poco resulta su perdición, porque el ruido asustó a un perro cercano que rompió a ladrar

frenéticamente, siendo en seguida coreado por todos los demás canes del pueblo, hasta que pareció como si un millar de perros ladraran con toda la fuerza de sus pulmones.

Luego las puertas resistieron cuando los cuatro se lanzaron con todo su peso contra ellas para abrirlas. Dick miró hacia atrás y vio a un guerrero que salía de una choza. Aquel individuo, profiriendo un recio grito de advertencia, se vino corriendo hacia ellos, y en un instante la aldea hormigueó de feroces negros, todos corriendo y blandiendo los venablos.

En el frenesí de la desesperación los cuatro prisioneros se lanzaron de nuevo sobre la barrera medio combada, y esta vez las puertas cedieron y los cuatro se sumergieron en la oscuridad exterior.

El salvar la distancia por el calvero hasta las negras sombras de la selva, solo necesitó unos segundos, porque prestaba alas a sus pies el terror de la espantosa muerte que tan cerca los seguía para estrecharlos en su terrible abrazo.

Pocos pasos más allá de las puertas del pueblo se detuvieron los Bagallas; no tenían medicina que los protegiera contra las malignas influencias de los demonios de la oscuridad y de la selva.

Allí se quedaron vociferando amenazas e insultos contra los cuatro fugitivos, que recorrían a tropezones el retorcido sendero de la jungla. Pero las palabras no podían ni perjudicarlos ni hacerlos volver, y Galla Galla no tardó en conducir a su gente al interior de la aldea y en cerrar las puertas.

—Mañana —dijo—, cuando asome la primera luz por el bosque, saldremos y los traeremos otra vez, porque esta noche no irán muy lejos, habiendo por ahí leones de caza y panteras en acecho por encima del sendero.

XI
EL TROFEO DE DICK

UKUNDO, maestro en la selva, condujo a la pequeña partida por caminos que otro no habría encontrado. No siempre seguía los senderos trillados, sino que parecía saber por instinto dónde se podían tomar atajos y dónde, arrastrándose a gatas, era posible hallar un camino a través de lo que parecía una masa impenetrable de enmarañada vegetación. Media hora avanzaron en silencio, y luego Ukundo se detuvo.

—¡León! —cuchicheó—. ¡Ya viene! ¡Subid a los árboles!

Dick y Doc no veían ni oían nada. Se seguían uno a otro por el procedimiento, no siempre sencillo, de tocar el de detrás al que iba delante. Si dejaban de tocarse estaban poco menos que perdidos hasta que se volvían a poner en contacto. No veían árboles. Sabían que los había en torno a ellos, pero no podían ver ninguno. Reinaba la negrura por doquiera, la oscuridad absoluta. Se levantaron y palparon en torno.

—¡De prisa! —previno Ukundo—. ¡Ya viene!

Oyeron un crujido en la maleza. Los dedos de Doc se pusieron en contacto con el tronco de un gran árbol.

—¡Aquí, Dick! —cuchicheó—. ¡Aquí hay un árbol! ¡Por aquí!

Sintió que Dick lo tocaba. El ruido de la maleza parecía muy cercano.

—¡Trepa! —exclamó Dick—. ¡He encontrado el árbol! ¡Corre!

Trató Doc de trepar por el gigantesco tronco, pero no podía abarcarlo, ni Dick tampoco. Tentaron en la oscuridad buscando una rama, pero no encontraron ninguna. Un gruñido horripilante sonó casi en sus mismos oídos. Dick comprendió que la fiera estaba sobre él, y en aquel instante obedeció a su primer impulso. Dio media

vuelta, haciendo frente al animal a quien no podía ver, y asiendo con ambas manos un venablo, lo fue a arrojar violentamente en la dirección de aquel gruñido que helaba la sangre. En el mismo instante sintió que un pesado cuerpo golpeaba el arma. Cayó derribado al suelo y un peso enorme se lanzó sobre él; un rugido pavoroso y ensordecedor estremeció la tierra, cuando el león cayó más allá de Dick, en la espesura donde sobrevino un tumulto como el que podrían producir una docena de leones peleándose sobre sus víctimas.

—¡Dick! —llamó Doc—. ¿Estás ileso?

—Sí. ¿Y tú?

—¡También! ¡Corre! He encontrado el medio de subir al árbol. ¡Aquí! ¡Por aquí!

Dick se abrió paso a tientas hasta Doc; este había descubierto un árbol más pequeño que crecía cerca del grande al que no habían podido trepar, y pronto los dos muchachos estuvieron a mucha altura sobre el irritado león, que daba vueltas por la maleza profiriendo rugidos y gruñidos atronadores.

Dando gritos no tardaron en descubrir a Ukundo y Bulala en árboles cercanos, pero no podían verlos, y después de breves palabras acordaron quedarse donde estaban hasta el día siguiente, con objeto de partir pronto en busca del país de Ukundo, quien les había prometido que allí recibirían una acogida calurosa y hospitalaria.

No tardó el león en callar y los muchachos procuraron acomodarse con cierto grado de seguridad y comodidad para descabezar un breve sueño, porque sabían que les esperaba un día que sometería a una prueba máxima sus cuerpos debilitados por semanas de cautiverio y por la mala alimentación.

Dick estaba preocupado por su venablo, que se le había escapado de la mano cuando saltó el león sobre él, y por fin llegó la mañana y, con la primera luz de la aurora, Ukundo los apremió a que bajaran, asegurándoles que los Bagallas los perseguirían indudablemente, por lo menos hasta los límites de UGalla.

Dick y Doc bajaron en busca del venablo. La primera cosa que vieron sus ojos fue el cadáver de un enorme león de melena negra, de cuyo pecho sobresalía la perdida arma.

—¡Cuerno! —exclamó Doc—. ¡Lo has matado, Dick! ¡Has

matado un león!

Ukundo y Bulala se unieron a ellos y amontonaron felicitaciones sobre el pasmado Dick. Un rápido examen reveló lo que parecía ser la única explicación del sorprendente acontecimiento. Al saltar sobre Dick, el león debió calcular mal la distancia en la oscuridad, y brincó demasiado alto. El venablo de Dick, lanzado hacia delante, por casualidad estaba precisamente en ángulo recto y el león se clavó en su punta, que entró primero en sus pulmones; después de lo cual la fiera, en sus enloquecidos esfuerzos por quitarse el arma, se clavó la punta en el corazón.

—¡Caramba! —exclamó Dick—. Me gustaría llevármelo. Aunque solo fuera la cabeza.

—Córtale la cola —sugirió Doc—. Es todo lo que podrás llevar sin cansarte más de una hora.

Y en efecto Dick se llevó la cola como trofeo de su primera caza mayor, y los cuatro reanudaron su fuga, ya hambrientos y cansados antes de salir el sol.

Su avance era lento, porque los muchachos no podían andar deprisa. Sus pies descalzos estaban doloridos y manaban sangre, y la desnuda carne de su cuerpo estaba desgarrada y arañada por la crueles espinas que parecían adelantarse para clavarse en ellos.

Al mediodía llegaron a una extensión de campo libre, donde era más cómodo andar y donde se reanimó su espíritu, porque la sombría selva llevaba muchos días ejerciendo sobre ellos un efecto deprimente, efecto del que no se dieron plena cuenta hasta que salieron a la parte libre del calvero.

—¡Cuerno! —exclamó Doc—. Esto parece el principio de unas largas vacaciones.

—Creo que ahora ya estamos salvados —dijo Dick; pero al mismo tiempo unos sesenta guerreros Bagallas muy pintarrajeados, saltaron en torno de ellos desde la emboscada en que los aguardaban.

Los cuatro se miráron consternados. Estaban cercados por completo. No había escapatoria.

—¿Lucharemos? —preguntó Doc.

—¡Sí! —replicó Dick—. ¡Bulala! ¡Ukundo! ¿Lucharéis con nosotros? Si nos cogen nos matarán.

—Más vale morir peleando —replicó Ukundo.

Puso Doc una flecha a su arco y la asestó contra los guerreros; pero disparada por una mano bisoña, la flecha no hizo más que describir una graciosa curva y cayó al suelo a pocos pasos de Doc. Los Bagallas lanzaron gritos de burla y se precipitaron hacia adelante. Entonces disparó Dick, pero la cuerda se escurrió de la muñeca en el extremo del arco, y cuando lanzó el chico el proyectil, este cayó a sus pies. Ukundo fue más diestro. Tiró mucho de la cuerda, y cuando soltó la flecha esta se clavó en el pecho de un Bagalla. Entonces todos los guerreros se pararon, y empezaron a bailar ferozmente y a proferir insultos contra los cuatro.

—¿Por qué no nos tiran? —preguntó Dick.

—Quieren cogernos vivos —dijo Bulala.

—Dentro de un momento nos atacarán todos por varios sitios —profetizó Ukundo—. Nosotros mataremos algunos, pero nos cogerán vivos.

Dick había tirado el arco al suelo y tenía preparado el venablo. Doc siguió su ejemplo.

—Nunca me han gustado el arco y las flechas —dijo.

—Ahí vienen —contestó Dick—. ¡Adiós, Doc!

—¡Adiós, Dick! —replicó su primo.

—¡No dejes que te cojan vivo!

—¡Pobre mamá!

—¡Cuerno! ¡Ahí viene un millón más de esos pillos! —exclamó Dick.

Y en efecto, ondeando las plumas, se presentó lo que parecía una verdadera horda de fornidos guerreros, ceñudos y salvajes, que brotaba de la selva cercana.

—No son Bagallas —dijo Ukundo.

—¡Mira! —exclamó Doc—. ¡Los manda un hombre blanco!

—¡Es Tarzán, el Señor de la Selva, con sus poderosos waziris! —exclamó Ukundo.

—¿Tarzán? —gritó Dick—. ¡Sí, es Tarzán! ¡Estamos salvados!

Los Bagallas, avisados ya por el salvaje grito de guerra de los waziris, se volvieron hacia ellos. Al ver a Tarzán y sus guerreros, en las filas de los Bagallas reinó la mayor confusión.

Se olvidaron de su presa y solo pensaron en la fuga, pues conocían muy bien el poder y la cólera de Tarzán de los Monos.

Como asustados conejillos se escabulleron por la selva, perseguidos por guerreros waziris, que los acribillaban con flechas y venablos.

Cuando desaparecieron del calvero, Tarzán se acercó a los muchachos.

—¡Gracias a Dios que os encuentro! —exclamó—. No creí que pudierais sobrevivir a los peligros de la selva. Pero al veros plantados para resistir a los Bagallas, he comprendido por qué sobrevivís. Sois unos chicos valientes. Y solo los valientes pueden vivir en la jungla. Estoy orgulloso de vosotros.

Ukundo y Bulala habían caído a gatas ante el Señor de la Selva,

y entonces reparó Tarzán en ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Son buenos amigos nuestros —dijo Doc—. Sin ellos no habríamos podido escapar.

—Se les recompensará —dijo Tarzán—, cuando lleguemos a casa mañana. Y a vosotros también, muchachos. ¿Qué es lo que os gusta más en el mundo?

—Un pastel de manzana entero —dijo Doc.

Libro 2
TARZÁN Y LOS GEMELOS
CON
JAD-BAL-JA, EL LEÓN DORADO

XII
DE REGRESO A LA JUNGLA

—¡CARAMBA, es gigantesco!, ¿no es verdad? —exclamó Dick.

—Cierto, es un coloso —dijo Doc—. Apuesto a que podría matar a un elefante, o casi…

—¿Cómo se llama? —preguntó Dick.

—Este es *Jad-bal-ja*, —respondió Tarzán de los Monos.

—¡El león dorado! —gritó Doc—. En realidad es él, ¿no es así?

—Sí, es el león dorado, —les aseguró Tarzán.

Los tres estaban delante de una robusta jaula que se encontraba atrás de la planta baja, en el bungalow[3] de Tarzán, en su finca de África. Era el día siguiente de la llegada allí de los Mellizos, después de su rescate de los feroces caníbales Bagalla, que los habían capturado después de que Dick y Doc habían caminado lejos del tren descarrilado en el que habían estado viajando cuando iban a visitar a Tarzán de los Monos, quién estaba lejanamente emparentado con el padre de Dick.

Había sido esta relación, junto con una notable semejanza entre los dos chicos, lo que les había ganado para sí, el nombre de «*Gemelos de Tarzán*», por parte de sus compañeros en la escuela en Inglaterra a la que asistían. Quizá la semejanza del uno con el otro no era tan extraña después de todo, si tenemos en cuenta el hecho de que las madres de los chicos eran hermanas gemelas.

Y no solo eso.

Una de ellas se había casado con un estadounidense y permanecido en su país natal «esta era la madre de Doc» la otra, se había casado con un inglés y cruzado el Atlántico para vivir en Inglaterra, donde Dick nació, exactamente el mismo día que Doc nació en Estados Unidos.

Y ahora, después de pasar por muchas aventuras, como solo llegan a hacerlo muy pocos chicos en este mundo, Dick y Doc estaban a salvo bajo la protección del famoso hombre-mono y mientras esperaban muchas experiencias interesantes, estaban seguros de que a partir de ahora estarían a salvo y que nunca más iban a estar en un peligro tan angustiante como del que habían escapado.

Tampoco se lamentaban, siendo como eran chicos normales, como todos los niños normales, amaban la aventura, pero habían descubierto que había un límite más allá del cual la aventura ya no era agradable, y ese límite era estar del lado seguro de las ollas de carne caníbales.

Estaba bien para Dick y Doc, tal como estaba, y tal vez, para todos nosotros, que no podemos mirar hacia el futuro.

—¡Oye, no vas a dejarlo salir!, ¿verdad? —preguntó Doc, mientras veía como Tarzán de los Monos deslizaba el cerrojo que aseguraba la puerta de la jaula de *Jad-bal-ja*.

—Bueno, sí, —respondió el hombre-mono—. Él rara vez está confinado cuando estoy en casa, excepto por la noche, y aún así, apenas sería necesario hacerlo, si no fuera por el hecho de que algunos de los pobladores cercanos, tienen un miedo instintivo de los leones, y no se atreven a aventurarse fuera de sus chozas en la noche cuando *Jad-bal-ja* está libre.

Y luego añadió.

—También hay algo que siempre debo recordar, y que soy propenso a olvidar… Que, después de todo, un león es siempre un león. Para mí *Jad-bal-ja* es mi amigo y compañero, tanto, que a veces olvido de que él no es un hombre, o que yo no soy un león.

—Se ve fiero —dijo Doc.

—¿No nos morderá? —preguntó Dick.

—Cuando estoy con él, no le hará daño a nadie a menos que yo lo diga, —respondió Tarzán, abriendo completamente la puerta de la jaula.

Dick y Doc se quedaron rígidos, como soldados de estaño, cuando la gran bestia leonada salió majestuosamente de su jaula. Los redondos ojos color amarillo, los ojos terroríficos, los revisaron, y Tarzán le habló en un idioma que los chicos no entendían mientras *Jad-bal-ja* avanzada y olía su ropa y sus manos.

—Le dije que son mis amigos —explicó Tarzán—, y que nunca debe dañarlos en lo más mínimo.

—Espero que entienda, —dijo Doc, y Tarzán sonrió.

—Vamos a dar una vuelta, —dijo—, y mientras tanto el león se acostumbrará a ustedes. No le presten atención, ni lo toquen, a menos que venga y frote la cabeza contra ustedes, cosa que no hará. Es su forma de mostrar afecto por mí y por mi familia, una forma que no ha otorgado a nadie más.

—No te preocupes, —dijo Dick—. ¡No lo voy a tocar, si puedo evitarlo!

—¿Qué significa «*Jad-bal-ja*»? —preguntó Doc, cuando los cuatro pasaron por la puerta y salieron al calvero que se extendía hacia las colinas por un lado y hacia el bosque y la selva por el otro.

—Está tomado de la lengua de la gente con cola de *Pal-ul-don*, —explicó Tarzán—. «*Jad*» significa: Él, «*bal*» es la palabra, ya sea para oro o para dorado, y «*ja*» es león. Lo encontré al lado de su madre muerta cuando era un pequeño cachorro, después de haber escapado de *Pal-ul-don*, y cuando volvía a casa. Aun entonces, él tenía un tono inusualmente dorado y el lenguaje de *Pal-ul-don* todavía estaba fresco en mi mente, lo llamé *Jad-bal-ja*, el león dorado.

Mientras caminaban, los chicos asediaron a Tarzán con mil preguntas que él respondió con buen humor y con lo mejor de su capacidad, que era excelente, ya que los muchachos concentraban sus preguntas casi exclusivamente a la vida de Tarzán en la selva, lo que les parecía, por mucho, el tema más interesante del mundo.

—¿Qué quieren hacer chicos? —preguntó Tarzán—. Tenemos todo el día por delante.

—Me gustaría ir a la selva, —dijo Dick, pensativamente.

—A mi también, —dijo Doc.

—Pensaba que ustedes chicos, ya habían tenido suficiente de la selva por un tiempo, —rio el hombre-mono.

—Hay una fascinación por ella que no puedo explicar, —respondió Dick—. Tengo temor de la selva y sin embargo quiero ir de nuevo allá.

—¡Seguro que quiero estar allá contigo!, —dijo Doc, mirando con adoración a Tarzán—. ¿Cuánto tiempo nos llevará a caminar hasta allá?

—Alrededor de dos horas. ¿Pueden soportar la ida y el regreso?

—¿Podemos? Quiero decir: ¡Claro que podemos!, —exclamó Dick.

—¿Y qué hay de ti, Doc? —preguntó Tarzán.

—¡Claro que sí!

—Está bien, —dijo el hombre-mono—, y si no queremos volver esta noche no tenemos que hacerlo. La selva da alimento y refugio a sus habitantes… Y la libertad. Es por eso que me encanta.

—Vamos, —dijeron los gemelos, hablando juntos casi en la misma frase.

Tarzán asintió con la cabeza y abrió la marcha.

De muy buen humor cruzaron el calvero, el gran león caminando al lado de su salvaje amo, y los dos muchachos bebiendo cada palabra del conocimiento de la selva, que brotaba de los labios del hombre-mono.

Tarzán y los gemelos llevaban taparrabos y bandas en la cabeza y llevaban la más simple y primitiva de las armas. Cada uno tenía un arco y flechas, una lanza y un cuchillo. Tarzán, además, llevaba la soga de hierbas que el hábito había hecho casi una parte de él.

Ya que los caníbales habían robado la ropa que Dick y Doc llevaban puesta cuando fueron capturados, y como sus baúles estaban todavía en las vías del ferrocarril accidentado, no había realmente ninguna otra opción para los chicos que usar el primitivo atuendo con el que iban vestidos; pero, en honor a la verdad, estaban más que satisfechos y habrían despreciado esos símbolos de la civilización decadente como pantalones y camisas.

Su vida con los caníbales y sus aventuras en la selva, les había acostumbrado a la escasa vestimenta y ya algo se habían endurecido sus cuerpos juveniles contra los rigores del mundo primitivo que los acechaba más allá de los límites del calvero.

Con el corazón ligero y rostros ansiosos dejaron el prado atrás y se adentraron en los sombríos corredores de la selva africana.

Seguros en compañía de Tarzán y el gran león que los acompañaba, no fueron perturbados por ningún temor.

XIII
LA TORMENTA

En lo Profundo de la selva el hombre-mono los llevó, mientras que por encima *Manu* el mono charlaba y rezongaba, reprochándole Tarzán por traer a *Numa* el león para perturbar su paz, pero ni Tarzán ni *Jad-bal-ja* prestaron atención al pequeño mono, y de pronto los dos chicos se dieron cuenta de que Tarzán se había tornado súbitamente silencioso. Respondía poco a sus preguntas o no las respondía en absoluto y había una expresión seria en su rostro. Frecuentemente volteaba a ver a *Jad-bal-ja* con atención y, se detenía a olfatear el aire o escuchar.

De pronto se volvió hacia los chicos.

—Algo está mal en la selva, —dijo—. *Jad-bal-ja* lo ha percibido, aunque yo todavía no sé lo que es. ¿Han notado que él está nervioso? Ha percibido algo que aún yo, no puedo sentir todavía. Creo que está contra el viento respecto a nosotros, lo que sería natural, ya que el olor de *Jad-bal-ja*, como carnívoro, es bastante intenso. Permanezcan aquí con él, mientras yo voy a investigar. Puede no ser nada. Una tormenta se acerca, lo he sentido durante la última hora, y puede ser solo la tormenta lo que ha afectado los nervios del León dorado. En la selva, sin embargo, el que quiera vivir debe saber que no puede adivinar.

Por un instante, los dos muchachos vieron al gran hombre-mono columpiándose a lo lejos, a través de las ramas inferiores de los árboles de la selva y un momento después se quedaron solos con el gran felino que se paseaba nerviosamente de aquí para allá, mirando de vez en cuando a través de los crueles ojos redondos y amarillos, que no parecían nada amables ni tranquilizadores para los gemelos.

—¡Cielos!, —dijo Doc—, deseando que Tarzán lo hubiera llevado con él.

—Él lo dejó aquí para protegernos, tonto, —replicó Dick, pero su tono de voz indicaba claramente su nerviosismo.

—Está bien, pero no puedo dejar de pensar lo que dijo acerca de él.

—¿Qué dijo acerca de él, excepto que no haría daño a nadie a menos que se lo ordenara? —dijo Dick.

—Sí, sabelotodo, pero también dijo: «Cuando Tarzán está con él», y ahora no está. ¡Pero eso no es lo único que recuerdo!, —replicó Doc.

—Bueno, entonces, ¿qué más es lo que recuerdas?

—Tarzán dijo: «Después de todo, un león es siempre un león».

—¡Tenías que recordar algo como eso! —gruñó Dick.

—Creo, —dijo Doc—, que voy a subir este árbol solo por el gusto de hacerlo.

—¡Gato miedoso!

—¡De gato miedoso Nada! Yo no tengo miedo. Solo quiero practicar escalada. Nunca se sabe cuándo la vas a necesitar, sobre todo en la selva.

—¿Supón que él no quiere que nosotros subamos? —Dijo Dick señalando con la cabeza en dirección a *Jad-bal-ja*.

—¿Por qué no iba a querer que subamos? —replicó Doc.

—Bueno, si está pensando en ser un león, y tiene hambre, creo que sería una muy buena razón para que no quiera que trepemos.

—¿Quién dijo que estoy pensando esas cosas? Nunca se me habría ocurrido nada de eso. Eso lo dejo para ti.

—Oh, Dime una sola vez que yo no haya pensado lo mismo que tú, —se burló Dick.

—Bueno, de todos modos, yo no estaba pensando en voz alta, —replicó Doc.

Dick no dijo nada más.

Jad-bal-ja estaba moviéndose sin descanso. Era bastante obvio que estaba nervioso. Su gran cabeza erguida, con las orejas erectas, mirando hacia la selva en la dirección en que Tarzán se había ido, y luego dio la vuelta e hizo un pequeño círculo, gimiendo.

Entonces, súbitamente, los ojos verde-amarillos del león se posaron sobre los dos muchachos. Abrió la boca, dejando al

descubierto sus enormes colmillos, y emitió un rugido bajo.

—¿P… Po… Por qué crees que hizo eso? —susurró Doc.

—Tal vez está tratando de hablar con nosotros, —sugirió Dick.

—Me gustaría saber si se trata de una amenaza o una advertencia, —dijo Doc, que empezaba a sentirse cada vez más incómodo y dolorosamente incierto sobre el futuro.

—Tal vez haríamos mejor en subir al árbol después de todo, —susurró Dick—. Tal vez podríamos ver a Tarzán si subimos lo bastante alto.

—Tú primero, —dijo Doc.

—No, —protestó Dick—. Tú primero. Fue tu idea.

—Pero si me ve escapar podría ir por ti, —sugirió Doc.

—Te diré lo que haremos, —dijo Dick—. Allí hay dos árboles, aproximadamente del mismo tamaño. Ve hacia uno de ellos, paseando con indiferencia y cuando diga: ¡Trepa!, vamos a subir los dos tan alto y tan rápido como nos sea posible. ¿Qué dices, lo hacemos?

—¡Digo adelante, y cuanto antes, mejor!, —fue la respuesta de Doc.

—¡Mira!, está viendo para otro lado. ¡Ahora es el momento!

Los dos chicos, mirando temerosamente sobre sus hombros, caminaron lentamente hacia sus respectivos árboles. Si estaban nerviosos, ¿quién puede culparlos? Un león salvaje en su sombrío ambiente selvático es una criatura aterradora, de hecho, tan terrible, que algunas personas, que se encontraron con uno en la selva, se ha sabido que cayeron arrodilladas en una parálisis de miedo, esperando a que la gran bestia viniera a devorarlos, sin ofrecer ninguna defensa ni resistencia.

Jad-bal-ja, oyó las pisadas de los muchachos, volvió sus feroces ojos sobre ellos. Doc carraspeó. Dick intentó tragar saliva, pero fracasó. Repentinamente tenía la garganta seca y árida. Eran solo unos pocos pasos que los separaban de los árboles que habían seleccionado y no se detuvieron. Su mayor dificultad fue frenar el deseo de correr.

Jad-bal-ja los miró inquisitivamente, y luego comenzó a avanzar lentamente hacia ellos. Ahora los chicos estaban al pie de sus respectivos árboles.

—Sube —jadeó Dick, y en un instante ambos se lanzaron por los

troncos de los árboles tan rápido como podían.

Jad-bal-ja detuvo sus pasos y los miró. En su arrugado rostro había una expresión que podría haber sido de dolorosa sorpresa, y cuando los chicos llegaron a la seguridad de las ramas que se balanceaban por encima del suelo y miraron hacia abajo, vieron al león sentado sobre sus cuartos traseros y mirándoles fijamente hacia arriba.

—¡Maldición! —Exclamó Dick—. Sabía que no nos haría daño. Nunca trató de detenernos en absoluto. ¡Diablos!, lo que *sí* es seguro es que eres un gatito miedoso. Odiaría que Tarzán volviera y nos encontrara aquí.

—Está bien, si eres tan valiente, entonces baja. A mí no me importa quién me encuentre aquí. Prefiero estar aquí en una sola pieza que esparcido allá abajo en el suelo, —fue la respuesta de Doc.

—¡Vamos, si no lastima ni a una pulga!, —insistió Dick. ¡Míralo!

—Tal vez no, pero tampoco soy tan poco apetecible como una pulga.

—De todos modos no tienes el valor, —dijo Dick burlonamente.

—OK, en vez de hablar tanto, ¿por qué no vas abajo a jugar con él?

—Creo que lo haré.

Doc rio estruendosamente.

—¡Está bien, mírame! —exclamó Dick, haciendo ostentosamente los preparativos a descender.

Doc lo observó con atención. Dick se deslizó de la rama en la que estaba sentado, agarró el tronco del árbol con ambos brazos y se dispuso a deslizarse hasta el suelo.

—Oh, no, Dick, —gritó Doc—. Por favor no lo hagas. Es mejor no correr ningún riesgo.

—Está bien, —dijo Dick—, si no quieres que vaya, no voy, —y volvió a subir a su rama de nuevo, a sentarse allí con seguridad.

—¡Cielos, está oscureciendo!, —exclamó Doc—. No creí que fuera tan tarde.

—Debe ser la tormenta que Tarzán dijo que venía. ¡Sí, mira allá arriba!

A través de una grieta en el denso follaje, podían verse, nubes negras, y furiosas, muy bajas por encima del bosque… La penumbra

de la selva era profunda. El aire se volvió muy tranquilo, sin brisa, como si el corazón de la naturaleza hubiera dejado momentáneamente de latir. Actualmente las copas de los árboles estaban dobladas como presionadas por una poderosa mano. Entonces, la furia regresó. El viento aulló. Los árboles se agitaban violentamente contra las furiosas nubes. Los rayos relampagueaban, dentados, cegadores, y entonces el trueno explotaba y rugía; y con ellos llegó la lluvia, no en gotas, sino en grandes andanadas y ráfagas, como espuma brotada de los dientes del huracán.

Los dos chicos estaban separados entre sí por una distancia de escasos siete metros, pero no podían ni verse ni oírse entre sí, aunque cada uno gritó con todas sus fuerzas en un esfuerzo para cerciorarse de que el otro todavía estaba sano y salvo.

Ramas, arrancadas de grandes árboles, se precipitaban por el aire. Patriarcas de la selva caían a tierra, arrastrando con ellos árboles más pequeños añadiendo más caos al horrible pandemónium que ya reinaba.

Dick y Doc se aferraban con dificultad a sus peligrosas perchas, cada uno seguro de que el otro estaba muerto y que no tardaría en reunirse con él. Parecía más allá de la más remota posibilidad que cualquier ser vivo pudiera escapar a la furia de esa titánica Saturnalia.

Por una hora, la tormenta rugió y arreció, y luego, poco a poco se calmó, pero la lluvia aún caía a plomo, el viento aún gemía y gemía por entre la selva afectada y la intensa oscuridad persistía, disminuida solo ligeramente en un grado mínimo.

Temblando de frío, los chicos se sentaron, cada uno en su árbol, con la cabeza gacha, y esperaron, con la lluvia golpeándoles en la espalda desnuda. Lo que les deparaba el destino no lo sabían ni se atrevían a pensar.

Cada chico pensó que estaba solo. Cada uno estaba seguro de que Tarzán había muerto o había sido malherido por la terrible tormenta. Cada uno se preguntaba cómo iba a encontrar solo su camino, de regreso al bungalow.

Dick levantó la cabeza y miró desesperadamente alrededor. A través de la oscuridad y la lluvia miró con tristeza en la dirección de la rama en la que Doc se había sentado cuando se desató la tormenta. Vagamente, distinguió una figura encorvada

miserablemente, en un esfuerzo para evitar embate de la tormenta.

—Doc —gritó.

La figura se enderezó y se volvió como si hubiera recibido un *shock* eléctrico.

—¡Dick!

—¡Cielos! —Exclamó Dick—. Pensé que seguramente habías muerto.

—Y yo pensé que tú habías muerto. Grité y te busqué por cerca de una hora.

—Nunca te escuché. ¿No me escuchabas tú a mí? —dijo Dick con asombro.

—No creo que nadie pudiera oír nada en ese concierto infernal. Dime, ¿has oído alguna vez algo así? —preguntó Doc.

—Yo diría que no, y tampoco quiero volver a hacerlo nunca más.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Doc—. ¿Crees que Tarzán pueda encontrarnos ahora?

—Él podría, si…

—Si… ¿Qué?

—Si es que está vivo.

—Caramba, ¿no supondrás que…? —Doc vaciló.

—No entiendo como sobrevivimos a eso, —dijo Dick—. Todo el bosque se derrumbaba a nuestro alrededor.

—Tengo frío, —dijo Doc.

—Yo estoy casi congelado, —dijo Dick.

Los dos chicos se estremecieron, sus dientes castañeteaban.

—No podemos quedarnos aquí Dick, moriremos si lo hacemos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que seguir moviéndonos. Tenemos que mantener la sangre en circulación.

—¿Crees que podremos encontrar el camino de regreso a la casa de Tarzán? —preguntó Dick.

—No presté mucha atención a las instrucciones cuando llegamos aquí, —admitió Doc—. Dependía totalmente de Tarzán, pero tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos sentados aquí hasta que muramos de neumonía Vamos a seguir…

Simultáneamente los dos chicos miraron inquisitivamente al suelo debajo de ellos. Luego, volvieron a mirarse inquisitivamente

entre ellos.

—¿Lo ves? —preguntó Dick.

—No, —respondió Doc—. ¿Crees que se haya ido? Si no, ¿dónde está?

—Podría estar escondido en la maleza.

—Bueno, —dijo Doc— si no tienes miedo, podemos bajar de aquí.

—Creo que mejor voy a practicar columpiándome en los árboles, —dijo Dick.

Doc sonrió. Aun con frío y miserable como se sentía, no podía evitarlo.

—Muy bien —estuvo de acuerdo Doc—. Voy columpiarme contigo. ¿Por dónde vamos?

XIV
LOS ADORADORES DEL SOL

REFUGIÁNDOSE de la tormenta, veinte horrendos seres se acurrucaban juntos en busca de calor, en cuclillas y bajo la escasa protección de un tosco refugio, apresuradamente improvisado a la primera advertencia del inminente diluvio.

Pelo sucio y enmarañado cubría sus cabezas y rostros, casi ocultando sus ojos malvados y muy juntos, y el pelo negro creciendo no menos profusamente sobre sus cuerpos sin forma, sus brazos eran largos, como los de un gorila, y sus piernas rechonchas, cortas, y torcidas.

Eran hombres deformes y torcidos con cejas bajas y rostros bestiales. Como gnomos o duendes, a los que se parecían, pero no lo eran. Eran hombres de alguna especie, hombres de una clase baja y degradada, teniendo, a lo largo de incontables años, más atributos de los hombres simiescos de quien todos suponemos ser descendientes, que los atributos que aparecen en los hombres normales.

Estos veinte eran parias de la ciudad de oro de Opar, donde *La*, la Suma Sacerdotisa del Dios Llameante, reinaba suprema, ya que Cadj, el Sumo Sacerdote impío, estaba muerto.

Habían sido seguidores de Cadj y todos ellos traidores a *La*, y ahora, con Cadj muerto, habían huido de Opar y estaban vagando por la espesa selva, sin rumbo fijo, en busca de algún lugar apartado donde pudieran construir un nuevo templo.

Durante toda la noche se acurrucaron en el frío y la humedad, pero con el primer tenue destello del amanecer se fueron despertando uno por uno, y miraron a su alrededor.

Gulm fue el primero en ponerse en pie. En una mano llevaba un

garrote con nudos. Una correa de cuero alrededor de su gruesa cintura sostenía un rudimentario cuchillo. Bajo las espesas cejas miró a su alrededor a través de la oscuridad. Volvió la cara hacia el Este. La lluvia había cesado y el cielo estaba despejado.

Gulm pateó al individuo más cercano.

—¡Arriba! —ordenó—. Arriba y estén listos para saludar la llegada del Dios llameante que trae un nuevo día.

Sus compañeros se agitaron. Uno a uno se levantaron, lentamente, como bestias. Algunos de ellos gruñían casi como animales. El cielo en el Este se iluminó rápidamente. El día Ecuatorial se desplegaba desde los negros cielos con su rapidez acostumbrada, revelando los veinte zafios, horrorosos y sucios. Pero… ¿qué es esto?… No es un hombre retorcido y terrible quien yace acurrucado en el barro en el centro de la fétida manada. Su cuerpo y sus extremidades son simétricos, la piel es de color blanco, incluso a través del barro que se apelmaza sobre ella. Pelo enmarañado cubre la bien formada cabeza, pero su pelo no es grueso y negro, sino fino y sedoso y rubio.

Presionada por algunas de las criaturas cerca de ella, se levantó con rigidez, dolorosamente, una niña, una niña blanca con el pelo dorado.

—¡Date prisa! —ordenó Gulm.

Dos de los espantosos seres agarraron a la niña y la arrastraron desde el refugio hacia el exterior. Gulm señaló hacia el Este, y mecánicamente, con lentitud, la chica se volvió hacia el sol naciente y se quedó inmóvil, casi automáticamente.

Detrás de ella, los veinte adoradores del sol se arrodillaron en el barro, de cara hacia el Este. Gulm los dirigía en un extraño y salvaje cántico mientras el gran orbe rojo del día se elevaba lentamente sobre el horizonte.

En realidad, desde el corazón de la densa selva no podían ser testigos de la salida del sol, pero Gulm había calculado el ejercicio matutino para que coincidiera lo más posible con el evento.

La breve ceremonia concluyó, y los hombres pusieron su atención en el desayuno. Todo estaba demasiado mojado por la reciente lluvia para permitirles hacer fuego, y así, de sus sucios taparrabos extrajeron trozos de carne cruda o a medio cocer y en cuclillas en el barro, las bestias comieron un desayuno magro y frío.

Gulm, tragando, se dirigió a uno de sus compañeros para hablar.

—¿Cuánto más falta, Blk, —preguntó— al lugar que encontraste, dónde podemos construir un nuevo templo para llevar a cabo nuestros ritos?

—Una marcha, tal vez dos, —respondió Blk bajando las cejas con indiferencia.

—No debe ser lejos, —dijo Gulm—. Si no construimos pronto un templo al Dios llameante y le ofrecemos un sacrificio, en su furia, Él nos destruirá a todos. ¡A cada uno de nosotros!

—¿No le hemos encontrado ya una nueva suma sacerdotisa? — Preguntó otro.

—Sí, —asintió Gulm—, pero él debe tener su sacrificio. El Dios llameante tiene que comer y acude a Gulm, su Sumo sacerdote, para que le proporcione su comida, y Gulm acude a ustedes, los sacerdotes menores del Dios llameante, para buscarla y encontrarla. Con Cadj muerto y *La* en contra de las antiguas costumbres sacrificiales ancestrales, el Dios llameante solo nos tiene a nosotros para servirle y está muy enojado. Todas las dificultades que hemos sufrido, desde que fuimos expulsados de Opar no son sino evidencias de su desagrado. Yo temía que la tormenta de ayer fuera un signo de la terminación de su misericordia. Gulm creía que íbamos a ser destruidos junto con el resto del mundo… Pero él ha permitido que vivamos todavía un poco más. Nos ha dado otra oportunidad. Pero fue una señal, una señal que ya no podemos ignorar más. El Dios llameante debe tener un sacrificio, y si no podemos encontrar a nadie más, ¡entonces, tendrá que ser uno de nosotros!

Sus ojos vagaron salvajemente por entre sus compañeros. Ojos iluminados por el fuego ardiente del fanatismo religioso.

Ulp miró a la niña y señaló con la cabeza en su dirección.

—¿Y por qué no ella? —preguntó, pues sabía que, al no ser excesivamente popular con Gulm, podría fácilmente ser elegido por el sumo sacerdote, si fuera necesario elegir un sacrificio entre sus propias gentes.

—¡No! —gritó Gulm y saltando sobre Ulp lo tiró al suelo, exclamando—: Quién se atreva a pensar en hacer daño a la suma sacerdotisa del Dios Llameante debe morir.

Ulp se puso en pie y corrió rápidamente fuera del alcance de

Gulm.

—Yo no pensé hacerle daño, —gritó Ulp—, solamente hice una pregunta.

—Pues no preguntes más, —advirtió Gulm—. No más preguntas en absoluto.

—No —prometió Ulp.

—Debo ver que no tengas esa oportunidad, —le aseguró Gulm— y si no encontramos pronto un sacrificio más adecuado tú serás elegido.

Gulm gruñó y se quedó en silencio.

Ulp se acuclilló sobre sus talones en el barro y devoró el resto de su desayuno. Así, habiendo sido segregado de los demás, la amenaza de muerte inminente no afectó su apetito. Sin embargo, él no deseaba morir, así que su astuto y brutal cerebro estaba ocupado con maquinaciones turbias para desviar la aversión de Gulm, de él hacia algún otro infortunado miembro de la banda.

Mientras que los hombres-bestia comían, también lo hizo la niña. De un bolsillo de su ropa desgarrada y deshilachada tomó un poco de carne cocida que se había guardado de la última comida.

Estaba hambrienta, hacía tiempo que el hambre había roto la última barrera que divide la selectividad, del instinto de cualquier otro animal hambriento. Comía para vivir, era escaso, aunque su paladar disfrutó de la carne fría, dura, y sin sazonar que formaba la mayor parte de su dieta.

Incluso a través de la suciedad y las evidencias de la miseria y del hambre que estaban escritas tan claramente en su rostro y figura, era bastante evidente que la niña de cabellos dorados había sido muy bonita. De hecho, todavía era muy bonita, pero de una forma pálida, delgada, y sin esperanza que todavía sugerían los contornos redondeados, las mejillas sonrosadas, y el feliz y sonriente rostro de otros días.

Al mirarla, nadie podría haber pensado que fuera posible que siempre hubiera vivido entre esos hombres-bestia, o que estuviera relacionada de alguna manera con ellos.

Ni había vivido siempre entre ellos, ni estaba relacionada con ellos.

Durante dos meses la habían retenido cautiva y, de acuerdo con sus normas, la habían tratado bien. No le habían hecho daño de

ninguna forma y la habían protegido de los peligros y las dificultades de la selva en la medida de sus posibilidades y de su limitado conocimiento.

Ellos habían no habían dejado que las bestias salvajes la atacaran, la servían con lo más selecto de su magra y escasa comida, construían un refugio para ella por las noches, y durante la tormenta se apiñaron junto a ella para que el calor de sus cuerpos la protegiera de los resultados nocivos de la exposición a la fría lluvia.

Ellos no hacían estas cosas por algún sentimiento de bondad o de humanidad, ya que no estaban dotados de ellos, sino egoístamente para la consecución de sus propios fines, ya que creían que al Dios Llameante le agradaba estar representado en la tierra por una suma sacerdotisa, y porque se les había enseñado que este cruel Dios no aceptaría ningún sacrificio, salvo en las manos de una mujer, o mejor dicho que prefería ser servido por una sacerdotisa en lugar de por un sacerdote. ¿Por qué?, no lo sabían.

Durante los dos meses de su cautiverio habían enseñado a la niña su lenguaje crudo y simple, que era también el lenguaje de los grandes simios, aunque el vocabulario de los adoradores del sol contiene muchas palabras que no están en el vocabulario de los grandes simios.

Ellos le habían enseñado muchas de las sencillas funciones de su oficio, dejando los ritos del templo más elaborados para el momento en que hubieran localizado un nuevo lugar para el templo y construido el primer altar.

La llamaban *Kla*, que es una contracción de dos palabras que significan *Nueva La*, y ya la adoraban tan fanáticamente como habían adorado a la misma *La*.

Para la niña, «*Kla*» era solo eso, un nombre. Ella ya no tenía miedo de estos seres terribles, porque había aprendido que no harían daño, pero sin embargo era infeliz y miserable entre ellos, suspirando por su propia casa y sus padres, anhelando ropa limpia, el lujo de un baño, una buena comida y una cama caliente, pero sobre todo por el cariño, el compañerismo y la comprensión de su propia gente, a quien ella temía no volver a ver jamás.

Ella no odiaba Gulm o los otros, ya que nunca había habido ningún odio en el corazón de esta pequeña niña de doce años de edad, quien era toda dulzura, belleza y pureza.

Si hubieran buscado en todo el mundo una suma sacerdotisa con amor, caridad y humanidad, Gulm y sus compañeros difícilmente podrían haber descubierto alguien más apto para ser la gran sacerdotisa que la pequeña *Kla*, pero a los devotos del Dios Llameante les tenían sin cuidado estas cualidades en su Suma Sacerdotisa y así, después de todo, *Kla* no era totalmente adecuada para su propósito, como ellos seguramente descubrirían cuando llegara la hora de participar en algunos de los más terribles de sus ritos religiosos, y estaba bien para la niña que no podía prever todo lo que se iba a exigir de ella en los días venideros.

El desayuno concluyó, y la partida se dirigió una vez más en dirección al nuevo sitio para el templo que Blk había descubierto y hacia el que había estado guiándolos durante varios días.

Habían caminado tal vez una hora, o posiblemente dos, cuando Blk, que iba a la cabeza, repentinamente se detuvo, e hizo una señal que causó que la totalidad de los veinte se pusiera silenciosamente fuera de vista, ocultándose en el verdor de la selva circundante.

El silencio reinó en selva empapada de vapor bajo el sol ecuatorial. Débilmente, desde lejos, llegó el sonido de pisadas, pero mucho antes de que pudiera oírlas, Blk ya sabía que algo se aproximaba a ellos a lo largo de la senda que el grupo había venido siguiendo hasta ese momento.

Cierto oscuro sentido, desconocido para las facultades de los hombres civilizados, había advertido a la criatura de la selva.

¿Qué era lo que venía por el sendero hacia los veinte hombres-bestia?

XV
PELIGRO A LA VISTA

DICK y Doc, moviéndose a través de las grandes ramas de la terraza inferior de la selva, pronto sintieron la sangre caliente revolviéndose en sus venas y con ella una nueva sensación de bienestar y esperanza, que, naturalmente, fue pronto seguida por el hambre.

—Me gustaría un poco de té, tostadas y mermelada —dijo Dick.

Se miraron el uno al otro y le lamían sus labios.

—Y a mí me gustaría una pila de hot-cakes y jarabe de maple —dijo Doc.

—Vamos a comer, entonces, —dijo Dick—. Aquí hay algunas de esas cosas que Ukundo juntó en la mañana después de que nos escapamos de la aldea de Galla Galla. ¿Cómo fue que lo llamó?

—No puedo recordar su nombre, pero tenía un sabor a una mezcla de aceite de quinina, azúcar y aceite de castor, —contestó Doc, haciendo una mueca.

—¿A quién le importa como sabe mientras sea comida? —Exclamó Dick—. Pudimos comer y eso es todo lo que hay que saber.

—Supongo que lo hicimos, pero ¡maldición, odio esa cosa! Prefiero dispararle un inofensivo pájaro o a algo, —refunfuñó Doc.

—Tendrías que comértelo crudo si lo haces, —le recordó Dick—. Nunca podríamos hacer fuego en esta antigua selva húmeda.

—No, supongo que no, —admitió Doc—, pero después de lo que comimos en la prisión con Galla Galla incluso un ave cruda tendría buen sabor, siempre y cuando sea fresca.

El lamentable ánimo de Doc se mostraba en su rostro.

Dick había subido a una terraza más elevada y estaba cortando algunos de los frutos de una rama mientras Doc, abrazado en la

horqueta de dos ramas de abajo, observaba y esperaba.

Cuando Dick bajó los dos chicos procedieron a comer la pulpa bastante amarga de dos de los grandes frutos que Dick había traído consigo.

—Quiero aclarar que esto no me recuerda nada de lo que mi madre acostumbra hacer, —dijo Doc.

—Huele como una cataplasma de linaza, —rio Dick—. ¡O peor!

—Ojalá supiéramos más sobre las cosas que crecen aquí, —dijo Doc—. Debe haber un montón de cosas que podríamos comer si solo supiéramos que son seguras.

—Si hubiera algunos monos en los alrededores podíamos observarlos —dijo Dick.

—Me pregunto dónde están. —Doc miró a su alrededor en todas direcciones—. Bueno, yo no veo ninguno, y si lo hiciera, no habría ninguna diferencia, porque no podría comer nada más ahora, después de comer esas cosas desagradables mi apetito ha desaparecido.

—Seguro que son muy llenadoras, —reconoció Dick—. Si pudiéramos tomar algunas de vuelta a la civilización podríamos hacer una fortuna.

—¿Cómo? —preguntó Doc.

—Podríamos vendérselas a las mujeres que quieren reducir. Hay alrededor de cien millones de señoras gordas que quieren ser más delgadas y nadie puede siquiera imaginarse cuánto gastan cada año tratando de reducir. ¿Por qué? Solo piensa en todos los clientes que podríamos tener.

—Pero ¿cómo sabes que esto podría reducirlas a ellas? —pregunto Doc.

—Eso es fácil. ¿Qué es lo que las hace gordas?

—Comer demasiado, por supuesto, —dijo Doc.

—Entonces, si no comen deben reducir, ¿no es así?

—Claro, pero…

—Todo lo que ellas tienen que hacer sería comer un poco de esto a primera hora de la mañana y luego no querrán comer nada más durante todo el día, —explicó Dick—, al menos no, si se sienten como yo me siento en este momento.

—¡Vaya! —Exclamó Doc—. Esa es una muy buena idea. Vamos a empezar una empresa.

—Sin embargo, primero tenemos que salir de aquí, —le recordó Dick.

—Sí, eso es lo primero que tenemos que pensar, —estuvo de acuerdo Doc—. ¿Qué te parece si bajamos al suelo? Podríamos ir más rápido. Después de todo, estamos más acostumbrados a caminar sobre la tierra.

Dick se rascó la cabeza.

—Estamos haciendo un buen trabajo viajando a través de los árboles, —le recordó a su primo—, y apuesto que es mucho más seguro. Parece bastante peligroso ir allá abajo. Yo no veo ningún sendero.

—Supongo que tienes razón, —estuvo de acuerdo Doc—, pero cuando encontremos un sendero que vaya en la dirección correcta, creo que será mejor que lo tomemos, por un tiempo al menos. Siempre podemos subir a los árboles de nuevo si escuchamos algo.

—El problema es que puede que sea demasiado tarde, sobre todo si lo que escuchamos es un león saltando de la maleza sobre nosotros.

—Bueno, vamos a seguir en los árboles durante un tiempo, entonces, —dijo Doc—, pero te aseguro que eso hace que un individuo se canse.

Los dos chicos continuaron a través de las terrazas más bajas de la selva en la dirección en la que creían estaba el calvero abierto que se extendía a la casa de Tarzán. Una vez que llegaron a un amplio claro que llevaba en la dirección que deseaban ir, y como no habían visto ni oído ninguna señal de bestias peligrosas, decidieron descansar sus cansados músculos y al mismo tiempo aumentar su velocidad, siguiendo la senda en el suelo, al menos por un tiempo.

Habían estado caminando en silencio por algún tiempo cuando Doc se detuvo.

—Dick, —dijo—, tengo miedo. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que un peligro muy grave se cierne sobre nuestras cabezas.

—¿Qué te hace pensar eso? —Preguntó Dick, mirando rápidamente en todas direcciones—. ¿Viste o escuchaste algo?

—No, pero siento como si algo fuera a suceder, como si algo nos estuviera mirando, y sin embargo, no es exactamente esa sensación. Es una especie de premonición o algo así. No puedo explicarlo, pero

me gustaría que no estuviéramos solos aquí.

—Tal vez sea mejor que subamos a los árboles de nuevo, —dijo Dick—. Me siento mucho más seguro allí que aquí abajo.

—Está bien, —asintió Doc—, estoy dispuesto… Y, vamos a ver cómo hacemos para viajar en silencio Tal vez hemos estado haciendo demasiado ruido ¿Alguna vez has notado que silenciosamente se mueve Tarzán a través de la selva, ya sea en el suelo o en los árboles?

—¿Si? Digamos que no hace más ruido que la sombra de una mariposa, —dijo Dick—. ¡Vamos!

Con mucha más cautela ahora, los chicos subieron hacia las ramas más bajas y continuaron su viaje. Sus ojos y oídos estaban siempre alertas y olfateaban también el aire, como habían visto hacerlo a Tarzán, pero no fueron recompensados con ningún otro olor que los de la humeante selva que había llenado sus narices desde la lluvia.

Intermitentemente se detenían y escuchaban, y convencidos de que no había nada fuera de lugar, avanzaban.

El frondoso follaje bajo ellos a menudo ocultaba el sendero a sus ojos y con frecuencia también los escondía de la vista de cualquier animal que pudiera haber estado en el camino. Un viento, revolviendo entre los árboles, contribuía a ocultarlos, ya que daba movimiento al follaje y las ramas, ocultando el movimiento que los chicos causaban mientras se movían con cautela y en silencio por la espesura.

Dick, que iba a la cabeza, se detuvo súbitamente, levantando su dedo en un gesto de advertencia y poniéndolo en los labios para pedir silencio. Doc lo vio agacharse detrás del tronco del gran árbol por el que habían pasado casualmente, y vio la mirada de su primo dirigirse abajo hacia el suelo.

Doc se inmovilizó tan pronto recibió la advertencia de Dick. Miró hacia abajo, pero no pudo ver nada.

Se preguntaba qué podría ser lo que había despertado de pronto la temerosa atención de Dick. Miró a su primo fijamente y de inmediato este le hizo señas, le advirtió silencio con el dedo índice colocado en los labios.

Doc se deslizó hacia delante. Y ni siquiera el propio Tarzán podría haberse movido a través del follaje más silenciosa y

hábilmente.

En un momento Doc estaba en cuclillas detrás del hombro de Dick.

Sin decir palabra, Dick señaló hacia abajo a través del tupido follaje. Al principio Doc no vio nada como para provocar excitación, solo una maraña de maleza al borde de un gran paso de animales. Entonces algo se movió… Muy ligeramente… Y la atención Doc se clavó en lo que se había movido. Al principio era solo algo negro en medio de los verdes, marrones y amarillos de la maleza, pero en breve se resolvió en una cabeza de pelo enredado y descuidado. Entonces Doc vio otra y otra y otra, conforme sus ojos acostumbrados ahora empezaban a trazar sus líneas ya conocidas. Eran cabezas humanas y por debajo de los bordes del pelo enredado Doc veía ocasionalmente un oído, o la punta de una nariz.

Luego Doc vio una mano, una mano que sujetaba firmemente un resistente garrote.

Doc los vio ahora sobre ambos lados del sendero y vio que todas las cabezas estaban vueltas en la misma dirección, la dirección por la que los chicos habían venido. No había más que una deducción posible, esas criaturas, fueran quienes fueran, habían escuchado o visto a los chicos y estaban al acecho, esperando por ellos.

Dick y Doc no hicieron ruido. Ni siquiera susurraban entre sí sus pensamientos o temores. Se mantuvieron en cuclillas en silencio como actuando de común acuerdo, esperando a ver lo que esos misteriosos observadores harían a continuación.

Ambos se dieron cuenta de que habían tenido mucha suerte de no haber atraído sobre ellos, la atención de ningún miembro de esa siniestra partida, y eran lo suficientemente inteligentes como para saber que, podrían no ser tan afortunados como antes, si trataban de escapar de su actual posición sin ser detectados. Así que permanecieron en silencio donde estaban.

Ningún miembro de la banda abajo de ellos echó nunca un vistazo hacia arriba. Lo que fuera que esperaban, lo esperaban a lo largo del sendero de caza y con la paciencia de los animales de presa se quedaron en silencio, emboscados, sin prisa para actuar.

Doc, siempre locuaz, nunca en su vida había estado tan ansioso por hablar. Había mil preguntas y conjeturas corriendo a través de su cerebro que quería transmitir a Dick. Deseaba tanto hablar, que

según dijo después, «dolía», pero se contuvo. Tal vez su silencio forzado habría sido menos difícil de soportar si hubieran sido capaces de obtener una mejor visión de algunos de los veinte terribles hombres, porque si la hubieran tenido, sin duda se habrían reprimido aun más en llamar la atención sobre su presencia.

Les Pareció un tiempo muy largo mientras esperaban allí, mirando a los silenciosos hombres-bestia abajo de ellos, pero finalmente hubo un cambio. Un leve susurro del follaje era evidente y sus oídos captaron roncos susurros, aunque no podían distinguir ninguna palabra.

Entonces un hombre deforme y torcido se arrastró hacia el sendero. Su sola visión casi hizo que los chicos gritaran.

Era Blk. Gulm lo había enviado a reconocer el terreno. Con cautela, despacio, deteniéndose a menudo para escuchar y oler el aire, Blk se movió por el sendero hasta que en breve desapareció más allá de una curva.

Los minutos pasaban lentamente. Los chicos esperaron. Por debajo de ellos los sacerdotes del Dios Llameante aguardaban. Después de lo que les pareció un tiempo muy largo Blk reapareció. Se detuvo en la senda frente a sus compañeros emboscados y habló en voz baja con lo cual había un balance entre sus murmullos y el gran crujido del follaje y los veinte salieron otra vez al camino.

Con los veinte hombres-bestia estaba otra criatura, la vista de la cual tomó a los chicos por sorpresa, ya que no recordaban haber sido sorprendidos así nunca antes en toda su vida.

La visión de los veinte hombres-bestia era sorprendente de por sí, pero la figura de una chica delgada, de cabellos dorados entre estos increíbles brutos, les quitó la respiración a los chicos y los dejó atónitos.

¿Quién podría ser?

XVI
AL RESCATE

PRECEDIDO por Blk, el grupo de los adoradores del sol avanzó cautelosamente por el sendero y con ellos se fue la chica de cabellos dorados, caminando entre dos grotescas y cejijuntas bestias. Un momento después desaparecieron a los ojos de Dick y Doc más allá de la misma curva en el sendero que había escondido primero al explorador Blk de su vista.

Doc y Dick estaban como estatuas.

Durante varios minutos, ninguno de los chicos habló. Una de las causas de su silencio fue, indudablemente, resultado de la precaución para no atraer la atención de la partida sobre sí mismos, pero otra, era el asombro provocado por la visión de una delicada chica blanca en tan bestial compañía.

Dick fue el primero en romper el silencio después de que le pareció seguro asumir que los hombres ya no podrían oírlos.

—¿Qué crees que esa bonita niña está haciendo con esos horribles hombres? —susurró.

—Imposible que sea la hija de uno de ellos, —dijo Doc—, ¿por qué?, difícilmente lucen como seres humanos ¿Has visto criaturas de aspecto más terrible? ¡Se parecen más a los gorilas que a los humanos!

—Sin embargo, no eran gorilas, —dijo Dick—. Son hombres OK, pero esos hombres… ¡Brrr, me alegro de que no nos atraparan!

—Pero la atraparon a ella, —dijo Doc.

—¿Tú crees que es prisionera? —preguntó Dick, alarmado.

—Debe serlo. ¿Has visto cómo dos de ellos caminaban a cada lado de ella, como si tuvieran miedo de que tratara de escapar?

—¿Qué crees que van a hacer con ella?

—Tal vez son caníbales.

—Lucen más feos que los de la tribu de Galla Galla. Pueden ser cualquier cosa, —dijo Dick con un estremecimiento.

Durante unos momentos los chicos se quedaron en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Un problema completamente nuevo y, para ellos, inaudito los confrontaba. Cada uno luchaba con eso a su manera. ¿Qué debían hacer? Esa pregunta se mantenía dando vueltas en la mente de cada uno.

—Escucha, —dijo Dick, finalmente—, esa chica no pertenece a ese grupo de medios brutos como son esos tipos. Tal vez la van a matar. Desde luego, no la llevan con ellos para nada bueno. Apuesto a que la secuestraron. Pueden estarla reteniendo con ellos por un rescate, o puede ser que solo sean caníbales salvajes y van a comérsela. ¡Tenemos que hacer algo!

—Eso es justo lo que he estado pensando, —dijo Doc—, pero ¿qué podemos hacer?

—No lo sé, pero tenemos que hacer algo, —dijo Dick, rascándose la cabeza con perplejidad.

—Podríamos seguirlos, —sugirió Doc—. Tal vez podamos encontrar una oportunidad para rescatarla.

—Tenemos que seguirlos de todos modos, —coincidió Dick—, para ver dónde la llevan, y luego, si tenemos oportunidad de rescatarla estaremos allí para hacerlo.

—¡El bueno de Dick! —exclamó Doc—. Yo sabía que estarías de acuerdo.

Se plantearon la cuestión de si debían seguirlos por el suelo o por los árboles y finalmente decidieron que sería más seguro esto último para mantener la distancia, a pesar de que podrían tener que esforzarse más para seguir a la partida.

A medida que avanzaban por el follaje, por encima de la ruta tomada por los veinte hombres-bestia, dejaban tras ellos todo pensamiento de su propia seguridad y bienestar, sacrificando sus propias posibilidades de rescate en interés de una desconocida, pero eso era, porque al ser lo que eran, no podrían haber actuado de otra manera.

Muchas generaciones de hombres valientes yacían tras ellos, hombres para los que el deber significaba más que la comodidad, la seguridad e incluso la vida. Los dos chicos no pensaron en lo que

estaban haciendo como abnegación, autosacrificio, o valentía para hacerlo. Solo pensaron en ello como algo que tenían que hacer. Cada uno había sido criado entre personas en las que era casi una convicción hereditaria pensar que un hombre es el protector natural de las mujeres y de los débiles. Por sus venas corría la clase de sangre que enviaba a las mujeres y los niños a los botes salvavidas del Titanic, mientras que los hombres se quedaban en la cubierta hasta que la gran nave tomó su última inmersión en las heladas aguas del Atlántico.

Más rápido ahora, pero aún con mayor cautela, los dos muchachos siguieron el rastro de su presa, sus nervios hormigueaban con la emoción de la caza. Ahora se movían entre los árboles con mucha mayor facilidad y confianza y esto dio lugar a una mayor velocidad con menos esfuerzo, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a oír a los veinte hombres y su cautiva blanca y poco después alcanzaron a ver al miembro más retrasado de la partida.

Durante horas los siguieron, manteniéndose a salvo fuera de la vista y teniendo cuidado de avanzar lo más silenciosamente posible. Era un trabajo difícil y extenuante, no solo por el esfuerzo físico sino por la tensión nerviosa que nunca se redujo ni por un momento, y también tenían hambre. La fruta que habían comido temprano ese día había sido por mucho insuficiente para satisfacer las demandas hechas a sus cuerpos y para el mediodía estaban famélicos, pero nunca pensaron en abandonar su autoimpuesta misión de caballería.

A media tarde, los veinte hombres-bestia se detuvieron en un pequeño claro natural al borde de una corriente de agua.

Los dos chicos, ocultos entre el follaje de un árbol cercano observaban atentamente. Vieron a tres de los hombres dirigirse a la selva en diferentes direcciones, mientras que algunos de los otros recolectaban ramas y follaje con el que construyeron un crudo refugio.

La niña, al parecer, muy cansada, se había deslizado al suelo con indiferencia, donde se sentó con la cabeza inclinada, y la barbilla apoyada en sus manos ahuecadas. Un cuadro de miseria y tristeza sin esperanza. La imagen que presentaba llenó los corazones de los chicos con compasión y les imbuyó con la voluntad férrea de no

dejar que nada interfiriera en su decisión de salvarla.

—Cielos, —susurró Doc—, me pone enfermo solo mirarla, sentada allí entre todos esos hombres horribles. Nunca he visto a nadie tan terriblemente infeliz. Tenemos que hacer algo.

—Tal vez esta noche tengamos una oportunidad de salvarla, —sugirió Dick.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Doc.

—No lo sé, —respondió Dick—. Nunca pensé en eso.

—No es más que una niña, —le recordó Doc—. No podría columpiarse en los árboles ni nada por el estilo. Si tratamos de llevárnosla lejos de ellos nos atraparían a todos de nuevo en poco tiempo.

—Tal vez si se las quitamos al anochecer, temprano, podríamos alejarnos lo suficiente antes del amanecer para que no puedan encontrarnos.

—Supongo que volveremos a los árboles con ella, aun si no puede ir muy rápido, ellos no tendrían ninguna forma de seguir nuestra pista, —dijo Doc.

—Bueno, de todos modos, —añadió con un suspiro—, tenemos que hacerlo nos atrapen o no. No podemos dejarla con ellos y eso es todo lo que hay que hacer.

—Te voy a decir otra cosa, Doc, —dijo su primo—, tenemos que comer, si no lo hacemos vamos a estar tan débiles que no seremos capaces de salir de aquí nosotros mismos, y mucho menos llevar a la chica con nosotros. ¡Eso también es algo en lo que hay que pensar!

—Tal vez podamos encontrar un poco más de ese buen desayuno frutal que tuvimos esta mañana, —dijo Doc, haciendo una mueca.

—Lo que necesitamos es carne, —dijo Dick, enfáticamente—. El ser vegetariano puede estar bien para algunas personas, pero no va para un inglés.

—Ni para un americano, tampoco, —dijo Doc—. Jamón o tocino para el desayuno, ese soy yo.

—No digas esas cosas, —le rogó Dick—. ¡Cielos! Puedo sentir que se me hace agua la boca.

—Una vez tuvimos una enfermera, que quería que viviéramos de zanahorias crudas y nabos, —dijo Doc—, pero mi padre dijo que sería más barato pedir un fardo de alfalfa y poner pesebres en el

comedor. Ella entonces se sintió apenada, y se despidió. Pero yo estaba de acuerdo con papá.

—¡Oye!, —exclamó Dick—, tengo una idea. Ellos evidentemente van a acampar aquí hasta mañana. ¿Qué te parece si vamos a cazar para la comida y luego volvemos? No parece que vayan a matarla de inmediato, porque si fueran a hacerlo, no estarían construyendo ese refugio para ella.

—¿Cómo sabes que es para ella? —preguntó Doc dubitativamente.

—Tiene que ser. Solo es suficientemente grande para uno, —fue la explicación lógica de Dick.

—Eso es cierto, —admitió Doc—. Vamos de una vez. Puede que no sea tan fácil de encontrar el tipo de comida que queremos.

—Y tal vez no sea tan fácil matarla después de que la encontremos.

—Puedo hacerlo mejor con el arco y las flechas de lo que podía hacerlo hace unos días, —le recordó Doc—, y tú eres bastante bueno con tu lanza.

—¡Muy bien, vamos!

Los chicos descendieron directamente a la maleza en ángulos rectos respecto a la senda. Doc sacó su cuchillo de caza y cortaba pedazos de la corteza de los árboles por donde pasaban. Lo hizo tan silenciosamente como pudo.

—¿Qué estás haciendo? —cuestionó Dick, que llevaba la delantera y por casualidad había volteado a ver lo que estaba retrasando su primo.

—Estoy marcando nuestra ruta, para que podamos encontrar el camino de regreso, —explicó Doc.

—¡El buen Doc! —Exclamó Dick—. Siempre he dicho que utilizas tu vieja nuez para algo más que para granja de pelo, ¡y hay que ver como lo haces!

Habían buscado alrededor de media hora sin encontrar la menor señal de caza cuando Dick se detuvo repentinamente y al mismo tiempo hizo un gesto de advertencia al Doc.

Cuando Dick señaló hacia delante, Doc se arrastró con cautela y miró sobre el hombro de Dick.

Justo delante de ellos, vieron el pequeño arroyo en el que los veinte habían hecho su campamento. Más abajo en su curso y en

una pequeña abertura en la orilla había un pequeño antílope, bebiendo.

—Está demasiado lejos para mi lanza, —susurró Dick—, y de todos modos hay demasiado follaje mí alrededor. No tengo espacio para un buen tiro. Será mejor que tú trates de conseguirlo con tu arco y flecha.

—Es un tiro largo y muy difícil, —dijo Doc, dubitativamente—, y, ¡caramba, odiaría fallar!

—¿Crees que podemos acercarnos?

Doc lo pensó un momento.

—Vamos a intentarlo.

—Ve adelante entonces, —dijo Dick—. Yo voy a esperar aquí. Dos de nosotros harían más ruido que uno solo.

—¡Mejor reza!, —susurró Doc, avanzando con cuidado hacia adelante.

Dejando su lanza atrás, con Dick, Doc se movió cautelosamente hacia el antílope, con el arco y una flecha listos para su uso inmediato. Una suave brisa, que agitaba el follaje del bosque, soplaba hacia él desde la dirección de la presa, y llevaba su rastro de olor fuera de las sensibles fosas nasales, del nervioso y tímido animal.

Acercándose cada vez más, se arrastró con mucho cuidado. Un momento más y estaría a poca distancia. Se esforzaba por mantener sus nervios bajo control, dependía tanto de la exactitud de su puntería, de su sigilo, de su astucia. Ahora sabía cómo debía haberse sentido el hombre primitivo mientras se dirigía por su comida a través de los bosques primitivos de un mundo joven, mientras que el hambre roía sus entrañas. Y así Doc se encontró cara a cara con una de las primeras leyes de la naturaleza: El instinto de conservación.

¡Ahora estaba listo! Se apoyó contra el tronco de un gran árbol, con los pies firmemente plantados en las ramas adyacentes. A través de una abertura en el follaje podía ver el antílope por debajo de él, a solo unos metros de distancia. Preparó la flecha, y en el mismo instante el antílope saltó por los aires en un repentino giro, lleno de miedo.

Simultáneamente, la causa de ese terror salió de un macizo de arbustos cercanos, un retorcido hombre-bestia, blandiendo un gran

garrote sobre su cabeza. Y en el instante en que apareció, en el mismo instante en que el antílope daba su primer salto en busca de seguridad, el hombre-bestia arrojó el garrote.

El pesado proyectil voló directamente hacia su blanco, golpeando al animal que huía, con un terrible golpe que lo hizo caer medio aturdido. Antes de que pudiera recuperarse, el cazador estaba sobre él, con su rudimentario cuchillo terminando el trabajo que el garrote había comenzado.

Al principio Doc y Dick estaban demasiado sorprendidos para hacer otra cosa, más que ponerse de pie y mirar a la criatura que los había despojado de su carne, pero luego la ira y el resentimiento se hicieron evidentes. Al igual que un cazador primitivo habría sentido en circunstancias similares, así, los muchachos sentían que habían sido despojados de lo que por derecho les pertenecía.

Tal vez bajo diferentes circunstancias se habrían dado cuenta de que el antílope era tanto propiedad del hombre-bestia, como lo era de ellos. Más aún, ya que él lo había matado, pero en este caso, razonaron igual que el hombre primitivo pudo haber razonado y reaccionaron de la misma manera que él podría haber reaccionado, es decir que querían quitarle la presa al matador. No fueron las finas consideraciones éticas las que los disuadieron de hacerlo por cualquier medio que estuviera en su poder. Lo que les disuadió fue el miedo. Miedo que el hombre-bestia mataría en defensa de su carne.

Y así, el barniz de civilización, fácilmente caía de estos dos muchachos en el momento que se enfrentaban a la necesidad de sostener la vida en competencia con las criaturas salvajes de la naturaleza primitiva. Doc, de pie allí con su flecha apuntando al sacerdote del Dios Llameante, y con el corazón lleno de rabia y decepción y odio, había vuelto de repente cientos de miles de años, y volvió a vivir un instante en la vida de algún ancestro primordial muerto hacía tiempo.

Con la mira puesta en la espalda del hombre, justo debajo del omóplato izquierdo, Doc tensó su arco, y en el mismo instante Dick, que le había seguido, le puso una mano sobre su hombro.

—¡No lo hagas! —Susurró Dick—. Sé cómo te sientes, pero no debemos hacerlo, no a menos que nos veamos obligados a ello.

Doc bajó la punta de la flecha, y permaneció de pie, en silencio

durante un momento.

—Supongo que tienes razón, —dijo—, pero, caramba no sabes cómo me hizo enloquecer, que: ¡Justo cuando iba a disparar, también…!

—Escucha, —susurró Dick—, tengo un plan.

XVII
EL PLAN DE LOS GEMELOS

INCLINÁNDOSE más cerca del oído de Doc Dick susurró su plan, y conforme Doc escuchaba su rostro se iluminó, sus labios se extendieron en una amplia sonrisa.

—¡Vaya! —dijo—. Esa es una gran idea, pero ¿crees que vaya a funcionar?

—¡Seguro que sí! —le aseguró, Dick—. Pero tenemos que darnos prisa. Tres de ellos salieron a buscar comida, eso es bastante claro ahora, y no queremos que uno de los otros nos sorprenda antes de que lo hagamos. Tú escóndete en ese gran árbol de allí, y yo voy a tomar el que está justo atrás. Tenemos que estar al otro lado de él para abatirlo cuando regrese a su campamento.

—Si él no nos vence a nosotros —añadió Doc.

—No lo hará, mira: Cuando venga, estará distraído y ocupado, —mientras hablaba Dick se volvió y se dirigió en silencio a través de los árboles, bordeando el claro y manteniéndose fuera de la vista del enemigo, hasta que llegó al árbol que había elegido para sí mismo, mientras que Doc tomó una posición en otro árbol, ambos estaban en el lado más lejano del adorador del sol en relación con el campamento al que se dirigía.

Una vez que ambos estuvieron en posición, colocaron flechas con sus arcos y apuntando con cuidado dejaron que los proyectiles volaran. El asombrado Opariano, que estaba a punto de echarse el pequeño antílope a los hombros, vio de repente una flecha enterrarse en el cadáver de su presa, mientras que otra pasó cerca de él y golpeó el suelo a unos pasos más allá, temblando brevemente y quedando erguida en la tierra.

Con un súbito gruñido se volvió rápidamente, sus ojos buscando

en la dirección desde la que las flechas habían venido.

Otra flecha pasó muy cerca de él, haciéndolo moverse con incertidumbre, y cuando volvió los ojos en la dirección de la que él pensó que había llegado, otra flecha llegó desde otra dirección. Él no veía ningún enemigo, ni oía nada, solo estaban las flechas, y luego, hizo lo que Dick había estado muy seguro que haría.

Corrió hacia su campamento, dejando el antílope donde había caído.

Dick y Doc esperaron hasta que estuvo fuera de su vista, convenciéndose a sí mismos lo mejor que podían que no había otros acechando. Luego bajaron al suelo y se apresuraron a llegar al cuerpo del antílope. Rápidamente cortaron la carne que podían llevar fácilmente, recogieron sus flechas y regresaron a los árboles de nuevo.

Después de regresar por el camino que Doc había marcado antes, finalmente se detuvieron en un enorme árbol que levantaba su poderosa copa por encima de la selva circundante. Aquí Doc sugirió que comieran, y treparan lejos del suelo de la selva, donde estarían escondidos por el follaje de abajo de ellos, a resguardo de ojos inoportunos. Ahí, se encontraron con una gran rama que podía acomodarlos a los dos cómodamente.

—Caramba, —exclamó Dick—, eso fue bastante fácil, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Dick.

—Tengo un hambre terrible y me siento ahora como si pudiera comer cualquier cosa, pero sí que me gustaría que pudiéramos hacer un fuego.

Dick se echó a reír.

—Pensé que eras el tipo que había querido desgarrar la carne de su presa con sus blancos y fuertes dientes, —le recordó Doc.

—Eso se lee bien en un libro, —dijo Doc con una sonrisa enfermiza—, pero de alguna manera es diferente ahora.

—Bueno, —dijo Dick con un suspiro—: Si queremos vivir debemos comer, y aprendimos de Ukundo y Bulala que no vale la pena ser demasiado quisquilloso, así que aquí va. ¡Mejor sigue mi ejemplo!

Por un tiempo, los chicos se ocuparon en silencio, satisfaciendo los deseos de su hambre voraz. A su alrededor estaban los ruidos de la selva, los estridentes gritos de las aves de brillante plumaje, el

parloteo de los monos, el zumbido y el canturreo de los insectos. Débilmente y a distancia, en ocasiones otros sonidos, eran llevados a ellos, como el de los animales más grandes que se desplazaban a través de la maleza, pero desde su refugio, oculto por el follaje agitado suavemente, vieron poco o nada de los autores de estos miles de ruidos, ni ellos eran vistos por nadie fuera de un mono ocasional o un ave.

—Cielos, —dijo Doc, limpiándose la boca con el dorso de la mano—, esto no es tan malo después de todo, era solo el prejuicio.

—Estoy seguro que ya me siento más fuerte, —dijo Dick—. No hay nada como la buena y tradicional carne.

—Va a oscurecer muy pronto, —dijo Doc—, y si vamos a regresar al campamento de los hombres gorila, más vale que empecemos ya.

Siguiendo el camino que Doc había marcado en los árboles, los dos muchachos se movieron con cautela y en silencio en dirección al campamento de los adoradores del sol y su pequeña prisionera.

Las sombras de la noche estaban reclamando rápidamente la selva, cuando Dick y Doc finalmente se detuvieron en un árbol que se encontraba en el borde del claro, donde Gulm había plantado su campamento.

Los veinte hombres-bestia habían logrado hacer un fuego y los chicos miraban con envidia a las grotescas criaturas que se amontonaban junto a la amistosa fogata. Vieron a la niña, sentada en el tronco de un árbol caído, mirando la preparación de la carne, que uno de los cazadores habían traído al campamento. Se parecía tanto a una personificación de la desesperanza, la miseria y la desesperación, que el solo verla, hacia nudos en las gargantas de los dos muchachos mientras se fortalecía su determinación para rescatarla, si estaba en su mano hacerlo.

Con la llegada de la noche, llegó también el frío de la selva húmeda y, entonces, ciertamente los chicos envidiaban el fuego caliente de los hombres-bestia, pero solo podían sentarse allí, fríos y miserables, observando y esperando interminablemente.

Una comida de los adoradores del sol no era en ningún sentido una función ceremonial, por lo cual los chicos estaban agradecidos, ya que no se alargaba innecesariamente por formalidades.

La carne cruda de la caza, era cortada en tiras o trozos por cada

individuo, de acuerdo a su propio apetito o preferencia, se ensartaba en palos y se mantenía sobre el fuego, a veces saltaba fuera y alguien se apoderaba del bocado a medio cocinar, así que el resultado culinario era, la mayoría de las veces, un trozo de aspecto poco apetitoso de carne cruda en el centro y en partes quemada y crujiente en el exterior. Las porciones así preparadas eran desgarradas por fuertes dientes y tragadas sin masticación.

La niña era más delicada, y usaba un cuchillo que uno de los hombres le había prestado para este fin. Cortaba tiras de carne en tamaños uniformes, que ella cocinaba con mucho más cuidado de lo que lo hacían sus compañeros, y en el consumo de la comida, así como en la cocina, se manifestaba una delicadeza que por si sola la habría diferenciado de sus compañeros.

Los chicos no se atrevían a moverse para estimular su circulación por miedo a despertar la sospecha de las criaturas por debajo de ellos, así poniéndolos en guardia, y por la misma razón no conversaron más de lo absolutamente necesario y aún entonces en el más bajo de los susurros. Pero como todas las cosas deben terminar, finalmente los adoradores del sol habían aplacado su hambre, la niña había entrado en el precario refugio que habían construido para ella y los demás miembros de la partida se habían echado a dormir cerca el fuego, con excepción de uno, que estaba sentado en un tronco caído cuidando el fuego, con la evidentemente intención de mantenerlo ardiendo brillantemente en la noche, con el fin de desalentar los avances demasiado cercanos de los grandes come-hombres de la selva.

—¿Piensas que bozo se va a sentar ahí toda la noche? —preguntó Doc en un susurro—. ¡Nosotros no nos esforzamos para eso!

—Si lo hace, —respondió Dick—, no puedo ver cómo ¡Carambas!, vamos a entrar en su campamento y conseguir a la chica.

—Podemos dar la vuelta por el otro lado y arrastrarnos hasta la parte trasera de su refugio, —sugirió Doc—. Tal vez podríamos sacarla de esa manera.

—Pero suponte que piense que somos un animal tratando de llegar a ella, —sugirió Dick—. Ella podría asustarse y dar la alarma.

—Podríamos susurrarle muy bajo a ella, —dijo Doc—, y decirle

que somos sus amigos.

—¿Y si ella no entiende el Inglés?

—Nunca pensé en eso, —dijo Doc.

—No me puedo imaginar de dónde vino —musitó Dick—, pero, desde luego, entre los pocos blancos en esta parte de África hay belgas, alemanes y franceses, así como de otras nacionalidades, aparte de los Ingleses, así que ella podría ser casi cualquiera.

—No luce como una chica Inglesa, —dijo Doc—. Pienso que podría ser alemana.

—Sí, —dijo Dick—, he pensado en eso.

—Bueno, —dijo Doc—, yo puedo hablar un poco de alemán.

—¡Seguro que puedes! Puedes decir «sí» y «no» y «buenos días».

—Sé la palabra para «amigo» —dijo Doc.

—Entonces, vamos a tener que esperar la luz del día, —dijo Dick, para que puedas decir—: ¡Buenos días, amigo!

—¿Crees que eso es divertido?, ¿no? —dijo Doc.

—No me siento divertido, solo siento frío. Ojalá ese tipo se quedara dormido. Parece la clase de tipo que se duerme.

—No creo que tú te durmieras si pensaras un león podría andar cerca y agarrarte si lo hicieras, —dijo Doc—, y por eso estoy bastante seguro de que no podemos contar con que ese tipo se duerma. Lo que sea que hagamos tiene que ser hecho justo bajo de su nariz mientras está despierto; y si no podemos hacer que la chica nos entienda a tiempo para impedir que grite pidiendo ayuda, no veo cómo vamos a lograr mucho.

—La mejor oportunidad que tenemos, —dijo Dick, después de un momento de silencio reflexivo—, es hablar con ella en francés. Cada uno de nosotros sabemos el suficiente francés para sobrevivir bastante bien y casi todos los europeos, que han tenido ningún tipo de educación, tienen por lo menos nociones del francés.

—Supongo que tienes razón en eso, —aceptó Doc—, y ahora que hemos resuelto la cuestión, ¿por qué no ponerse a trabajar? No va a ser más fácil dentro de una hora, o dos horas a partir de ahora, o en cualquier otro momento de lo que es en este mismo momento.

—Eso me viene bien, —dijo Dick—, pero vamos a planificar la cosa con cuidado antes de empezar.

Y durante unos minutos los chicos se pusieron en cuclillas y continuaron la conversación en susurros.

XVIII
JUSTO A TIEMPO

ULP estaba sentado en un árbol caído mirando como el fuego que había encendido iluminaba la selva circundante, con sus llamas saltarinas, vacilantes. Su negra sombra, enorme y grotesca, bailoteaba extrañamente contra el refugio, donde *Kla*, la pequeña e involuntaria gran sacerdotisa de los adoradores del sol, estaba con los ojos abiertos y sintiéndose miserable. Ella no podía acostumbrarse a los terrores de las noches de la selva. Sabía que las grandes bestias de caza merodeaban entre las negras sombras.

El escalofriante grito del leopardo y el rugido del león, eran tan aterradores hoy como lo fueron la primera noche que ella los había oído, tampoco podía disipar completamente su miedo a los hombres-bestia en cuyas garras había caído.

Una y otra vez en su mente daba vueltas a los mismos planes para escapar, inútiles y desesperados, que había conjurado una y mil veces y mil veces abandonados, y sin embargo, una vez más, estaban en la vanguardia de sus pensamientos mientras veía la sombra de Ulp saltando y bailoteando en la frágil pared de su refugio y a Ulp contemplando el fuego, dejando que sus propios pensamientos giraran en su cerebro primitivo. En su mayor parte eran pensamientos de miedo y odio, y el objeto de ambos era Gulm. Ulp sabía que a Gulm no le gustaba, y que si no encontraban pronto un sacrificio adecuado, sería más probable que fuera Ulp quién sería permanentemente extinguido por el cuchillo de sacrificio que cualquier otro del grupo.

Ulp era horrible, grotesco, hosco, taciturno, ignorante, y vengativo, por lo general medio muerto de hambre, siempre incómodo de todo, del calor, del frío o de los parásitos. La vida no

parecía ofrecer mucho a Ulp y sin embargo, se aferraba tenazmente a ella, y la adoraba con un fervor igual a la de la criatura más favorecida de la humanidad.

En otras palabras, Ulp no quería morir, y mientras estaba allí sentado en el tronco, con la luz del fuego jugando con su torcido, cuerpo peludo y su fea cara peluda, fue tanteando a través de su mente turbia, un plan para frustrar las sangrientas intenciones de Gulm hacia él.

Si pudiera encontrar algún otro sacrificio que fuera aceptable para el Dios Llameante, sabía que Gulm estaría satisfecho, ya que, naturalmente, el sumo sacerdote no querría debilitar la fuerza numérica de su grupo, ofreciendo a sus miembros al Dios Llameante, a menos que no hubiera otra alternativa, pero no le parecía a Ulp, ni siquiera remotamente posible que pudiera descubrir un sustituto, ya que Gulm evitaba las viviendas de los nativos, a sabiendas de que su pequeño grupo de veinte, malamente armados como estaban, no tendría oportunidad contra los guerreros negros del interior.

Pero había otra posibilidad que revoloteaba en la mente de Ulp y esto estaba basado en su creencia de que el Dios Llameante no encontraría ningún sacrificio aceptable a menos que le fuera ofrecido por medio del cuchillo sacrificial, empuñado por la suma sacerdotisa. Por lo tanto, pensó, si no hay alta sacerdotisa, habría menos probabilidad de que se ofreciera un sacrificio a su deidad hambrienta. Pero cómo deshacerse de la pequeña suma sacerdotisa sin atraer sospechas y castigo sobre sí mismo, esa era la pregunta. Se volvió y miró al techo, debajo de la cual estaba la *nueva La*. En la distancia, un león rugió. Qué suerte sería, pensó Ulp, —al menos afortunado para él—, si *Numa* el león, hambriento y en busca de comida, pudiera de forma accidental ser dirigido a la parte trasera del refugio de la suma sacerdotisa.

Pensó muy seriamente en este asunto y se le ocurrió una maravillosa historia que podía decirle a Gulm en la mañana, después de que *Numa* llegara y se llevara lejos a la pequeña *Kla*.

Mientras reflexionaba en estos pensamientos y esperaba con esperanza, dos figuras descendieron de un árbol en el borde del claro y se deslizaron sigilosamente entre la maleza hacia un punto en el lado opuesto del campamento donde Ulp estaba sentado

rumiando.

Una vez más desde la negra selva rugió la voz atronadora del león. Estaba más cerca ahora y Ulp estaba casi emocionado ante la sugerencia de la posible realización de su plegaria.

Ulp no era el único que escuchó el rugido del rey, la pequeña *Kla* escuchó y se quedó rígida y temblorosa en su lecho de hierbas. Las dos figuras que se arrastraban entre la maleza lo oyeron e hicieron un alto repentino, acurrucados muy juntos, al lado del tranquilizador tronco grueso de un gran árbol.

—Caramba, —susurró Dick—, ese último rugido sonaba bastante cerca.

—Sonó demasiado cerca para mí gusto, —respondió Doc, con voz temblorosa, al menos un poco, por la emoción y la tensión nerviosa del momento—. Debe estar viniendo en esta dirección.

—Vamos a trepar a este árbol durante unos minutos, —sugirió Dick—, hasta que ese tipo haya ido a lo suyo.

—Ya lo dijiste, —susurró Doc, y los dos, con la agilidad de jóvenes monos, se subieron a las ramas más bajas del árbol bajo el cual se habían detenido momentáneamente.

Ulp se levantó lentamente del tronco sobre el que había estado sentado y se volvió hasta quedar de frente a la dirección desde donde había venido la voz de *Numa*. Entre «eso» y él, estaba el refugio de la pequeña *Kla*, la suma sacerdotisa del Dios Llameante, y sobre este refugio se posaron sus ojos.

El cerebro de Ulp no estaba diseñado para la rapidez de pensamiento, pero él había estado pensando por algún tiempo en la posibilidad, que ahora se le presentaba y la decisión que ahora le llegó no era repentina, sino más bien el resultado natural de los lentos procesos de su cerebro.

Si él no estaba equipado para pensar con rapidez, al menos si podía actuar con rapidez, y ahora lo hizo. Inclinándose, se deslizó en el refugio junto a la chica. *Kla* se sentó, un grito de terror temblaba en sus labios, pero no gritó, ya que las palabras de Ulp la tranquilizaron.

—No tengas miedo, *Kla*, —dijo—, he venido a ayudarte.

—¿Qué quieres? —Preguntó la chica—. ¿Cómo puedes ayudarme?

—Tú no quieres quedarte con nosotros, deseas escapar y volver

con tu gente ¿No es cierto? —preguntó el hombre.

—Sí, —admitió la joven.

—Entonces Ulp te ayudará. Ulp odia a Gulm, que lo iba a matar. Ulp te llevará lejos. Él no te hará daño. Él te llevará de vuelta a tu pueblo. Él lo hará esta noche.

—¡Oh, Ulp, si lo hicieras! —susurró la chica con fervor.

—¡Ven! —dijo Ulp, y él comenzó a abrir un agujero en la parte trasera del refugio.

—¿Por qué haces eso? —preguntó *Kla*.

—Te sacaré por aquí y te voy a esconder en la selva, —respondió el hombre—, yo voy a volver y decirle Gulm que un león irrumpió en el refugio y te atrapó. Gulm estará muy enojado y yo tomaré mi garrote y le diré que voy a la selva y te voy a rescatar del león, pero en su lugar voy a venir contigo y nos vamos a ir lejos. Gulm va a pensar que el león nos ha devorado a los dos y si piensa esto, no nos va a seguir y estaremos seguros.

La pequeña *Kla* creía que Ulp era sincero en todo lo que le dijo, así que lo acompañó voluntariamente a través del hueco que había hecho en la parte posterior del refugio, y juntos caminaron hacia el borde del claro, deteniéndose debajo de un gran árbol.

—Espera aquí, —dijo Ulp—, regresaré, en poco tiempo.

—Escuché rugir a un león, —dijo la niña—. Tengo mucho miedo.

—No tengas miedo, —dijo Ulp—. El león que ruge está tendido sobre su presa. No cazará de nuevo hasta que la haya consumido. Puede ser un día. Pueden ser dos días antes de que vuelva a tener hambre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kla.

—Conozco el lenguaje de *Numa*, —respondió Ulp—. Ese león estaba comiendo. Estaba advirtiendo a los demás animales de la selva que se mantuvieran alejados de su presa.

—No tardes mucho, —suplicó la niña lastimosamente.

—Hagas lo que hagas, —le advirtió Ulp—, no te muevas. Ni siquiera si piensas que un león está acercándose. Permanece inmóvil para que no pueda oírte.

—Voy a intentarlo, —respondió la chica, pero su voz temblaba de miedo.

Ulp regresó rápidamente al campamento y se sentó nuevamente

sobre el tronco. No despertó a Gulm como había prometido. Solo debía esperar hasta oír ciertos ruidos desde atrás del refugio, bajo el gran árbol que estaba en el borde del claro. Serian gritos y gruñidos. Entonces despertaría a Gulm y le diría lo que había pasado.

Una vez más la voz de *Numa* calmó las otras voces de la selva. Ulp sabía que estaba más cerca, —muy cerca, de hecho—. *Kla* lo escuchó y se quedó helada por el terror, para ella sonaba casi a su lado y sin embargo, el león no estaba tan cerca como eso, pero estaba cada vez más cerca. Ya había percibido el olor de la carne de los hombres y ahora se movía en silencio, furtivamente a través de la selva, sin tampoco levantar la voz en advertencia.

El intenso fuego de los veinte hombres-bestia bailoteaba lanzando su brillo incluso a los extremos más alejados del claro, invocando muchas figuras grotescas y oscuras para que al principio Dick y Doc no estuvieran seguros que lo que veían eran realmente dos figuras que venían del campamento hacia el árbol en el que se habían refugiado temporalmente. Podrían ser Solamente más de las sombras que se movían constantemente y a ratos mientras las llamas subían y bajaban.

Finalmente estas sombras adquirieron formas muy concretas para permitir más dudas y los chicos vieron que se trataba de un hombre deforme y que la otra era la niña cautiva.

Ellos sujetaron sus lanzas con más fuerza, y ambos estaban listos para cualquier eventualidad cuando Ulp y *Kla* se detuvieron justo debajo de ellos.

Ulp estuvo muy cerca de la muerte en ese momento ya que dos lanzas estaban preparadas encima de él y si hubiera pretendido hacerle algún daño a pequeña *Kla*, ambas se habrían enterrado profundamente en su cuerpo peludo.

Los chicos escucharon la conversación que se efectuó entre Ulp y *Kla*, pero no pudieron entender ni una palabra de ella y estaban perplejos cuando vieron al hombre regresar al campamento, dejando a la muchacha permaneciera donde estaba bajo el árbol.

Un momento después, el león rugió, y le pareció a los dos chicos que tenía que estar muy cerca de ellos y la chica sin protección que permanecía de pie en un corrillo en el suelo debajo de ellos.

—Cielos, —susurró Doc—, tenemos que ir por ella rápido, o ese

león lo hará.

Kla oyó un movimiento en el árbol por encima de ella. ¿Qué podría ser? Ella sabía que los leopardos a menudo se abalanzaban sobre su presa desde las ramas bajas de los árboles, y su pequeño corazón se detuvo.

Hubo un crujido y arañazos y dos cuerpos se posaron en el suelo a su lado. La chica gritó cuando la agarraron.

—Somos amigos —susurró Dick en francés, y luego a Doc—. Rápido, ayúdame a levantarla. Creo que el león se acerca.

Doc saltó de regreso al árbol, aferrándose a una rama baja, y Dick levantó a la niña hacia él, él la agarró por el brazo y la subió hacia arriba. Entonces Dick trepó a su lado y le ayudó, pero parecía que los dos chicos que nunca iban a conseguir jalar a la temerosa niña que gritaba, lo suficientemente alto desde el suelo para que estuviera segura.

Oyeron de repente un súbito crujido de la maleza cercana y un instante después, un gran león saltó al claro debajo de ellos. Miró hacia arriba y luego saltó, sus poderosas garras buscaban apoderarse de uno de ellos y arrastrarlo hacia abajo, pero en ese momento los chicos ya habían conseguido arrastrar a la niña fuera de su alcance y *Numa* retrocedió confundido y enojado.

Una vez más, sus rugidos atronadores rompieron el silencio de la selva, y esta vez fue un rugido de rabia y desconcierto.

Ulp, sentado en su sitio, al oír el grito de niña y el rugido enojado del león, sonrió para sus adentros. Luego se levantó y corrió a toda prisa con Gulm, sacudiendo el sumo sacerdote por el hombro.

—¡Despierta, Gulm! —exclamó.

Gulm se incorporó, sobresaltado.

—¿Qué pasa, Ulp? —gruñó.

—El Dios llameante llegó al campamento de Gulm y se llevó a *Kla* con él —exclamó Ulp emocionado.

—¿Qué es lo que dices? —demandó Gulm, poniéndose en pie y corriendo con una velocidad frenética hacia el refugio.

—Son palabras verdaderas, —insistió Ulp—. El Dios llameante vino y su luz era tan fuerte que cegó los ojos de Ulp. Con una mano, arrancó la parte trasera de la vivienda de *Kla*, y con la otra la tomó

del suelo y la llevó a la selva. *Kla* gritó, y un león rugió, y la luz de Dios Llameante se apagó, y todo quedó rápidamente en silencio.

Gulm miró a Ulp con escepticismo.

—¿Tú viste al Dios llameante con tus propios ojos? —preguntó.

—Sí, —admitió Ulp.

—¿Qué aspecto tiene? —exigió Gulm con abrupto escepticismo.

—Solo vi la luz. Era tan cegadora que me tapé los ojos con la palma de la mano.

—Entonces, ¿cómo sabes que era el Dios Llameante? —preguntó Gulm.

—Lo oí hablar —respondió Ulp.

—¿Y qué dijo?

—Él dijo: «Yo soy el Dios Llameante. He venido por *Kla*, mi suma sacerdotisa, para llevarla a mi templo en los cielos. Allá tengo muchas ofrendas que están sobre mi altar, y será *Kla* quien me las de a mí».

Gulm gruñó.

—¿Fue todo lo que dijo? —preguntó.

Ulp nunca antes había disfrutado de la emoción de la imaginación desatada. Él estaba disfrutando su entrevista con Dios, y él se sentía, como sin duda lo han hecho muchos profetas, que las revelaciones podrían cubrir las necesidades personales tan bien como la propia vestimenta.

—Oh, sí, —dijo—, el Dios llameante habló directamente a Ulp. Él le dio un mensaje para Gulm.

—¿Y cuál era ese mensaje?

—Dijo que Gulm debía construir un nuevo templo, pero que no debía ofrecer sacrificios hasta que el Dios Llameante viniera en persona a exigirlos.

Durante esta conversación Gulm se había metido en el refugio que se había erigido para *Kla* y descubrió que ella se había ido y que en su lugar había, en efecto, un gran agujero en la pared trasera. Cuando salió, se puso erecto y se rascó la cabeza.

—Pensé, que me habías mentido Ulp, pero ahora veo que me has dicho la verdad porque, realmente, está el agujero que el Dios Llameante hizo cuando robó la suma sacerdotisa.

XIX
EL TRÍO DE TARZÁN

ACURRUCADOS en el árbol sobre el furioso león, los muchachos trataron de disipar los temores de la aterrorizada niña, que estaba sollozando histéricamente.

—No tengas miedo, —dijo Doc, con dulzura—. No vamos a hacerte ningún daño.

Se había olvidado de su intención de hablar con ella en francés, pero Dick no, y repitió las afirmaciones de Doc en ese idioma.

La chica parecía estar tratando de ahogar sus sollozos para poder hablar con ellos. Sus labios formaban palabras inarticulados, pero sus sollozos jadeantes entrecortaban lo que estaba a punto de decir.

—Vamos, vamos, —dijo Dick, acariciando su hombro—, trata de dejar de llorar. Estás a salvo con nosotros. —Hablaba muy despacio y deliberadamente, buscando las palabras adecuadas y frases en francés.

—Supongo, —dijo Doc—, que incluso si ella es francesa, no será capaz de entender lo que tú estás tratando de decir en ese lenguaje.

—Bueno, suponte que tú lo intentas, entonces, sabelotodo, —replicó Dick—, aunque nunca vi que obtuvieras ninguna medallas de francés en la escuela.

—No podría hacerlo peor que tú —dijo Doc—. Si no fuera porque sabía que habíamos acordado antes en hablar francés con ella, yo hubiera pensado que estabas hablando chino.

—Eso es porque tú no eres capaz de reconocer el buen francés cuando lo oyes —respondió Dick.

Poco a poco la chica estaba consiguiendo dominar sus emociones, sus sollozos eran cada vez menos frecuentes y

finalmente ella fue capaz de hablar.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en Inglés.

Los chicos se quedaron desconcertados.

—¿Hablas Inglés? —preguntó Dick.

—Sí, —respondió la niña—, pero ¿quiénes son ustedes y qué van a hacer conmigo? —Ella hablaba el Inglés perfecto que los extranjeros bien educados usan.

—Me alegro de que seas Inglesa, —dijo Dick—. Tenía miedo de que no pudieras entendernos.

—No soy inglesa, —dijo la niña—, pero hablo inglés. ¿Quién son ustedes?

—Yo soy un chico Inglés, —dijo Dick—, y mi primo es americano. No debes tenernos miedo. Te vimos esta mañana con esos hombres y estábamos seguros de que te habían secuestrado.

—Sí, —dijo Doc—, y te hemos estado siguiendo durante todo el día con la esperanza de poderte ayudar de alguna forma y si fuera posible salvarte.

La niña comenzó a llorar de nuevo, pero ahora suavemente, había pasado su histeria.

—Por favor, no llores, —dijo Dick—. Ya te dije que no te haremos daño.

—Estoy llorando porque estoy muy feliz, —dijo la niña—. Pensé que ya no había esperanza para mí, y ahora, ustedes han venido, ¿cómo puedo agradecérselos?

—No tienes nada que agradecernos, —le aseguró Doc—, y de todos modos, es posible con nosotros estés tan mal, como estabas con esos hombres, porque no hemos estado en la selva durante mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Supongo, que lo que Doc quiere decir, —dijo Dick—, es que a veces tenemos problemas para conseguir comida, ya que no sabemos qué cosas son seguras para comer y no hemos vivido este tipo de vida el tiempo suficiente para ser buenos cazando, pero vamos a hacer lo mejor que podamos para alimentarte y protegerte mientras logramos encontrar nuestro camino a casa.

—¿Dónde está su casa? —preguntó ella.

—Estamos visitando a Tarzán de los Monos, —respondió Dick con un toque de orgullo en su voz.

—¡Oh! —exclamó la niña—, todo el mundo ha oído hablar de Tarzán de los Monos. Nunca lo he visto, pero mi padre me ha dicho que él es un buen hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Doc.

—Gretchen, —respondió la chica.

—¿Cómo fue que esos hombres se apoderaron de ti, Gretchen? —preguntó Doc.

—Un día, salí a dar un paseo en el bosque, —respondió ella—, y debo haber caminado muy lejos de la misión, porque cuando que traté de encontrar mi camino de regreso, me confundí y, supongo, que vagaba en el dirección equivocada. Estuve sola toda la noche y terriblemente asustada, y al día siguiente estos hombres me encontraron y me llevaron con ellos. Estaba aterrorizada, pero ellos no me hicieron daño, y después de un tiempo, poco a poco me fui acostumbrando a ellos, así que ya no me importaba mucho, pero aún así creo que siempre debía haber tenido miedo de ellos. Son unos hombres espantosos.

—¿Y qué iban a hacer contigo? —preguntó Dick—. ¿Te estaban reteniendo para pedir rescate? Parecen secuestradores, o algo tan bajo como eso.

—No, son una secta de adoradores del sol y me hicieron su gran sacerdotisa. Me dijeron que su suma sacerdotisa anterior, que era una chica blanca, se había vuelto en contra de su religión y los había arrojado del templo. Ellos estaban buscando un lugar para construir un nuevo templo cuando me encontraron y pensaron que el Dios Llameante me había enviado a ellos.

—Caramba, —dijo Dick—, ¿no se sentirán furiosos cuando se den cuenta que te has ido y se enteren de que te hemos robado y llevado lejos de ellos?

—Supongo que no nos haría mucho bien si nos atrapan —dijo Doc.

—Deben asegurarse de que nunca los atrapen, —dijo la niña—. Ellos hacen sacrificios humanos a su dios, y durante mucho tiempo han estado esperando encontrar a alguien para sacrificarlo.

—Cielos, —dijo Doc—, supongo que será mejor salir de aquí.

—Vamos a tener que esperar hasta que el viejo león se vaya porque ahora que tenemos a Gretchen con nosotros no podemos viajar a través de los árboles. Vamos a tener que ir por el suelo.

—Tal vez ella si pueda ir por los árboles. ¿Podrías, Gretchen? —preguntó Doc.

—Supongo que si podría, con un poco de ayuda, —dijo—. Yo siempre estaba trepando a los árboles cercanos de la misión y papá siempre me regañaba por portarme como marimacho.

—¡Muy bien! —exclamó Dick—. Creemos que es mucho más seguro ir por los árboles de lo que sería hacerlo por el suelo y creo que podemos ir bastante rápido ahora.

—Voy a tratar de hacerlo bien, —dijo Gretchen—. No quiero ser una molestia.

—Entonces, creo que es mejor que tratemos de irnos ahora, —dijo Doc—. Ese tipo que te trajo aquí despertó otra persona en el campamento. ¿Alcanzas a verlos? Uno de ellos está entrando a tu refugio. Si vienen aquí en tu busca, podrían encontrarnos.

—Ulp dijo que regresaría a buscarme. Él iba a llevarme a casa con mi gente —dijo la chica como explicación.

—Entonces, ¿por qué te dejó sola, aquí bajo el árbol? —preguntó Dick.

—Me dijo que iba a volver para contarle a Gulm una historia que lo enviaría tras una pista falsa, así que tendríamos tiempo para escapar.

—¿Preferirías esperar e ir con él, entonces? —preguntó Doc.

—No, tengo miedo de él. Es un hombre terrible, pero yo estaba dispuesta a arriesgar todo por la oportunidad de escapar.

—Yo lo vi cuando iba de vuelta al campamento, —dijo Dick—, y no fue a despertar a nadie. Se dirigió hacia un tronco y se sentó junto al fuego hasta que un león rugió. Luego, cuando volví a mirar, después de que te habíamos subido al árbol, vi que había ido a despertar a alguien más.

—Fue algo horrible y muy peligroso, —dijo Doc—, dejarte aquí sola en el suelo con ese león alrededor.

—Me dijo que el león no me haría daño, —dijo la joven—, que estaba acostado sobre su presa, alimentándose, y no estaría interesado en mí.

—Puras mentiras, —replicó Dick—. Yo no sé mucho de leones, pero apuesto lo que quieras, a que el león estaba cazando. Podíamos oír su voz cada vez más cerca cada vez que rugía.

—Tal vez quería que el león te atrapara, —sugirió Doc—. Esos

tipos parecen ser capaces de hacer cualquier atrocidad.

—Y ellos son terriblemente mezquinos, —dijo la niña—. Son peores que las bestias.

—Bueno, yo creo que él te quería muerta por alguna razón, —dijo Dick—, porque no hizo nada por volver y debe haber escuchado el rugido del león cuando saltó hacia ti, y también debe haber oído tus gritos.

—Lo que tenemos que hacer es irnos de aquí de inmediato, —dijo Doc—. Podemos platicar después, cuando estemos en un lugar seguro.

—Vamos, entonces, —dijo Dick, y poco a poco los tres se abrieron paso a través de los árboles, los dos muchachos ayudando y apoyando a la chica.

Era un trabajo muy lento en la oscuridad, pero debido al león no se atrevieron a bajar al suelo, y debido a la proximidad del campamento de los adoradores del sol no se atrevían a permanecer ahí hasta la mañana. Sabían que si podían avanzar incluso una corta distancia podrían estar más seguros y así se deslizaron lentamente a través de la noche, hasta que, finalmente, el primer rayo del alba coloreó el cielo oriental.

Cuando la luz del día por fin llegó a los chicos vieron a la niña examinarlos muy de cerca y pareció complacida con el resultado de su examen. Se habían detenido de nuevo para descansar, lo cual habían hecho con frecuencia durante la noche; esta vez en un gran patriarca muy viejo, en una enramada en la selva, adornado con musgo y grandes enredaderas.

Fue aquí que la plena luz del día cayó sobre ellos y la chica miró a los rostros de los chicos y sonrió con alegría.

—Estoy feliz, —dijo—. Pensé que nunca estaría feliz otra vez. No se pueden imaginar lo terrible que fue estar con esos horribles hombres y lo bueno que es estar con gente de mi propia especie, donde me siento segura.

—Bueno, —dijo Doc—, nos alegramos de que estés feliz, aunque me temo que tendrás que estirar mucho tu imaginación si tienes la intención de seguir pensando que eres feliz.

—¿Por qué? —preguntó la chica.

—Porque, en primer lugar, es posible que tengas tanta hambre como nosotros, y, en segundo lugar, porque no sabemos cuánto

tiempo nos veremos obligados a vagar por la selva.

—¿Por qué dices que podemos tener que estar en la selva mucho tiempo? —preguntó ella.

—Debido a que estamos perdidos, —admitió Doc.

Gretchen se rio en voz alta entonces.

—¿Qué te hace reír? —preguntó Dick.

—Oh, solo que me parece gracioso que mis rescatadores ahora tengan necesidad de ayuda, y que estén perdidos ellos mismos —respondió ella.

—Bueno, no es culpa nuestra, —dijo Dick—, y si prefieres volver con los otros hombres…

—¡Oh, no! —exclamó ella—. Saben bien que no quiero hacer eso. No era mi intención burlarme de ustedes, pero es divertido, ¿no?

—Bueno, supongo que sí, —admitió Doc con embarazo—, pero, después de todo, estar perdido no es lo peor…

—¿Por qué?, ¿hay algo que no me hayan dicho? —preguntó ella.

—No, —le aseguró Doc—. Ya te lo habíamos dicho. Es la cuestión de los alimentos.

—He vivido en la selva, casi toda mi vida. Mi padre es misionero y un gran amante de la naturaleza. Él me ha enseñado muchas cosas sobre las plantas de la selva. Sé lo que es seguro para comer y lo que no es seguro, por lo que no tendremos que preocuparnos mucho sobre la comida. Vamos a tener suficiente, al menos para mantenernos con vida, aun si no es apropiada para un rey.

—¿Ves alguna cosa por los alrededores que pudiéramos comer? —preguntó Dick—. Los dos estamos muriéndonos de hambre.

—Sí, hay frutas, y verduras, y huevos; a menos de cincuenta metros de nosotros, al menos veo nidos de pájaros.

Siguiendo las indicaciones de Gretchen los chicos trajeron las frutas y raíces que ella les señaló y de varios nidos reunieron suficientes huevos para hacer un desayuno bastante satisfactorio.

XX
LA EMBOSCADA

CONFORME el nuevo día avanzaba, Gulm y los sacerdotes menores terminaron su escaso desayuno y reanudaron su marcha hacia el nuevo sitio para el templo que Blk había descubierto y hacia el que había estado guiándolos.

Con el paso de las horas desde la desaparición de *Kla*, Gulm había tenido tiempo de pensar en la historia de Ulp más cuidadosamente y encontró que con la debida reflexión, ciertas vagas sospechas persistían, obstaculizando sus pensamientos. Tal vez esto pudiera haber sido en parte, debido a su antipatía por Ulp, así como al hecho de que el acontecimiento había alterado sus planes para perpetuar, en una nueva ubicación, los antiguos ritos y ceremonias de su culto, que dependía principalmente de la existencia de una suma sacerdotisa para gobernarlos, y cuya palabra sería ley para los sacerdotes menores. Una sacerdotisa blanca que los asombrara.

En emulación de Cadj, el difunto sumo sacerdote, que había gobernado Opar por medio de «*La*», Gulm se había propuesto gobernar la nueva ciudad que estaba a punto de fundar, a través de la «*nueva La*».

El Dios llameante, o, tal vez, (lo que él estaba más inclinado a creer), un Ulp mentiroso habían puesto todos sus planes en nada. Cuanto más pensaba en el asunto, menos probable le parecía que el Dios Llameante se apareciera en persona a un sacerdote menor, en lugar de a Gulm mismo, y así fue un hosco, Gulm sospechoso quien condujo a sus seguidores por el camino indicado por Blk.

Los gemelos de Tarzán estaban cansados, y aunque lo estaban, no se atrevían a detenerse para tomar un largo y merecido descanso

hasta que hubieran puesto más distancia entre ellos y los adoradores del sol y por lo tanto, una vez que su hambre estuvo satisfecha, se pusieron de nuevo en marcha, en la dirección hacia la que, creían, estaba el calvero y la casa de Tarzán.

Gretchen, aunque muy cansada, intentaba valientemente mantener el ritmo de los chicos para no resultar una carga para ellos, pero era necesario que alguno de los dos la ayudara a mantener el equilibrio y la ayudara a moverse a través de los árboles, con el resultado de que su progreso era lento, tan lento que tanto Dick y Doc pronto se dieron cuenta de que si los adoradores del sol les perseguían, sus posibilidades de escapar eran un caso perdido.

—Cielos, —dijo Doc—, esta vieja selva debe ser tan grande como todo el estado de Nueva York. Pero, casi me parece como si deberíamos estar llegando al final de ella muy pronto.

—¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta? —preguntó Gretchen.

Doc negó sacudió la cabeza.

—Ese es justamente el problema, —admitió—. Creemos que vamos en la dirección correcta, pero no lo sabemos con certeza.

—Verás, —explicó Dick—, entramos en la selva con Tarzán y ninguno de los dos prestó atención a la dirección. Luego Tarzán se fue, y llegó esa terrible tormenta y lo primero que nos dimos cuenta es que todo estaba revuelto y lucía extraño y desconocido, y no estábamos seguros de las direcciones, excepto hacia arriba y abajo.

—Y además, —dijo Doc—, estoy bastante seguro de que cuando vamos a través de los árboles, es imposible para nosotros ir en línea recta, y más de la mitad del tiempo no vemos el sol, incluso cuando esta brillando, así que no hay nada que nos guíe.

—Ustedes probablemente podrían salir bien de aquí si no fuera por mí, —dijo Gretchen.

—No digas eso —dijo Dick, Galantemente—. Por el contrario, hubiéramos podido morir de hambre antes de encontrar el camino de salida, si no fuera por ti.

—Me alegro que yo pueda ser de alguna ayuda, —dijo Gretchen —, pero sé lo que lo que los chicos piensan de las chicas. Tengo dos hermanos.

—Bueno, —dijo Doc, cándidamente—: Nunca pensé que una

chica fuera muy buena para algo como esto, pero estoy seguro que he cambiado de opinión ahora. Porqué, eres tan buena como un chico en la forma en que trepas y todo…

—Y sabes mucho sobre la selva, también, —dijo Dick—. Estoy muy contento de que te encontráramos.

—Ustedes no están ni la mitad de contentos de lo que yo estoy, —dijo Gretchen—. Me provoca miedo cada vez que pienso en Gulm y los otros y las cosas terribles que hablaban, y los horribles planes sobre lo que harían una vez que su nuevo templo hubiera sido construido.

—¿Qué iban a obligarte a hacer entonces? —preguntó Doc.

La muchacha se estremeció.

—Sé que esas criaturas ofrecen seres humanos en los sacrificios a su dios, —dijo—, y yo, como su alta sacerdotisa, tendría que haber hecho la ofrenda.

—¿Ellos iban a hacer que mataras a la gente? —preguntó Doc con voz atemorizada.

La niña asintió con la cabeza.

—¡Qué horribles criaturas! —exclamó Doc.

Durante un tiempo, continuaron moviéndose en silencio y pero a cada momento era más evidente para los chicos que la niña había casi llegado al límite de su resistencia. No podría soportar mucho más tiempo.

—Aquí hay otro sendero, —dijo Dick, quien iba a la cabeza—. Sigue la misma dirección en la que vamos. Creo que deberíamos bajar al suelo y tomarlo con calma por un rato.

—Podemos avanzar mucho más rápido por el suelo —dijo Doc.

—Y tan pronto como veamos que es seguro, podemos encontrar un buen lugar para ocultarnos y descansar un poco, —agregó Dick, en señal de aprobación.

—Lo que tú digas, —dijo Gretchen, con cansancio mientras se abrían camino hacia abajo.

Los chicos la ayudaron en su descenso hacia el suelo y los tres se pusieron en marcha a lo largo del amplio sendero bien marcado, que serpenteaba entre la vegetación de la selva por delante.

Los tres encontraron que el cambio se realizo con toda tranquilidad, y con su velocidad incrementada sus espíritus se relajaron. Eran tan felices como si fueran en la dirección correcta,

aunque no era así. Doc tenía razón cuando dijo que no podían moverse a través de los árboles en línea recta. Habían hecho un gran círculo y cuando bajaron al sendero, en realidad estaban regresando en la dirección por la que habían venido.

Pero tal es la confianza de los jóvenes, que incluso se reían de vez en cuando, mientras iban charlando constantemente, a través de los frondosos pasillos de hojas del bosque.

Blk, quien iba a pocos pasos adelante de Gulm y los sacerdotes menores, se detuvo bruscamente, levantando una mano como advertencia. Gulm escuchó, aguzando el oído hasta que sus orejas parecían casi pinchar hacia arriba como los de una bestia. Llegando a sus oídos, aunque débilmente, oyó el sonido de voces y algunas notas de risas.

Volviéndose rápidamente, Gulm hizo una señal a los demás y como por arte de magia, los veinte hombres-bestia se fundieron en la maleza circundante.

Dick se detuvo y miró a Doc, que se había quedado atrás.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Recogiendo algunas de estas hierbas para sujetar la punta de mi lanza, —respondió Doc—. Se ha aflojado. Vayan por delante, yo los alcanzarle en un momento.

—No te quedes demasiado atrás, —dijo Dick.

Sin volver a mirar nuevamente hacia atrás, y absortos en su camino, Dick y Gretchen reanudaron su marcha a lo largo del camino, mientras que Doc se quedaba detrás, tratando de enrollar firmemente la dura, hierba fibrosa de la selva sobre el extremo partido del asta de la lanza en la que estaba la punta.

Ocupado con su trabajo, caminaba más lentamente de lo que creía, quedando cada vez más y más lejos, detrás de sus compañeros.

Dick y Gretchen siguieron caminando hacia adelante. Tal vez estaban animados y eufóricos porque la facilidad de su marcha parecía presagiar una pronta liberación de la imponente oscuridad de la selva.

Dick recordó que Tarzán y Doc habían entrado en la selva con el león dorado sobre un sendero similar, y sus expectativas eran tantas que estaba dispuesto a creer que se trataba, en efecto, el mismo camino que habían recorrido antes con el hombre mono y *Jad-bal-*

ja.

—¿Sabes, —le dijo a Gretchen—, que es la primera vez desde que nos perdimos que me he sentido completamente seguro de que vamos por el camino correcto y que nuestros problemas son de tiempo?

—Espero que estés en lo correcto, —dijo Gretchen. Pero súbitamente lanzo un grito de terror y se volvió y lo agarró del brazo.

—¡Oh, Dick, mira! —gritó, y al mismo tiempo los veinte hombres-bestia surgieron de entre los matorrales y se apoderaron ellos.

Blk atrapó a Dick y lo desarmó, mientras que otro agarró a Gretchen y la separó de su compañero.

Por el camino detrás de ellos, Doc escuchó el grito de Gretchen y las voces guturales de los hombres gorila.

—¡Dick! —gritó—, ¡oh, Dick! —y comenzó a correr por el camino tratando de alcanzarlos.

Dick pensó rápidamente. Se dio cuenta de que eran prisioneros y estaban indefensos y que si permitía que Doc corriera a la emboscada, todo estaría perdido, ya que él, también, quedaría inmediatamente detenido y desarmado.

—¡Regresa, Doc! ¡Regresa! —Grito a todo pulmón—. Los adoradores del sol nos han atrapado. Puedes ayudarnos mejor si no te cogen, también. Sube a los árboles.

—¡Rápido!, —exclamó Gulm a sus compañeros—. ¡Hay más de ellos, Vayan y captúrenlos!

Instantáneamente una media docena de los sacerdotes menores comenzó a correr por el sendero en la dirección de donde había venido la voz de Doc. Uno de ellos, más veloz que sus compañeros, alcanzó a ver Doc mientras se balanceaba en las ramas bajas de un árbol inclinado, y el sacerdote lo siguió como un mono.

Doc, ya cerca del agotamiento físico, huyó tan rápido como pudo, pero cada vez que miraba hacia atrás se daba cuenta de que el poderoso hombre-gorila lo estaba alcanzando.

Muy pronto todo habría terminado. En un momento más, la criatura estaría sobre él, ya sea para derribarlo con su pesado garrote o para llevarlo de regreso como prisionero y un prospecto de sacrificio.

Como una bestia acorralada, Doc dio vuelta en un hueco. Se detuvo, permaneciendo parado en las ramas de un gran árbol, con los pies firmemente plantados en la áspera corteza de dos poderosas ramas, y con la espalda contra el enorme agujero.

El hombre retorcido se balanceaba hacia él. Los pequeños y enrojecidos ojos, muy juntos, estaban mirando a través del pelo enmarañado que cubría el rostro bestial. Los gruesos labios estaban entreabiertos, mostrando los colmillos de combate, solo un poco menos temibles que los de un gorila, y de la garganta de la criatura salían rugidos, sonidos bajos y gruñidos destinados a intimidar a su víctima.

Doc sacó rápidamente una flecha de su carcaj y la colocó en su arco. El hombre-gorila, sintiendo sus intenciones, emitió un rugido desafiante y blandió su garrote, para lanzarlo a su enemigo, pero su gesto de defensa llegó demasiado tarde.

La cuerda del arco vibró y la flecha aceleró directamente a su blanco.

Con un espeluznante grito, el sacerdote menor agarró las plumas de la flecha que sobresalía de su pecho, y un momento después cayó de la gran rama sobre la que había saltado, luego, en un colapso repentino, se precipitó de cabeza al suelo de la selva.

XXI
LLENO DE DESESPERACIÓN

UN hombre blanco demacrado, acompañado de una veintena de negros, avanzaba tenazmente, con dificultad, a lo largo de un sendero de la selva. Su ropa estaba desgarrada y sucia, su carne marcada por muchas implacables espinas. Grandes círculos oscuros se veían bajo sus ojos que estaban llenos de angustia de tortura espiritual y de desesperanza.

Dos negros, que iban como avanzada, adelante del resto de la partida, se detuvieron para un momentáneo descanso, y los otros, se acercaron, uniéndose a ellos.

—¿Todavía no hay señales, Natando? —preguntó el hombre blanco a uno de los negros que habían estado a la cabeza de la larga procesión.

—No, Bwana, —respondió Natando—, desde la gran lluvia no hemos visto ninguna pista.

—Hasta entonces los seguimos con facilidad, —dijo el hombre blanco—. Durante la lluvia deben haber dado vuelta en una nueva dirección. Quizás debamos volver sobre nuestros pasos hasta llegar a los rastros de nuevo. No podemos vagar sin rumbo por esta selva.

—¡Miren! —susurró uno de los negros en voz baja y asustada. Estaba señalando con el brazo en el camino por delante de ellos.

Todos los ojos se volvieron en la dirección indicada por el tembloroso dedo índice del nativo.

Justo delante de ellos, majestuosamente visible en un marco de verdor frondoso, donde el sendero doblaba fuera de la vista, vieron a un gran león del bosque de melena negra mirándolos fijamente.

El hombre blanco y cuatro o cinco de los otros estaban armados con rifles algunos de ellos amontonados en trípodes. En la selva,

uno tiene que estar siempre preparado.

—No disparen, —dijo el blanco—, a menos que venga hacia nosotros. Si lo herimos, él atacará, pero si no disparamos, tal vez se vaya.

Se quedaron así por un momento, el león mirándolos fijamente, y luego, ante el asombro de la pequeña partida, un hombre blanco casi desnudo apareció del otro lado del recodo del sendero y se detuvo junto al hombro del león.

El hombre, también, los miró en silencio durante un momento, y luego alzó la mano con la palma hacia ellos y se dirigió a ellos en uno de los dialectos bantúes más comunes.

—Dejen sus rifles, —dijo—, yo soy Tarzán de los Monos.

Con un suspiro de alivio, el hombre blanco y sus seguidores bajaron sus armas al tiempo que Tarzán, con *Jad-bal-ja* en sus talones, se acercaron a ellos.

—¿Quién eres? —preguntó, deteniéndose ante el hombre blanco.

—Soy el Doctor Karl von Harben, misionero de la región de Urambi, —respondió el hombre blanco—. Y soy un hombre de paz.

—He oído hablar de usted, Doctor, —dijo Tarzán—, y del buen trabajo que están haciendo entre la gente. ¿Qué lo trae por aquí?

—Una gran desgracia, —contestó von Harben—. Hace dos meses mi hija fue raptada. Al principio pensamos que se había extraviado en la selva y que había sido atacada y asesinada por animales salvajes, pero después de varios días de búsqueda encontramos su rastro y vimos que estaba en compañía de un grupo de hombres, o por lo menos supongo que son hombres, aunque sus huellas más bien se parecen a las de los gorilas. Sin embargo, sabemos que hicieron fuego y cocinan su comida, y así que supongo que son miembros de una raza inferior en la escala de la evolución en vez de seres humanos de verdad. Usted puede imaginar mis temores.

Tarzán asintió con la cabeza y escuchó en silencio mientras el hombre continuó con su historia.

—Fue algún tiempo después del rapto que encontramos su pista y mientras ellos se movían, nosotros los seguimos, tan rápido como pudimos, pero no pudimos alcanzarlos, y luego una gran tormenta borró todos los signos de su rastro, y no hemos sido capaces de encontrarlo desde entonces, —concluyó el misionero.

—Estamos en misiones similares entonces, —dijo Tarzán—, porque yo estoy buscando dos chicos que están perdidos en la selva. Hace dos días los dejé, para investigar un rastro de olor que había despertado las sospechas de mi león, dejándolo para proteger a los chicos. Antes de descubrir la causa de su nerviosismo, se desató la tormenta y cuando regresé al lugar en que había dejado a los chicos, ellos ya habían desaparecido, no hemos sido capaces de encontrar su rastro, ya que, ellos deben haberse movido lejos a través de los árboles, mientras todavía seguía lloviendo. Es muy posible que el rastro de olor que perturba *Jad-bal-ja* haya provenido de la partida que secuestró a su hija, ya que era obvio para mí que él olor es de alguna criatura cuyo aroma es totalmente desconocido, o bien el de un enemigo. Él no hubiera reaccionado como lo hizo con el rastro de olor de cualquier criatura nativa de esta parte de la selva.

—Tal vez fuimos nosotros el olor que detectó, —sugirió von

Harben.

—Es posible, —respondió Tarzán—, pero lo dudo, ya que hemos estado conscientes de su presencia desde hace algún tiempo y el viento ha estado trayendo su olor lo largo de su rastro, más aun, en ningún momento ha mostrado la excitabilidad nerviosa como lo hizo hace dos días, la primera vez que captó el olor que lo perturbó.

—Unamos nuestras fuerzas, —dijo von Harben—, y busquemos juntos a los dos chicos y mi niña.

—Si *Jad-bal-ja* y yo no podemos encontrarlos, —respondió Tarzán—: Entonces no pueden ser encontrados. Puedo ver por su aspecto que está al borde del agotamiento. A un kilómetro de aquí hay un claro abierto en el bosque a través del cual corre un pequeño arroyo. Vaya allí con su gente, hagan un campamento y descanse, mientras que *Jad-bal-ja* y Tarzán buscan a su hija.

—Pero ¿no podemos ayudar? —insistió von Harben.

Tarzán meneó la cabeza.

—Todo lo que usted puede hacer es seguir los senderos y no sabe qué camino seguir para encontrar a su hija. Si el rastro de olor fuera fuerte en la nariz, usted no podría reconocerlo, y luego, cuando yo y *Jad-bal-ja* lo encontremos tendríamos que buscar de nuevo por usted. No, acampen como les he dicho, y permanezcan allí hasta que tengan noticias mías. Ya que *Jad-bal-ja* hará su recorrido por tierra a través de la maleza donde hay senderos, yo viajaré a través de las ramas de los árboles. Ningún rastro de olor, aun uno muy débil, puede escapar de nosotros. Vamos a hacer un gran círculo, *Jad-bal-ja* va en una dirección, y yo en otra y todo lo que se encuentre dentro de ese círculo lo sabrá uno o el otro. Así, en un día vamos a buscar en un territorio que ustedes no podrían cubrir en semanas.

—Tal vez tenga razón, —dijo von Harben—. Voy a hacer lo que usted dice, pero al menos mis oraciones por el éxito van a acompañarlo.

El hombre mono se volvió hacia el gran león y dijo algunas palabras que ni los negros ni los blancos podían entender. El gran felino se volvió y con la cabeza baja entró en la maleza, mientras que Tarzán brincó a una rama sobresaliente y en un instante los dos habían desaparecido de la vista de la partida de von Harben casi como si hubieran disuelto en el aire.

Gulm no gastó ni tiempo ni esfuerzos para capturar Doc, sino que dejando al sacerdote muerto en el lugar que había caído, siguió adelante hacia el nuevo sitio del templo que Blk, que los guiaba, le aseguró que estaba ahora muy cerca.

Gretchen y Dick, estrechamente vigilados, marcharon desconsolados con sus captores.

—Caramba, —dijo Dick, en ese momento—, parece que tenemos toda la mala suerte del mundo.

—Nada peor podría haberte pasado a ti, Dick, —dijo Gretchen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Es igual de malo para ti.

—Oh, Dick, tienes que escapar. ¡Tienes que hacerlo! ¡Debes hacerlo! —gritó frenéticamente.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó.

—¡A mí no van a matarme!, —respondió ella.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que tienes que escapar antes de llegar al sitio del nuevo templo. No importa lo que pase, ni qué riesgos debas correr, no debes dejar que te lleven allí.

—Creo que entiendo, —dijo Dick—, pero si me escapo de ellos, tú vienes conmigo.

—No, —dijo ella—, serás muy afortunado si puedes conseguir huir solo. No puedes hacerlo en absoluto si tienes que pensar en mí. No me consideres. Estoy segura que no me van a matar y algún día mi padre me encontrará. Sé que nunca dejará de buscarme hasta que me encuentre. Así que si ves la más mínima oportunidad, debes aprovecharla y escapar.

Dick sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de tipo crees que soy? ¿Qué clase de tipo sería yo, —preguntó—, si me escapara y te dejara con ellos? No, yo no podría hacer eso.

La chica negó con la cabeza y suspiró.

—Por favor, entiende lo que te estoy diciendo. No quiero estar sola con ellos, —dijo ella—, pero, ya sea que te escapes, o que dejes que te lleven al lugar del templo, será exactamente lo mismo para mí. Estaré sola con ellos en cualquiera de los casos y prefiero saber que estás vivo, que sentir siempre que yo fui la causa de… de la cosa que sé debe seguir si estás con nosotros cuando lleguemos al lugar donde el nuevo templo será construido.

Moviéndose con cuidado a través de los árboles detrás de ellos, Doc siguió a los hombres-bestia y a sus cautivos. En su mente estaba considerando muchos planes de rescate, pero en vista de la superioridad numérica con que se enfrentaba, cada plan parecía absolutamente inútil y condenado de antemano al fracaso.

Contó sus flechas. Había dieciséis de ellas y había contabilizado diecinueve adoradores del sol. El plan que este cálculo sugería parecía ofrecer una razonable posibilidad de éxito, como cualquiera de los que se le habían ocurrido después de exprimir su cerebro al máximo.

Él se había estado moviendo con mucha cautela, manteniéndose fuera de la vista de los miembros más retrasados de la partida de Gulm, pero ahora avanzaba con mayor rapidez, con el consiguiente riesgo de detección para poder estar más cerca de su presa. ¡No había nada como intentarlo!

Doc se estaba volviendo muy hábil en el uso de su arco y se trasladaba a través de los árboles, ahora con mucho mayor facilidad de lo que lo hizo la primera vez que lo intentó. No fue difícil para él para encajar una flecha mientras se movía a través de las ramas de un árbol particularmente grande que le daba un excelente punto de apoyo. Por debajo de él, y solo unos pocos metros de distancia, caminaba el sacerdote que cerraba la marcha de la procesión. Doc se detuvo y tensó su arco.

El sacerdote gritó y cayó sobre su rostro, y en el mismo instante Doc saltó rápidamente hacia atrás, detrás del follaje del árbol y se movió rápidamente hacia la selva por unos cien metros.

Gulm y los sacerdotes menores se volvieron cuando el grito de su compañero les sorprendió al darse cuenta de su propio peligro.

Miraron con horror la flecha que sobresalía entre los hombros del hombre caído.

—Es el otro, el que se escapó —dijo Gulm con enojo.

Se volvió hacia Ulp.

—Así que el Dios llameante llegó en la noche, ¿no es así?, y se llevó a Kla lejos de nosotros, ¿no es así? —gritó—. Me mentiste, Ulp, y morirás por eso.

—Yo no mentí, Gulm, —dijo Ulp, malhumorado—. Yo te dije la verdad. El Dios Llameante vino y me habló y yo te he dicho lo que dijo. Que estaba contento con nosotros, lo prueba el hecho de que él

no solo nos devolvió nuestra alta sacerdotisa, sino que también nos ofreció dos sacrificios, además. ¿Es su culpa que hayamos capturado, solo uno de ellos? ¿Es mi culpa? Si tú hubieras capturado a los dos, Gulm, esto no habría sucedido. El Dios llameante nos está castigando, no por lo que yo hice, sino por lo que no hiciste tú.

—Muy bien —dijo Gulm—, tú vas a caminar detrás del resto de nosotros, así podrás capturar al otro sacrificio, si regresa, —y con un gruñido repentino Gulm reanudó la marcha.

XXII
ATACANDO POR LA RETAGUARDIA

A Ulp no le gustaba la idea de marchar en la parte trasera del grupo, con la espalda continuamente expuesta a las flechas de un enemigo invisible. Él volvía su cabeza con tanta frecuencia para mirar detrás de él que ya le dolía el cuello, y luego se daba vuelta y caminaba de espaldas por un tiempo hasta que los otros quedaban tan lejos de él que se asustaba y daba media vuelta y corría rápidamente para alcanzarlos.

Mientras tanto, a través de los árboles, detrás de él, venía un chico americano y ahora solo había dieciocho enemigos delante de él y tenía dieciséis flechas en su aljaba, ya que había bajado al sendero después de que los adoradores del sol se habían ido y recuperó la flecha del cuerpo de su segunda víctima.

Era un trabajo sombrío y terrible para Doc, que nunca en su vida había querido matar a nadie, ni tampoco deseaba hacerlo ahora. Fue solo la dura necesidad, inducida por el peligro que amenazaba a Dick y Gretchen, lo que lo impulsó a emprender el trabajo forzado que odiaba con toda su alma y corazón.

El bosque era menos denso ahora conforme la partida avanzaba y la maleza menos gruesa. El sendero llevaba constantemente a un terreno más alto, y en ese momento Dick y Gretchen veían colinas asomando delante de ellos.

Blk los llevó a la boca de un barranco, que se elevaba abruptamente hacia arriba en las colinas. Los grandes árboles de la selva desaparecieron y, en algunos lugares, la maleza cedía por completo su puesto a las formaciones rocosas que no eran propicias para la vegetación.

Doc, llegando al borde de la selva, observó el paisaje delante.

De una mirada, vio que los árboles estaban demasiado dispersos para ofrecerle una vía continua por encima del suelo, y había muchos lugares donde la maleza era demasiado escasa como para permitir algún refugio suficiente para él. Pero, a la izquierda de la quebrada, había una montaña escarpada con una pendiente suave, cubierta de grandes rocas, que parecía ofrecerle la mejor oportunidad para ocultarse y el camino más fácil para mantener la cantera a la vista.

Ulp había alcanzado a sus compañeros y los seguía de cerca, caminando detrás de ellos, mientras Doc trepaba hacia arriba entre las rocas hasta la cima de la montaña. Allí encontró un sendero de caza bien marcado a lo largo del cual se podía mover con facilidad y, también, podía mirar hacia abajo del barranco a la pequeña partida.

Aquí había otra oportunidad. Una vez más el arco vibró y él se dejo caer al suelo ocultándose al abrigo de un gran peñasco, Ulp emitió un grito espantoso y cayó al suelo.

Gulm estaba furioso, no porque Ulp hubiera muerto, sino en parte porque le había sido robado un sacrificio destinado al Dios Llameante, y en parte porque se daba cuenta de la amenaza para todos ellos de este enemigo invisible, que permanecía tenazmente a sus espaldas desde donde podría escogerlos uno por uno a sus anchas, mientras estaban indefensos.

—¡Es la ira del Dios Llameante! —exclamó—. ¿Cuánto falta para el sitio del templo, Blk?

—Ya casi estamos ahí —respondió el guía.

—Está bien, —gruñó Gulm—. Tenemos que ofrecer un sacrificio para apaciguar la ira del Dios Llameante —y sus ojos se posaron sobre Dick.

Gretchen escuchó y comprendió. Se volvió implorante a su compañero.

—¡Oh, Dick! —imploró, y su voz era casi un sollozo—. Tienes que escapar de inmediato. No hay tiempo que perder. Si alguna vez llegamos al sitio del templo, estás perdido.

Una flecha, acelerando silenciosamente, se clavó en la pierna de Gulm, provocando un grito de dolor y rabia. Arrancó el misil de su carne, y sus ojos buscaron la dirección de donde había venido.

Entonces, intempestivamente, y solo por un momento, Doc se

vislumbró en la cima de la colina, y luego el muchacho se puso de pie, revelándose claramente a todos ellos.

—No pierdas la esperanza, Dick, —gritó—, y búscame esta noche. Voy a tratar de encontrar la manera de rescatarlos a ti y a Gretchen esta noche. Estén preparados.

—Será demasiado tarde, Doc, —gritó Gretchen—. Si Dick no es salvado en los próximos minutos, nunca lo será.

—Voy a hacer todo lo que pueda, —gritó Doc. Sin decir más, puso inmediatamente otra flecha en su arco. Lo movió rápidamente en dirección de los oparianos y otro sacerdote se desplomó, llevándose las manos a la garganta perforada.

Con una voz que sonaba como el gruñido de una bestia, Gulm emitió órdenes para seis de sus seguidores, impulsándolos a la acción.

—¡No dejen que ese niño acabe con nosotros! Vayan por él, —

exclamó—. ¡Tráiganlo, vivo si es posible, pero tráiganlo, vivo o muerto!

Doc estaba poniendo otra flecha en el arco, cuando vio a los seis empezar a trepar rápidamente por el lado empinado barranco. Estaban muy juntos y ofrecían un excelente blanco, y de pronto le llegó una inspiración. Todo a su alrededor eran piedras de diferentes formas y tamaños y en ellas vio potenciales armas de destrucción que podrían ser utilizadas para llevar a cabo su propósito, mientras que conservaba sus pocas flechas restantes.

Vio justo tras él una piedra, grande y redondeada, que empujo y presionó con el hombro hasta que cedió, y luego la fue guiando por el borde de la colina justo encima de los seis oparianos, que subían para capturarlo o matarlo. No esperó a que la roca los golpeara, sino que de inmediato se apoderó de piedras más pequeñas y las lanzó hacia su enemigo.

Los sacerdotes trataron de salir del camino de la roca que caía, pero había cobrado tal impulso y caía tan rápidamente que estaba sobre ellos antes de que pudieran eludirla. Golpeó a uno de ellos de lleno en el pecho, derribándolo hacia atrás, y aplastándolo, y luego siguió su camino hasta el fondo del barranco, mientras que el cuerpo de su víctima, rodando y tropezando, saltaba grotescamente en su caída.

—¡Buen chico, Doc! —gritó Dick—. Dales otro como ese.

Los cinco sacerdotes restantes vacilaron, cubriéndose con sus garrotes y sus antebrazos, de las piedras más pequeñas que Doc lanzaba sobre ellos.

Estaban empezando a regresar, bajando lentamente, cuando la voz de Gulm se levantó en un poderoso bramido.

—¡Sigan! ¡Sigan! —exclamó—. Si alguien vuelve sin él, será el primer sacrificado al dios llameante. ¡Obedezcan a su sumo sacerdote o mueran!

Sabiendo que el mandato de Gulm no era una amenaza vana, los cinco trepaban hacia arriba enfrentando el bombardeo de Doc hasta que el muchacho se dio cuenta de que algunos de ellos, al menos, iban a alcanzar la cima, y su captura estaría asegurada.

Les envió una flecha de despedida y luego huyó, incluso antes de ver su efecto, mientras que otro sacerdote rodaba hacia atrás, hacia el fondo del barranco. Doc saltaba rápidamente bajando por la

montaña hacia la selva donde sabía que tendría mejor oportunidad de eludir a sus perseguidores entre las ramas de los grandes árboles.

Los cuatro sacerdotes menores, que habían conseguido llegar a la cima, siguieron a Doc hasta que el follaje de la selva lo ocultó de su vista, y luego se detuvieron, refunfuñando.

—Si vamos allá tras él, —dijo uno—, no regresaremos vivos. Nos cazará con sus flechas.

—Y si regresamos con Gulm, vamos a ser sacrificados al dios llameante —dijo otro.

—Hay cuatro de nosotros, —dijo un tercero—. ¿Por qué dejamos que Gulm nos ofrezca en sacrificio? ¿Quién lo hizo sumo sacerdote? En Opar no era más que un sacerdote menor como nosotros. Hay cuatro de nosotros. Vamos a volver y decirle Gulm que la criatura escapó, y antes que permitirle sacrificar a alguno de nosotros, lo mataremos.

—Si, —dijo el cuarto—. ¿Quién es Gulm para ser sumo sacerdote o tomar nuestras vidas si no queremos?

Así, de acuerdo, los cuatro volvieron atrás hasta el barranco y Doc, aliviado, los vio partir.

Después de que se hubieron perdido de vista, descendió hasta el suelo y los siguió. Al seguir a lo largo del fondo del barranco esperaba recuperar algunas de las flechas que había gastado, ya que estas eran realmente preciosas, y entonces esperaba ascender hacia la cresta en el lado derecho del barranco, que según había descubierto desde la cima del lado opuesto, se adaptaba mejor a sus propósitos, ya que bajar al fondo barranco precipitadamente para escalar en búsqueda de él, sería difícil para los adoradores del sol dándole así una mejor oportunidad de atacar con seguridad.

Tan pronto como los cuatro sacerdotes, que habían logrado llegar a la cumbre en busca de Doc, desaparecieron, Gulm reanudó la marcha por el desfiladero escarpado y rocoso.

—¿Vas a tratar de escapar, Dick? —preguntó Gretchen.

El chico negó con la cabeza.

—Oh, por favor, es por mi causa —instó.

—No —insistió—. Yo no podría hacerlo. En primer lugar, no ha habido una oportunidad y si la hay la tomaremos juntos.

Gretchen sacudió la cabeza con tristeza.

—Nunca me perdonaré a mí misma, —dijo.

—No es tu culpa, Gretchen, y pase lo que pase, ninguno de los dos tiene la culpa. Ambos nos hemos esforzado al máximo y si no lo conseguimos, tal vez Doc pueda, él todavía puede salvarnos.

—Me temo que van a atraparlo, —dijo Gretchen—. Estas criaturas pueden trepar y correr como monos. Creo que nada puede escapárseles.

—Bueno, Doc ya les hizo retirarse y recapacitar, —dijo Dick con orgullo—. Si tengo que morir, al menos tendré ese recuerdo para consolarme.

La garganta se había reducido hasta el punto en que no había espacio para que un hombre pasara entre las paredes rocosas y a partir de ese momento era necesario subir abruptamente hacia arriba cerca de ocho metros, sobre una formación esculpida por el agua de la piedra caliza estratificada, por un lado de la cual salpicaba una cascada en miniatura.

La superficie suave y húmeda de las rocas ofrecía solo un apoyo muy precario para pies o manos. Dick trepaba directamente detrás de Gretchen, sosteniéndola lo mejor que podía, y ayudándola.

Finalmente llegaron seguros a la cima, y mientras permanecían erguidos vez más a nivel del suelo, vieron que estaban en la boca de un anfiteatro natural toscamente circular.

Gulm miró lentamente a su alrededor. Sus ojos brillaban con el fuego del fanatismo. Levantó la vista hacia el sol y extendió sus brazos.

—Aquí, oh grande y poderoso Dios de nuestros ancestros, —exclamó—, vamos a dedicar a ti el nuevo templo y la nueva ciudad que se levantará en tu honor, y aquí, antes de que ocultes tu cara de nuevo a los ojos de tu gente, vamos a consagrar esta tierra como corresponde al santo propósito al que se dedica. Ten paciencia con nosotros, Dios de nuestros padres. ¡Has esperado mucho, pero el tiempo casi ha llegado, no tendrás que esperar más!

Se volvió rápidamente a los sacerdotes menores, que se habían arrodillado detrás de él.

—Rápido, —dijo—, vayan y reúnan piedras y levanten un altar.

Gretchen agarró las manos de Dick y comenzó a sollozar en voz baja.

XXIII
EL SACRIFICIO

Doc, proseguía cautelosamente hasta el fondo del barranco, mirando y escuchando hacia adelante, para no caer en una emboscada, no pensaba en los posibles peligros que podrían estar al acecho detrás de él, por lo que ni oía ni veía la cosa silenciosa que se movía sigilosamente sobre su pista.

Con creciente horror, Gretchen veía la construcción del altar que los sacerdotes menores estaban haciendo juntos rápidamente.

Esparcidos alrededor del anfiteatro había muchos fragmentos de roca caliza plana y con estos, los sacerdotes estaban construyendo una estructura oblonga, de más o menos un metro de altura, con una parte superior más o menos a nivel, poco más de metro y medio de largo y unos sesenta centímetros de ancho, su mayor dimensión apuntando al Este y al Oeste.

Durante la construcción del altar, dos sacerdotes permanecían a ambos lados de Dick, y ahora que habían terminado, Gulm hizo señas para traerlo adelante y también mandó a la niña acercarse. Los sacerdotes menores se acomodaron en un círculo alrededor del altar, a los pies del cual se puso Gulm.

—Toma tu lugar en la cabecera del altar, *Kla*, —le dijo a la chica.

Cuando la chica hubo hecho lo que él le dijo, Gulm señaló con la cabeza a los dos sacerdotes, que retenían a Dick, quienes lo subieron al altar, y lo pusieron sobre su espalda con la cabeza hacia el lado Este, donde estaba la *nueva La*.

Uno de los dos sacerdotes que habían colocado a Dick sobre el altar se puso a sus pies para sujetarlo, mientras que el otro se puso cerca de *Kla* e inmovilizaba sus brazos. A una palabra de Gulm este

entregó *Kla* su cuchillo.

—Es tu primer sacrificio, —dijo Gulm, dirigiéndose a la chica—. Una gran sacerdotisa solo adquiere su pleno poder después de su primer sacrificio. En el momento en que el cuchillo se haya embebido de la sangre de esta criatura se convierte en realidad, lo que solo ha sido de nombre, «*La suma sacerdotisa del Dios Llameante*» y gobernante del templo y la ciudad que vamos a construir aquí. Yo voy a repetir la oración que más tarde tú aprenderás a repetir, y en el instante en que yo levante la mano por encima de mi cabeza, tú debes asestar el golpe.

—No puedo, —dijo la chica.

—¿No puedes? —gritó Gulm—. Pero lo harás cuando sepas que el destino de una suma sacerdotisa, que se niega a hacer una ofrenda a Dios Llameante, es mucho más terrible que la muerte de la que quieres salvar esta criatura, un sacrificio inútil de tu parte ya que, si te niegas, los dos morirán.

—¿Qué está diciendo? —Preguntó Dick en un susurro.

—Él quiere que yo te mate con el cuchillo, —dijo Gretchen.

Dick cerró los ojos.

—¿Qué más te dijo? —preguntó.

—Me dijo que si yo no te mato, te van a matar de todas formas y me matarán a mí también.

Gulm cantaba lentamente un largo y monótono rezo.

Los sacerdotes estaban de rodillas, con la frente en el suelo.

—Haz lo que te pide —dijo Dick—. Doc está arriesgando su vida para salvarnos. Si nos matan a los dos, será en vano. No hay ninguna posibilidad para mí, y yo prefiero pensar que estoy dando mi vida para salvarte en lugar de pensar que voy a morir inútilmente solo para satisfacer la sed de sangre de este mono.

Gretchen cerró los ojos y levantó el cuchillo por encima de su cabeza.

Doc trepó con cautela hacia arriba y cuando llegó al cuerpo de Ulp, se detuvo y sacó su flecha del sacerdote menor. Mientras lo hacía, se dio cuenta, como hacemos a veces, de un sentimiento de que estaba siendo observado, que ojos invisibles estaban mirando. Miró rápidamente al barranco en la dirección que los cuatro adoradores del sol habían seguido, pero no vio a nadie. Entonces, se dio la vuelta, impulsado por una horrible sensación de que algo

estaba muy cerca detrás de él.

Con dificultad, el chico emitió ahogadamente un grito horrorizado. Sus rodillas se debilitaron de tal manera que solo con un gran esfuerzo pudo permanecer erecto. Parecía que una parálisis de miedo se apoderaba de todos los músculos de su cuerpo. Sintió que la piel de gallina se levantaba en su piel fría, un temblor enfermizo corría por su espalda y parecía que su pelo se erizaba completamente.

A menos de dos metros de él estaba un gigantesco león, sus ojos redondos, de color amarillo verdoso, estaban mirando directamente a los suyos.

Doc trató de recordar alguna oración, pero lo único que podía recordar era: «*Ahora me acuesto a dormir*», y esto es en lo único que podía pensar, ya que sus labios estaban rígidos y su garganta reseca.

El tiempo pareció extenderse a una eternidad cuando el león se quedó mirándolo fijamente con esos ojos sin pestañear, sin embargo, fue solo un momento. Entonces la bestia se movió lentamente hacia él, pero aun así Doc no pudo romper el hechizo de terror que lo mantenía paralizado. Acercándose más y más el carnívoro llegó hasta el aterrado chico. Podía sentir su caliente aliento sobre su cuerpo desnudo. La enorme bestia frotó la cabeza contra su costado y entonces sintió su caliente, áspera lengua en su mano.

Como un texto brillando sobre una pantalla, una frase fulguraba repentinamente en la memoria de Doc: «¡*No lo toquen a menos que venga y se frota la cabeza contra ti*!».

¡Era *Jad-bal-ja*!

Las rodillas de Doc cedieron por completo y se sentó de repente sobre el duro suelo. El león dorado lo miró inquisitivamente y Doc puso la mano en la crin del animal y enterró su rostro en el gran cuello negro, sollozando.

Fue solo por un momento que la reacción de la tensión nerviosa que había sufrido lo mantuvo en sus garras. Luego recuperó el control de sí mismo y se puso en pie. No muy lejos Dick y Gretchen estaban en peligro. La chica le había dicho que si iba a salvar Dick debía hacerlo de inmediato. Tal vez incluso ahora ya era demasiado tarde.

—Rápido, *Jad-bal-ja* —gritó, y se dio la vuelta y empezó a subir

la cuesta a la carrera.

El león dorado, sabiendo que estaba en el camino correcto, no esperó al muchacho, y saltó rápidamente por delante.

Gulm, cantando su oración monótona, se acercaba al final de su rezo.

Kla lo miraba ahora, con sus ojos azules muy abiertos por el terror, pero retenida por cierta fascinación terrible en el rostro nudoso del sumo sacerdote.

De repente Gulm detuvo su monótono canto, y levantó la mano por encima de su cabeza.

—¡Golpea! —exclamó.

—No puedo, —se lamentó *Kla*.

—¡Golpea, o tú mueres! —tronó Gulm.

—Hazlo —susurró Dick—. Es la única manera.

De repente, un sacerdote chilló y señaló, y los otros miraron y vieron un gran león trepando por la estrecha cornisa que daba entrada al anfiteatro.

Instantáneamente todo era caos.

Solo Gulm recordaba.

—¡Golpea! —gritaba—. Golpea y apacigua la ira del Dios Llameante.

El cuchillo cayó de la mano de la chica mientras se hundía en un desmayo al lado del altar. El león saltó hacia adelante y los sacerdotes se dispersaron, todos menos Gulm quien estaba fanatizado. Agarrando su propio cuchillo de su vaina, saltó hacia adelante, el cuchillo en alto por encima de su cabeza, y su punta dirigida al corazón del valiente muchacho tendido sobre el altar.

Con un poderoso salto, *Jad-bal-ja* despejo el altar y el sacrificio y envió a Gulm de vuelta al suelo. Una vez, solo una vez, esas terribles mandíbulas se cerraron sobre la faz del sumo sacerdote y *Jad-bal-ja* se apoyó encima de su presa y miró a su alrededor.

En el mismo instante una voz sonó desde la cima del acantilado rocoso que rodea el anfiteatro y el león miró en la dirección de la voz y luego se tendió sobre el cuerpo del sumo sacerdote.

Con la agilidad de un mono Tarzán descendió rápidamente por el precipicio rocoso en el fondo del anfiteatro. Los sacerdotes menores lo reconocieron y trataron de huir, pero él los llamó de vuelta en su propia lengua, amenazando con enviar a *Jad-bal-ja*

entre ellos si desobedecían. Volvieron de Mala gana y se agruparon en un lado del altar, el lado opuesto al que *Jad-bal-ja* todavía yacía sobre el cadáver de su líder.

Al sonido de la voz de Tarzán, Dick había abierto los ojos y luego se sentó. En un instante, vio lo que había sucedido y sabía que estaba a salvó. Nunca en su vida había visto un espectáculo más bienvenido que el del gran león echado a los pies del altar y el semidesnudo hombre-mono moviéndose rápidamente hacia él a través del anfiteatro.

Los ojos de Tarzán había captado toda la escena.

—¿Dónde está Doc? —preguntó.

—Aquí estoy, —dijo una voz, y Tarzán y Dick miraron en la dirección de la que había llegado, y vieron a Doc arrastrándose sobre el borde del umbral rocoso del anfiteatro.

—¡Dios! —exclamó—, todos estamos sanos y salvos, ¿no es así?

—Oh, Doc, —exclamó Dick—, que miedo tenía de que esos tipos que fueron tras de ti te hubieran matado.

—Bueno, no pudieron, —dijo Doc—, deberías haberlos visto hace un momento. *Jad-bal-ja* y yo cargamos sobre ellos por la espalda, ya que venían de vuelta aquí y después de que me había alejado de ellos, y deberías haberlos visto trepar aterrorizados por los costados de la vieja barranca. Iban tan rápido que podría haber jugado canicas en sus faldones, si hubieran tenido faldones.

Tarzán se detuvo y levantó Gretchen en sus brazos. Ella abrió los ojos y lo miró a la cara.

—¿Quién eres? —exclamó.

—No tengas miedo, —dijo—, yo soy Tarzán de los Monos.

Con un suspiro, cerró los ojos y comenzó a llorar en voz muy baja lágrimas de alivio y felicidad.

Tarzán se volvió hacia los adoradores del sol.

—Este es territorio de Tarzán, —dijo—. Ustedes no pueden quedarse aquí. Si quieren vivir, vuelvan a Opar.

—Si regresamos a Opar, *La* hará que nos maten, —dijo uno de los sacerdotes de mal humor.

—Y morirán con toda seguridad si no vuelven y hacen lo que les digo, —dijo Tarzán—, pero si vuelven y están de acuerdo en servir a *La* con lealtad, creo que ella los dejará vivir. ¿Qué eligen hacer?

Los sacerdotes susurraron entre sí por unos momentos.

—Vamos a volver a Opar, —dijo uno de ellos, por fin.

XXIV
EL FINAL

UN hombre blanco demacrado paseaba nerviosamente arriba y abajo delante de una fogata que dos negros mantenían ardiendo mientras sus compañeros dormían. De aquí para allá, de ida y vuelta, el hombre caminaba como lo había hecho durante horas y de repente se detuvo y los negros al lado del fuego agarraron sus rifles, y se pusieron en pie de un salto, y los tres se quedaron escuchando.

—Algo está llegando, —susurró uno de los negros.

—Sí, lo oigo, —respondió el hombre blanco.

—Tal vez es el gran bwana, Tarzán, —sugirió el otro negro.

—Entonces mejor vamos a despertar a los demás, —dijo el hombre blanco, y un momento después todo el grupo se había despertado y hombres con rifles, o lanzas o arcos y flechas estaban dispuestos y esperando lo que fuera que venía hacia ellos a lo largo del sendero de la selva.

No tuvieron que esperar mucho tiempo y a medida que la partida llegaba a la vista en el borde del claro, von Harben gritaba en voz alta en su alegría y corría hacia adelante para tomar a su pequeña hija en sus brazos.

—¿Cómo puedo pagarles? ¿Cómo podré agradecerles chicos valientes? —dijo von Harben, cuando oyó de labios de Gretchen toda la historia de su rescate.

—No nos agradezca a nosotros, —dijo Dick—. Agradézcale a *Jad-bal-ja*, el león dorado, después de todo fue él quien salvó a Gretchen.

FIN

EDGAR RICE BURROUGHS (1875-1950): Este escritor estadounidense de aventuras nació en Chicago el 1 de septiembre de 1875. Estudió en la Harvard School de Chicago. Ahí tomó conocimiento de la cultura clásica. Tras salir de la escuela ingresó en la Philips Achademy de donde fue expulsado y después ingresa en la Academia Militar de Michigan. Tras el entrenamiento militar, sirvió en el séptimo de caballería, pero fue licenciado en 1897 cuando se descubrió que era menor de edad. Volvió a Chicago donde mantuvo una serie de trabajos mal pagados. En 1899 comienza a trabajar en la firma de su padre y se casa en 1900. En 1912 escribe su primer relato «*Bajo las lunas de Marte*». El mismo año escribió el primero de los libros de la saga de «Tarzán». En 1923 monta su propia firma y a lo largo de la década de los 30s se dedica a publicar sus propios libros.

Se divorcia en 1934, se casa nuevamente en 1935 y se vuelve a divorciar en 1942. Vivía en Hawaii cuando tuvo lugar el ataque a Pearl Harbour y, a pesar de ser sexagenario, realizó labores de reportero en el Pacífico. Murió en Encino, California, el 19 de marzo de 1950.

Notas

[1] La palabra hinterland proviene del idioma alemán, y significa literalmente «tierra posterior» (a una ciudad, un puerto, etc.). En un sentido más amplio al anterior el término se refiere a la esfera de influencia de un asentamiento. Es el área para el cual el asentamiento central es el nexo comercial. (N. del T.) < <

[2] Calvero: Claro natural en un bosque o selva. (N. del T.) < <

[3] Bungalow: Casa de una sola planta. (N. del T.) < <